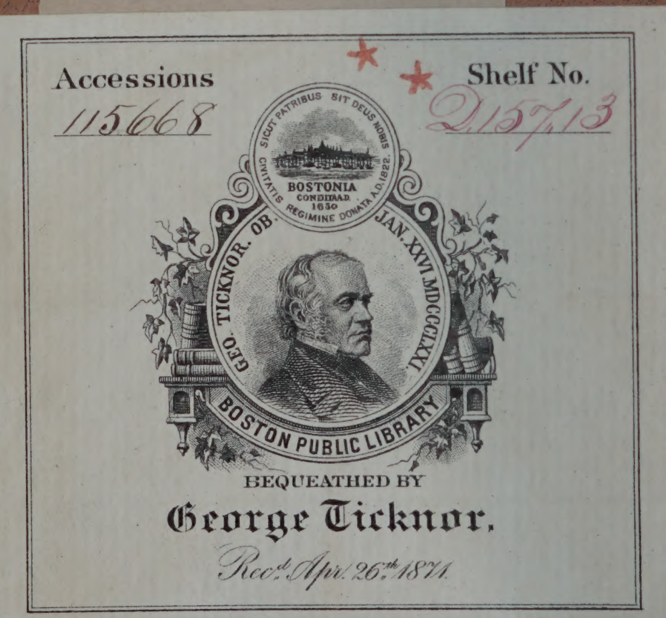
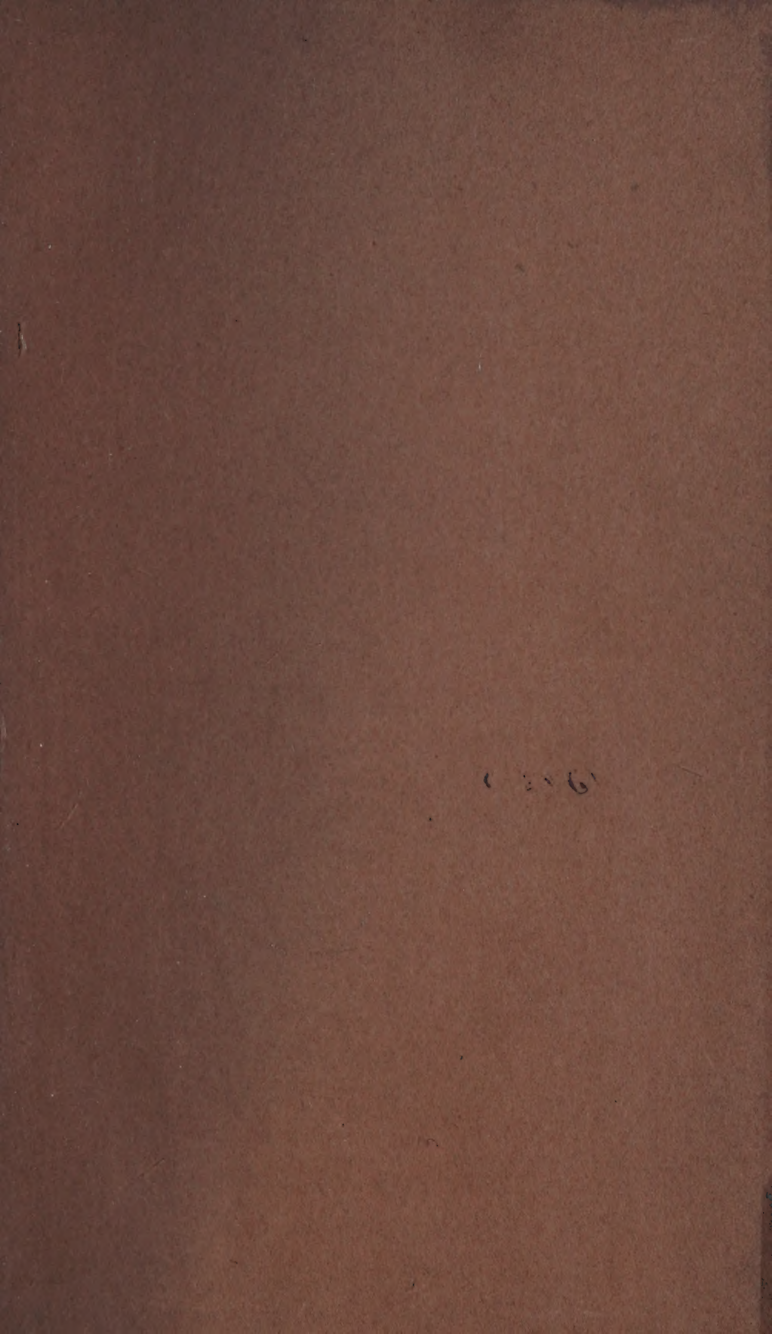



Accessions
115668
Shelf No.
D.157.13
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI.
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.



POESÍAS

de

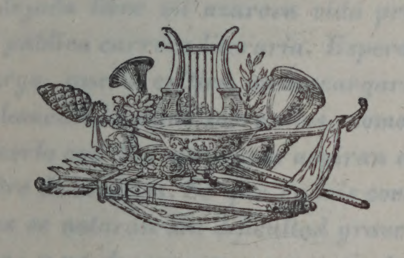
Don Juan Bautista Alonso,

INDIVIDUO

DEL COLEGIO DE ABOGADOS

de Madrid.

In tenui labor.
VIRG.



MADRID:

Imprenta de Don Tomas Jordan,

1834.

Los versos que me atrevo á dar á luz, son en la mayor parte fruto de mis primeros años juveniles; y no los presento al público sino con la desconfianza propia de la edad de la ràzon. No es mi ánimo disculparlos, manifestando que representan una ocupacion laudable y honrosa, ya que no interesante, del escaso tiempo que me han dejado libre mi azarosa vida privada y mi pública carrera literaria. Espero, sin embargo, que la crítica no descargará tan pesadamente la mano sobre ellos, como suele hacerlo con las obras que aspiran al renombre de modelos. Sé que en mis composiciones se notarán sin dificultad graves defectos; y no desconozco yo por cierto muchos de los que tienen, y que no he correjido (lo confieso con ingenuidad) por falta de humor y de paciencia; pero me daré por satisfecho si los lectores vislumbran alguna belleza en medio de tantos lu-

nares, y si quieren honrarme diciendo: "estos ensayos poéticos, ya que no prevengan á su autor un distinguido lugar entre los alumnos de las musas, han debido allanarle la senda para el ejercicio del difícil arte de la palabra."

Al Señor

Don Manuel María Cambronero (*),

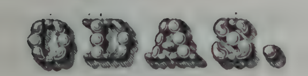
Jurisconsulto.



Soneto.

A tí que la gloriosa muerte impia
Cantaste de aquel Régulo severo,
Que atormentado en el suplicio fiero
Por la Patria muriendo sonreia:
  A tí, prestigio de la mente mia,
Filósofo, orador del pueblo ibero;
A tí que disipaste placentero
La nube que mi frente oscurecia:
  Yo te consagro en débiles cantares
Las primicias del genio, ó dulce Fabio,
Que templaron mis bárbaros pesares.
  Si las honráre tu indulgénte labio,
Desde mis pobres y escondidos lares
Veré tranquilo el envidioso agravio.

(*) Muchos años antes de la muerte de este tan justamente célebre español, acontecida en 5 de enero del presente año de 1834, se habia compuesto el *Soneto* que el lector tiene á la vista.


ODAS.



Que la instruccion es la mejor y la mas durable de las riquezas.

¡Cuán grande, y cuán magnífica resuena
En este asilo santo (1),
Como la voz del cielo poderosa
La voz sublime que Epitecto envia
Desde el trono del sol resplandeciente,
A do nace entre aljófares el dia
Y á las oscuras playas de occidente!
¿No ois su voz que eternizó primera
Delante las naciones
El alto don que al pensamiento engrie,
Cuando al tronar la tempestad del mundo
Estremeciendo y quebrantando el polo,
La envidia acecha con dolor profundo
Quedar ileso el pensamiento solo?
¡Ah! sí: que en vuestros férvidos semblantes
A la verdad atentos
El rayo de la luz sin mancha brilla
Y el fuego audaz del entusiasmo brota,
El alma al ser de la virtud alzando,
Mientras ufano el corazon agota
El vaso de la gloria, palpitando.

(1) Colegio de Humanidades de la calle de la Madera en esta Corte.

Ya un nuevo acento vengador repite :
En su delirio insano
Desnuda el orbe á la ambicion sus armas :
¡Mas ay! en vano conquistar procura
Cuanto por falso prisma ven sus ojos :
Que el triunfo de su bárbara locura
Del fuego universal son los despojos.
Sobre la mies del heredado campo,
Lanzándose el torrente,
Al dueño roba el pan de su alimento.
En las hondas entrañas de la tierra
El hirviente huracan fiero retumba,
Los montes abre y prometiendo guerra
Naciones altas al no ser derrumba.
El mar estiende sus inmensos brazos
Y esconde en el profundo
Del poderoso suelo la riqueza;
Y en medio á tantos sepultados bienes
Voga el diamante que costó mil vidas
E imperios mil á coronadas sienes,
A estéril polvo luego reducidas.
¿Qué vale el oro amontonado al oro
Si en honda pesadumbre
El pecho avaro y corrompido abisma?
¿Qué vale el empinado señorío
Si el pastor afrentado en su cabaña
Rompe el silencio y despertando al brio,
Pone al señor bajo su justa saña?

El cetro engañador de la fortuna,
Idolo bello y falso,
Ora convierte en ásperos abrojos
De pena y muerte las cuidadas flores,
Dulce gloria del mundo y esperanza,
Y ora se aplace en prodigar favores
Al que juguete fue de la venganza.
No hay bien seguro ante su trono instable.
El que acatar debiera
Suelo de bendicion tala y devora.
Alli fabrica una corona al crimen
Y aqui ¡por ella! en funeral quebranto
Los hijos de la paz temblando gimen,
Y vierten justo y compasivo llanto.
Pero tanto poder, tamaña afrenta
Que indestructible alcanza
Desde el redil hasta los aüreos techos,
Robar no puede al hombre amedrentado
El luminar de la razon divina,
Que en el centro del alma resguardado
A la imágen del cielo se avecina.
Tu sola, ó luz de los sentidos, eres
El benéfico campo
Do el estudioso afan el fruto siembra
Con que al dudoso por venir responde
El alumno á Minerva consagrado;
Y tu la fuente cristalina en donde
Se purifica el mundo atormentado.

A tí no llega la ambicion sañuda:
Tus rosas no se agostan
Al soplo de los vientos bramadores.
Y cuando el orbe á los abismos llega,
Y orbes de sangre fraternal levanta,
Pueblos y reyes, la razon os queda
Con que la nube del dolor se espanta.
Hijos de salvacion, España os guia
Bajo un cetro seguro
De amor y paz con el favor del cielo
A los lejanos templos de la fama:
Un nuevo oriente nos mostró el camino,
Y el noble grito del honor nos llama
A cumplir los decretos del destino.
A los cuidados maternales dando
El suave tributo
Miremos ¡ay! á que en los dulces lares,
Probando el beso maternal de gloria,
La imágen de la patria nos sonria,
Y al menos sepa el orbe en nuestra historia
Que Iberia á la virtud sus hijos cria....
Virtud, nombre sagrado y respetoso,
Lumbrera de los justos,
No temas, no, que con estrago y sangre
Tus venerandas aras profanemos,
Ni á la calumnia vil, ni al ódio infame
Abrigo nunca ni esperanza demos,
Aunque el infierno amenazando brame.

Arrebatarnos puede en sus furores
La injuria de la suerte
Los bienes, sin defensa aventureros:
¿Mas cómo puede anonadar la herencia
Del ingenio felice cultivado,
Si invulnerable espíritu es la ciencia
Aunque el sabio en su honor gima ultrajado?
El á la soledad lleva consigo
Su riqueza invisible,
Y á los estraños reinos y apartados.
Su riqueza es su voz; y donde quiera,
Fijando solo y fuerte sus reales,
El mundo todo en júbilo le espera
Con mas que sobra á disipar sus males.
En medio de la corte estrepitosa,
En las calladas selvas,
Del modesto saber acompañado,
A la dicha sin término se entrega,
Y con sublime y puro entendimiento
Al corazon de los imperios llega,
Y sube al chapitel del firmamento.
Unico, justo y perdurable encanto,
Antorcha santa y pura,
Del mísero mortal consuelo cierto,
Si en mí clavare el encorvado diente
La sierpe de la envidia venenosa
¡Ay! tú seras el bálsamo clemente
Que me cierre la herida lastimosa.

En medio del espanto y la tormenta
Que atropella los siglos
Con el peso del mal desnivelados,
Tu sola, libre del infando yugo,
Al hombre triste en su ventura pones;
Que al soberano Dios del rayo plugo
Defender de la muerte tus pendones.
En la tumba de Sócrates divino
Oigámosle su acento,
Y entre el clamor de la lisonja humana,
Cual pretendemos parecer, seamos:
Que en la abrasada arena del desierto
No reverdecen los agenos ramos,
Ni exala aromas el clavel ingerto,
Al resonar sobre el postrero aliento
Con pavoroso ruido
De la tremenda eternidad la hora,
Tranquila entonces desde el triste lecho,
El alma fiel se exalará en la vida:
Que solo altera al delincuente pecho
La espada de Damocles suspendida.
Asi á la voz de Dios, que el trueno imita,
La tierra se deshace,
Y el rayo abrasador, lloviendo mares
De fuego, pone espanto en el impío;
Cuando el justo, á sus dichas entregado,
Se mira, huyendo el paso del desvio,
Entre las manos del eterno alzado.

Con motivo de la prematura muerte de la hermosa Doña María Zavala, esposa de Don Miguel Ortiz, mi amigo.

—

. . . . Miserere laborum
tantorùm, miserere animi non digna ferentis.
VIRG.

¡Qué sombra tenebrosa
El esplendente Olimpo ennegreciendo
Mis tristes ojos asustados ciega!
¡Qué macilentas nubes me circundan!
¡Ay infeliz! ¿me siento
En la mansion del avernal tormento?

Bulle cárdeno el rayo:
El tremendo rugir del ronco trueno,
Al estallar sus cóncavas cavernas,
Las celestiales cimas estremece
Y entre el inmenso ruido
Se oye á lo lejos funeral quejido.

La luna en raudo vuelo
En sus moradas lóbregas se esconde:
Pálido el sol y muribundo, apenas
Débil en torno de su sólio alumbra.
Mustio la frente humilla:
Solo la antorcha de la muerte brilla.

¡Qué es, ay, de mi inocencia!...
Late mi corazon amedrentado....
Todo tiemblo y fallezco.... El llanto corre
Por mis mejillas lánguidas.... Envuelto
En horrible sorpresa,
Mi amarillento labio el suelo besa.

¡Acaso la gigante
Fantasma atroz de la ilusion mentida
Mis ojos engañó! Recobra, Anfriso,
Recobra en calma el sofocado aliento.
¡Cielos! ¿qué imágen fiera
Entre lúgubre horror mi pecho altera?

En lecho pavoroso,
Al borde del hondísimo sepulcro
Exalando los últimos alientos
Gime la reina del amor postrada.
Las parcas la rodean,
Y ya su presa arrebatar desean.

Con íntimos sollozos
Las Gracias melancólicas desvian
Del lecho funeral la faz llorosa,
Y entre sus manos con temblor la ocultan
Mortales presintiendo
Del perdurable mal el golpe horrendo;

¡O Cintia, triste Cintia!
¡Que invisibles cadenas te sellaron
Los labios de carmin! ¡Cuál densa niebla
Empañó de tus ojos brilladores
La luz esplendorosa
Que anublára del sol la llama hermosa!

¿Nos dejarás en llanto
Al seno huyendo de las hondas tumbas?
Si no te ablanda mi ferviente ruego,
Las ansias vé de tu infeliz esposo
Que tiende á ti los brazos
Y en ellos muestra de tu amor los lazos.

¡O Cintia! ¿no respondes?
¡La congoja mortal, el misterioso
Recuerdo horrible del sepulcro eterno
Tu lengua embargan! ¿En tu seno amante
Se apagó ya la hoguera
Que contra el voto del destino ardiera?

El manto de la muerte
Descoge airada la insidiosa parca:
Con él enluta el pavimento oscuro;
Y entreabriendo los párpados sombríos
Cintia á su Delio mira,
Y entre sus brazos, sonriendo, espira.

Asi en oscuro templo
Donde el silencio sepulcral domina,
La agonizante lámpara vislumbra
Sus moribundos trémulos reflejos,
Mientras su luz se ahuyenta
En desiguales pausas soñolienta;

Y al consumir, oculta
Entre las sombras de la negra noche,
Ultimo resto del fulgor dudoso,
El tibio gérmen de su triste vida,
Fugaz vigor adquiere
Y súbita creciendo, alumbra y muere.

¡O furias del averno!
¡Crudas, horrendas, execrandas furias!
¿Colmóse ya vuestro anhelar impío?
¿Con alborozo criminal la nueva
De la víctima triste
Habreis al orco de llevar?.... No existe.

Tu gloria, ó mónstruo, es vana;
Solo el instante de la muerte dura;
Cintia volóse á la mansion celeste:
Su sombra solo en galardon te queda;
¿Por qué con dura saña
En Cintia hundiste la infernal guadaña?

¡Si en pavesas volvieras
El lecho del adúltero callado!
¡Si el cuello del avaro empedernido
Oprimiesen tus garras inclementes!
¡Si hundieras en la nada
De la calumnia la fatal morada! . . . .

Mas tu robaste al mundo
La mas brillante flor de Manzanares,
La bella entre las bellas mantuanas,
El modelo de amor, un pecho ardiendo
En la virtud mas pura
Y un alma fiel de sin igual ternura.

¿No ves tu crimen fiero?-
¿Y el doble crimen que en perpétuo llanto
Anega el corazon? O parca horrible,
Atiende, atiende estremecida, y rasga
Tu miserable seno
Ya de furores y venganzas lleno.

Tú, sañuda rasgando
El nudo conyugal que firme unia
El corazon de Cintia enamorado
Al feliz corazon del blando Delio,
Por herencia le dejas
La enlutada viudez, las vanas quejas.

Tú á Cintia le robaste,
Y con su Cintia el divinal contento
Y las queridas flores suspiradas,
Del ardoroso amor fruto inocente
Que ya el seno encubria
Y al esposo y la patria prometia.

Guerreros, magistrados
Tal vez hundiste en el sepulcro horrendo:
Tal vez robaste al angustiado mundo
Otra amable beldad consoladora,
Y en ella mil amores,
Bálsamo de la angustia y los dolores:

Que en amor rebosaban
Complacidos los cándidos esposos;
E inflamados de noble patriotismo,
Patriotismo y virtud y honor y gloria
Al placer imprimian
Cuando la copa del placer bebian.

¡O parca inexorable
De crímenes sin fin honda espelunca!
Todo lo has hecho tú, segando ansiosa
En los campos de amor embellecidos
La rosa mas ufana,
Del pensil de Cíteres flor temprana.

A Delio ataste al carro
De la perpétua soledad que llora:
El no verá ¡infeliz! los tiernos hijos,
Que de la vida en el umbral murieron,
Acariciar su frente
En la hora estiva del agosto ardiente.

Al ver la prole agena
Jugar alegre en las campiñas verdes,
Y al halda de la madre embebecida
Llevar manojos de silvestres flores,
Recordará á su esposa,
Y nuevo llanto verterá en su losa.

En la vejez cansada
A los presticios juveniles muerta
¿Qué tranquilos placeres sucesores
Del perdido deleite impetuoso
Alegrarán sus años
Robándole al dolor de los engaños?

¿Qué hermosa mantuana
En que la sangre de sus venas corra,
Le peinará las canas dulcemente,
Sus venturosos tiempos recordando?
¿Qué imberbe nietezuelo
Dará, saltando, á su penar consuelo?

¿Qué fue de aquella Cintia
En quien, ó Venus, tu esplendor fiabas?
Tu escelso amparo la infeliz pedia;
¡Mas ay! las parcas desde el hondo averno
Quiebran tu cetro de oro
Arbolando el pendon de muerte y lloro.

¿Cuál premio merecieron
Tus esclavos de amor que á amor brindaban
De la afliccion sobre el abrojo impío?-
Eterna muerte y servidumbre eterna.-
¡Ah! de justo despecho
Arde un volcan en mi tronante pecho.

Romped, Cisnes de Mantua,
La lira en que de Venus los loores
Entre el aplauso universal sonaron,
En los tranquilos pechos encendiendo
La cautelosa llama
Que á mi pesar el corazon me inflama.

Mi dulce plectro de oro,
Que hirió el laud del inmortal Batilo,
Al fuego destructor es dulce ofrenda.
No mas cantar á la deidad mentida.
En lira mas sublime
Cantemos solo á la virtud que gime. . . .

Apenas himeneo,
El santo amor y la virtud premiando,
Del tierno Delio y de la tierna Cintia
El lecho conyugal sembró de flores,
Las flores ya inodoras
Se tornaron espinas punzadoras.

Apenas los esposos
Tras largo afan que con placer olvidan,
A las sublimes frentes enlazaron
El reñido laurel de la victoria,
De la consorte bella
El orco apaga la naciente estrella.

Asi la osada nave,
Entre opuestas borrascas combatida,
Pudo arribar al engañoso puerto
Cuya aparente calma le consuela,
Y surta, el mar la amaga,
Y áncora y nave y marineros traga.

¿Quién ya, pérfida diosa,
De tu poder esperará sus glorias,
Si con baldon del universo olimpo
El cetro del amor abandonaste,
Y destronada lloras
A merced de las parcas triunfadoras?

Tus efímeros dones
Amargo encubren el letal veneno
Que incauto bebe el amador perdido.
¿Do estan, do estan las sempiternas dichas
Que á la pasion ofreces,
Si tu tambien con la pasion pereces,

Como el reptil dañoso
Que en la estacion de fuego ardiendo vuela,
Por saciar sus mortíferos placeres;
Y cuando se une á la consorte alada
En la tostada tierra,
Su gozo acaba el aguijon que afierra?

Mas tú, Delio, suspiras,
Y la amarilla palidez te encubre
El brillo juvenil del rostro hermoso:
Vierten tus ojos el amargo llanto
Del corazon herido,
Y prorumpes en fúnebre alarido.

¡Ah! no al cielo maldigas;
No invoques nunca los funestos manes,
Y en lágrimas de amor tus iras vuelve,
Digna oblacion de la viudez sentida.
Tu lloro aguarda el mundo,
Y á tu gemir retemblará el profundo.

No rindas con tu muerte,
Otra víctima al orco macilento:
De la inmortal Sofía visitando
Los recónditos templos misteriosos,
De tu esposa adorada
Darán ofrenda á la ceniza helada.

Los manes de tu Cintia,
El ponderoso mármol levantando,
Verán cuál alzas la orgullosa frente
Donde la enseña de la patria ostentas,
Y en noble señorío
Reirán triunfantes del infierno impío.

Y si Mavorte fiero
El estandarte sedicioso ondea
Sobre los altos riscos de pirene;
El español corage provocando,
Y con mirar ceñudo,
Soberbio embraza el rutilante escudo;

Tú, ardoroso evocando
La augusta sombra, á los combates duros
Sabrás volar con inmortal denuedo;
Y á tu potente voz y al brazo armado
Dará invencible brio
El mudo acento del sepulcro frio.

Mas ¡ay! ¿qué nuevo espanto,
Qué despechado frenesí te agovia?-
Ya no veré, me gritas lastimoso,
No veré nunca á mi adorada Cintia;
Me la robó la tumba:
¿No es justo Anfriso que al dolor sucumba?-

Tambien, Delio querido,
Me es dado á mi gemir: tambien mi llanto,
Tributo á la amistad y á la hermosura,
Corre á inundar el sacrosanto asilo
De mi cara Filena,
Y calmo asi la devorante pena.

Ven, mi adorado amigo:
Contra tu débil rostro enagenado
Dame que el mio sollozando oprima.
Recibe mis suspiros dulce muestra
De la amistad ferviente
Y del sensible corazon doliente.

Mis lágrimas amargas
Se mezclarán en caudalosa fuente
Con tus amargas lágrimas: entrambos
Sintamos juntos la profunda pena,
Y en el acerbo duelo
Mutuo será el dolor, mutuo el consuelo.

Un dia nuestros males
Y el insufrible horror disiparemos:
Que Jehová que á los hados rencorosos
Concediera del rayo el poderío,
Dió bravura al humano
Para apagarle en su pequeña mano.

Y cura el tiempo, pio,
Las vivas llagas del dolor profundas:
No se complace en el tormento el cielo;
Mas ¡en la dicha del mortal! se engrie,
Y tras de un mal forzoso
Le prodiga mil bienes generoso.

¿Y piensas que la muerte
Roba por siempre tu mejor tesoro?
¿Qué el hado infando para siempre agosta
La desmayada flor de la belleza?
¿Qué siempre entristecido
Irás al carro del dolor uncido?-

Cuando el eco espantoso
Del celeste clarin sonando vuele,
Y recorra los túmulos lejanos
Del ancho mar, y los opuestos polos,
Las losas revolcando
Y las cenizas muertas animando;

Tu Cintia peregrina
A la luz volverá su rostro hermoso
Con su virtud y su candor primero;
Y del infierno inmenso triunfadora,
Hollará con su planta
De las tartáreas sierpes la garganta.

Entonces mas ardientes
Del santo amor renovareis las glorias:
Entonces, sí, que en inmortales lazos
Se unirán vuestros tiernos corazones
Con perenal contento,
A no mas recelar del vil tormento.

Tal es la ley suprema:
Mas ora entre los bosques solitarios
De tu adorada respetable albergue,
En lúgubres endechas entonemos
Mil himnos dolorosos
A los tranquilos manes silenciosos.

En torno de la tumba
Los callados cipreses levantando
Hasta las nubes las sobervias copas,
Darán respeto á la mansion de Cintia,
Y el cefirillo en ellas
Repetirá, gimiendo, tus querellas.

Y las caras cenizas
De rosas y azucenas plantaremos,
Que regarán las abundosas fuentes
De nuestros tristes ojos noche y dia,
Y con tan bellas flores
Crecerán en la tumba los amores.

Y al espirar su aroma,
Recibirás el delicioso aliento
Que en el lecho nupcial tierno bebias,
Y aspirarás el alma bella y pura
De tu Cintia querida
En blanda tierra sepulcral tendida.

Deja, pues, que del orbe
Se desquicien los ejes diamantinos:
Que los cimientos del infierno estallen
Y que la envidia macilenta grite
Que cesó su amargura,
Al espirar la flor de la hermosura.

Que las sañosas parcas,
A la tierra infeliz moviendo guerra,
Celebren con horrísonos clamores
De su corva guadaña el golpe cierto,
Y el vano poderío:
Un tiempo gritarás: «*El triunfo es mio.*»

A la profesion religiosa de una Señorita madrileña.

»Ven, ¡ay, esposa mia,
Al seno del pastor mas cariñoso,
Do nace la alegría
Al pecho congojoso
Con los cantares de Jehová amoroso:

Do se olvida la pena
Que dá el deleite del vivir mundano;
Donde todo enagena,
Do se olvida lo vano
Y el árbol de virtud descuella ufano.

Ven, deja los amores
Falaces donde el bien es impostura:
Mas dulces y mejores
Te los dá mi ternura:
Mas tengo yo que el hombre de hermosura.

Mira la fresca rosa
Que al despuntar la aurora nacarada
Muestra su pompa hermosa:
En breve marchitada
La verás y en el suelo deshojada.

Así, querida esposa,
La belleza del hombre desparece:
Con marcha misteriosa
Su edad callada crece
Y al primer brillo de su luz perece.

Amor triste es el hombre,
Y triste la hermosura en que se adora;
Y triste es, ¡ay! su nombre:
La edad consumidora,
Ministro del Dios fuerte es su señora.

Sepultaráse el mundo
Y todo con el mundo y sus amores
Allá en el cáos profundo;
Los mares bramadores
Y los horribles vientos silbadores.

Y hasta el sol luminoso,
Padre de la hermosura á quien sustenta
Su rayo vigoroso,
Morirá por su afrenta
El dia que á los siglos amedrenta.

Solo tu esposo amado,
Sobre siglos de siglos existiendo,
Con risa enamorada
Tu puro amor sintiendo,
Tu pecho librará del orco horrendo.

Ven, ¡ay! ¡cuánto me agrada
Mirar tu toca límpida velando
La frente sonrosada,
Y verte al suelo dando
Los ojos que pudor van derramando!

Ven, yo te daré flores
Bellas, cual es mi magestad divina,
Con eternos olores
Y sin punzante espina;
Flores que el cielo á tu virtud destina.

Con la virgínea rosa
De Jericó ornaré tu pura frente,
Y leche muy sabrosa
Y rubia miel luciente
Te daré que recojo diligente.

Te daré mil panales
Y apagarán tu sed de amor divino
Las aguas celestiales
Del Jordan cristalino
Y de Eugadí fecunda el almo vino.

Te adormirás riente
Recostada en mi cándido vestido,
A par que mansamente
El céfiro atrevido
Se mece entre sus pliegues con ruido.

Y mientras tú gimiendo
Limpies la sangre de mi frente hermosa,
Irá despareciendo
De la maldad dolosa
Y del crímen mayor la huella odiosa.

En los campos floridos,
Do yo respiro celestial ambiente,
Jamás lanzó gemidos
Un corazon doliente,
Jamás amor lloró su amor ausente.

Allí jamás al cielo
Manchó pálida nube pavorosa.
En tan felice suelo
Siempre brilló amorosa
Del refulgente sol la llama hermosa.

Jamás á la alegría
Del justo sucedió la triste pena:
Allí es eterno el dia:
Allí celeste avena
Con soplo blando el querubin resuena.

Eterno es el contento:
Nadie allí se acordó del tiempo añoso
En su ventura exento:
Todo el placer glorioso
Se goza en cada instante presuroso.

:

Yo soy el pastorcillo
Que tantas dichas sin cesar derrama:
Al corazon sencillo
Que ardiéndose en la llama
De la dulce virtud, «virtud esclama.»

Soy el Dios de dulzura,
De la eterna bondad eterna fuente,
Y de mi boca pura
Siempre mana corriente,
Lleno un raudal de caridad ferviente.»

Así, Jesus bien mio,
Cual si fueras mortal, entre mortales
Hablas humilde y pio,
Y ofreces inmortales
Amores en los reinos celestiales. —

La víctima sagrada
Se postra al sacrificio respetosa
Con planta acelerada,
Y tierna y candorosa
Entre los brazos de Jesus reposa.



A la mañana.

Cándida lumbre de la dulce aurora,
Descorre el velo de la noche triste:
Que ya fatiga al velador cuidado
Tanta tiniebla.
Ven amorosa derramando vida,
Dora las cumbres de los montes altos,
Pinta los campos de verdura y flores,
Luce benigna.
Oye mis ruegos: tu feliz tesoro
La rubia Ceres suspirando anhela,
Llega á las chozas, y al potente alcázar,
Gloria del mundo.
Madre, esperanza del mendigo insomne,
Segura guia al caminante ciego,
Claro destello de fulgente Apolo,
Todos te aguardan.
Todos esperan que en fulgor despuntes,
Sobre la niebla del oculto oriente
De luz serena liberal vertiendo
Férvidos mares.
Goce el cuitado que en cavernas hondas
Mísero arrastra ponderosos grillos,
Donde tinieblas con horror le cercan,
Lumbre celeste.

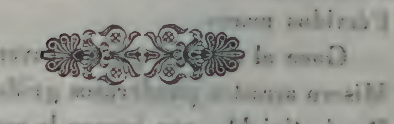
Y el que tembloso del sayon despierto,
Con pobre mecha registrando vaga
La negra cárcel, matutinos rayos
Goce sin miedo.

Presa inocente de brutal calumnia
El héroe ilustre, domador del galo,
Lúzcale el astro que en la lid sagrienta
Vió sus hazañas.

Alba risueña, por amor disipa
La densa nube que tu faz envuelve;
Muero penando si mi voz desoyes,
Sorda á mi queja.

Séme propicia: las canoras aves
El mar, y el viento, la alimaña, el hombre
Culto sublime te darán, mostrando
Súbita gloria.

¡Pálido brillas! ¡postrimer lucero!
¡Nuncio felice!-- ¿Se ocultó?-- Bien haya.--
Terror del crímen, esplendor del justo,
Salve mil veces.--



Al canto de Doña G. L. y Doña T. V...

¿De dónde, ó claro Dios, en tu carroza
Tan escelsas beldades
Aquí, glorioso en esplendor, conduces;
Que las divinas frentes levantando
Mas que mugeres diosas,
Vencen al sol en brillantez hermosas?

Entre celeste y soberana pompa,
Del bello amor la diestra
Vá con régia apostura señalando
Al templo humilde del saber hermoso,
Do Minerva elevada
Con dos guirnaldas resplandece armada.

Las ninfas llegan al sencillo trono
Donde el saber se ostenta;
Y al descender de la inmortal carroza
Con las flotantes ropas agitaron
El viento suspendido,
Y al divinal encanto adormecido.

De amor entonces resonó el acento:
«Esas guirnaldas, diosa,
Futuro premio del cantar sublime,
A que anhelante y poderosa y sabia
Tanta belleza aspira;
Serán de Laura y la gallarda Amira.»

«Se encumbrará su voz al alto Olimpo
Rompiendo el aire puro,
Y atónito el Olimpo abandonando
Del sacro Apolo los celestes trinos,
Oirá solo gozoso
El canto de mis bellas amoroso.»

«Ninfas preclaras, cuyo acento un dia
Con alto arrobamiento
Escucharon el Miño y Guadalete,
Sobre la mar los pechos levantando,
Su curso deteniendo,
Y su ronco murmullo suspendiendo.»

«Desplegad ya los purpurinos labios
A celebrar mis triunfos,
Y corra vuestra gloria el mundo, el cielo
Y otros cielos y mil penetre osada.
Cantad, bellas auroras,
Cantad, hijas del sol, cantad pastoras;»

— Y súbito cantaron dulce el rostro
A la diosa elevando,
Teñido en rosa, y en jazmin y en grana,
El tierno canto del amor divino.
¡Cuántos en él ardian,
Y á la reina de amor, amor pedian!

Ya en dulcísimos trinos desmayando,
Imitan dulcemente
El breve son del arroyuelo puro
Que en el cauce de nítida esmeralda,
Sus ondas meneando
La márgen besa con murmurio blando.

En profunda querella el ay sentido
Mas hondamente suena,
Y en pos del son del instrumento espira,
Dejando al mudo espectador que aumente
Los sones en idea
Y arrebatado percibirlos crea.

Un nuevo y firme y sonoroso acento
Del letargo profundo
Y el venturoso error los pechos torna
A mas sublime y eternal encanto,
Y arroba la memoria
De placer en placer, de gloria en gloria.

Ya de los negros celos infernales
La esclavitud horrible
Con terroroso acento altivas dicen.
Mas si aflige sus pálidos semblantes
El peso del tormento
Los engrie y eleva el sentimiento.

Lamentan ya la ausencia dolorida,
Y no de amor el ave
Tan tristemente se querella al cielo,
Si el bien perdido en soledad lamenta
Entre la selva hojosa,
Fatigando á la noche silenciosa.

Mas la esperanza victoriosas cantan;
Y la risa halagüeña
Sus rojos labios de coral esmalta,
Y ante ellos grata la deidad se ostenta
De flores coronada,
Y en venideras dichas trasportada.

¡Qué tiernísimo son vibrado sale
De sus gargantas bellas!
¡Qué trinos anhelantes! ¡qué dulzura!
Nunca el sensible colorin, mas fino
Canto en el campo amores
Por su amada piando entre las flores.

En los deliquios del amor envueltos
Por éstasis callados
Súbito truecan el acento hermoso,
Y hondos suspiros, como el fuego ardientes,
Despidiendo del pecho,
De entrambas late el corazon deshecho....

Ya, Dios del mundo, miras soberano
Tu rico honor supremo.
Tambien, tambien la muchedumbre gime
Y á los encantos del placer desmaya:
Allí un suspiro vuela
Cuyo dueño feliz amar anhela.

¡Mas ay, que Amira interrumpiendo avara
El silencio profundo,
Del crudo Otelo la ignominia horrenda
Con lúgubres acentos eterniza,
Y en el semblante el lloro
Grava el recelo del fatal desdoro!

Pero vertiendo de amistad raudales
En el raudal sonoro
De la mágica voz que templa el alma,
La herida en ellos del dolor mitiga
La venturosa Laura
A quien halaga mas benigna el aura.

Asi las dos beldades amorosas
En divinales trinos.
Mas súbito adunadas sábiamente
Entonan del vivir los sobresaltos,
Rápida la ventura
Y del dolor eterna la amargura:

En sus delicias la niñez gozosa;
La juventud lozana
A precipicios mil volando alegre:
La triste ancianidad llorando errores;
Y el corazon del justo
Que inmóvil ve la eternidad sin susto.

Minerva entonces desde el alto trono
La vena al llanto abriendo,
Tierna soltó de las hermosas manos
Las guirnaldas de rosas y azucenas
Que las frentes ciñeron
De las que á tierra y cielo embebecieron.

Cantad hermosas; mas hermosos lauros
Os prepara ya Apolo;
Los altos dones del vital contento
Al mortal inspirar, de las pasiones
Domeñar la bravura
A la virtud creciendo y la ternura:

Conllevar la injusticia, y de la vida
Endulzar los dolores,
Perpétuo censo de la especie humana:
Arrebatar á Marte el asta ruda
Y mandar la victoria
En los felices campos de la gloria.

Dar al cuitado labrador consuelo
Tras la áspera fatiga:
Del tirano humillar la altiva frente,
Y del monte del crimen espantoso
Despeñar al malvado
A la mágia del canto esclavizado.

Cantad, pastoras mias: loor eterno
A vuestros nombres sea:
Y que la fama alijera volando
Lanzada en medio á la region del viento,
Al resonar la trompa
Siempre con ellos el silencio rompa.



A la muerte de una niña llamada Doña María de los A. C.

Vuelve á mis manos, destemplada lira,
Y ayúdame á cantar, no los amores
Que al herir de tus cuerdas resonaron
Y á las pastoras lindas
En dulcísimo fuego arrebataron.

Hoy tu lúgubre son, mi triste acento
Ablandarán el mármol insensible,
Y los bravos leones, olvidados
De su nativo brio,
Vagarán por los montes asustados.

Dolor profundo en las sensibles almas
Se agite sin cesar; y largo llanto
Viertan los ojos: la beldad mas pura
En su brillar primero
La parca nos robó con mano dura.

A su poder la arrebató callada,
Como improviso viento en remolino
Sordo deshace la naciente rosa,
Honor de los pensiles,
Y el clavel lindo y la azucena hermosa:

O cual fiero el milano desde el cielo
Se arroja á la paloma descuidada
Y con sus corvas garras la ataraza,
Y por beber su sangre
Crudívoro sus miembros despedaza.

Dije, y mi lira con medroso acento,
Los hombres y las fieras conmoviendo,
El luto derramaba en la comarca,
Do el eco repetia
»Odio implacable á la implacable parca.»

Pero tú, niña hermosa, ya no existes
Aunque te ven mis ojos auhelantes;
Ni mi eterno dolor podrá volverte
La vida que ha segado
El misterioso alfanje de la muerte.

¡Un hora ha que jugabas dulcemente
De la amable Melisa entre los brazos
Con mil tiernas caricias halagada;
Y agora cuerpo inmóvil
Yaces en lecho funeral postrada!

Cual presta exalacion se oscurecieron
Los años de ventura inmensurable
Que tu inocencia cándida inspiraba,
Cuando dulce reías
Y cuando el eco de tu voz sonaba.

¡O imágen espantosa de la muerte!
¡Cuánto aquejas mi pecho que, vagando
De tormento en tormento, insomne piensa
De todo un Dios tremendo
Medir osado la justicia inmensa!

En este atroz momento, arrebatada
Por los lejanos ámbitos del mundo,
Discurre el alma mísera aflijida,
Y en prepóstero jiro
Contempla el orden de la humana vida.

El tronante cañon estrago y muerte
Lleva al campo enemigo; y muerte y ruina
Los bronces vuelven del contrario bando,
Y muere el inocente
Por agena ambicion su sangre dando.

Y el ominoso Marte, que preside
A la sangrienta lid con ceño airado,
La frente de laureles va ciñendo
Al que vuela sañudo
Los campos de cadáveres cubriendo.

Impune hiere el bárbaro asesino,
Y tranquilo se goza en sangre hermana
Retiñendo el puñal de muertes lleno;
Y asesinando vive,
Alumbrándole el sol que alumbra al bueno.

Pero tú, gloria mia, en cuyo pecho
Previvió la virtud, cediste al golpe
Destructor de la parca enfurecida
Que al hórrido malvado
Alarga por sus crímenes la vida.

Dios soberano que los orbes mandas,
¿Por qué consiente tu poder supremo
Que la muerte feroz descargue airada
La guadaña terrible
En el crisol de la inocencia amada?

¡O muerte, ó mónstruo! tu furor vehemente
Quieres cebar? Sepulta los tiranos
Que fatigan con crímenes la tierra
Y á la virtud inerme
Encienden cruda y horrorosa guerra.

Mas ¡que nuevo huracan el pecho ajita!
Ojos llorad á vuestro amor perdido:
El inmenso dolor, el sentimiento
De tanta desventura
Amargo torna á su primer momento.

¿Dónde está mi cariño y mi esperanza?
¿El justo Dios que en las alturas truena,
La oculta mano del señor del rayo
Es la que vierte al orbe
La cruda hiel del eternal desmayo?

Mas ¡tarda imprecacion! El Dios eterno
En los eternos libros del destino
La suerte de los hombres tiene escrita,
Y el atrevido labio
En vano trastornarla solicita.

Sí, Dios de tierra y cielo: tú que diste
Al humano vivir, que fabricaste
Con sola una palabra el mundo entero
Señor eres del mundo
Y del primer viviente hasta el postrero.

Perdona, Dios benigno: tierna el alma
Se humilla ante tus plantas fervorosa
Y tu poder respeta. Los arcanos
De tu saber inmenso
No es dado comprender á los humanos.

A la clemencia soberana.

Ya en el alma ¡gran Dios! no cabe el gozo,
Y bullidor ansía
Brotar como rugiente llama opresa,
Y estenderse y volar de gente en gente
Como el rayo fecundo
De la luz que al brillar abarca el mundo.

Dadme la lira de las cuerdas de oro
Y el plectro de diamante:
Que, si el llanto de amor que el pecho vierte
Pueden mis manos detener, glorioso
Con ardiente ufanía
Sabré cantar de la clemencia el dia.

¡Cuán hermoso brilló! Del sol la lumbre
Con magestad suprema
Sobre los altos regios chapiteles
Del soberano alcázar reflejando,
Me pareció que al suelo
Triste anunciaba el eternal consuelo.

Y fue: la muerte que acechó sañuda
Del monarca las horas,
Con inútil rencor bramando fiera,
A la espelunca edaz del hondo abismo
Lanzóse amedrentada
Entre vírgenes luces deslumbrada.

En el eterno libro del destino
Leyó: «Será que España
De las furias tal vez sienta el amago;
Pero en breve con ímpetu fogoso
Respirará serena
Y alanzará del corazon la pena.

El régio lecho del dolor punzante
Lecho será de flores,
Que nunca envuelva el huracan violento;
Y un letargoso sueño que la muerte
Respete dolorida,
Venero de la paz y dulce vida.

Vive la patria ya. Cantad hispanos
Libres himnos de gloria
Al que reina en las cimas celestiales,
Y voz tambien de gloria al trono augusto
Se eleve sonorosa:
Que el suspirado bien en él reposa.

Hijos del crudo azar que en negras sombras
Oprime el infortunio,
Y vosotros, iberos infelices,
De proscripcion y lágrimas cargados....
Cesaron los pesares,
Tornad, tornad á los paternos lares.

Cesa vuestro dolor. Vida celeste
Penetró bienhechora
En la mansion de la tiniebla oscura;
Y del Sena y del Támesis nubloso
Busca ya los retiros
Donde un triste español lance suspiros.

:

Venid, venid: las puertas de la patria
Al mísero se abrieron,
Y la virtud hermosa resplandece
En el solio cual rosa inmarcesible,
Y esparce su tesoro
Con ayes de concordia y blando lloro.

Nuevo ser, nueva patria, dones nuevos
Os otorga una madre
De sus llorosos hijos fuerte escudo,
Opio del mal y de la España gloria.
Vuestra patria divina
Es ya, españoles, la inmortal Cristina.

No mas las aguas de estrangeros rios
Crecerá vuestro llanto,
Ni el pan de la afliccion será alimento
Del pobre que abatió larga ruina.
Volad: que ya os espera
Con dulces brazos la amistad *sincera*.

¡O Reina, Reina! ¡cuánto bien y cuantas
Esperanzas previenes
Con esa ley de generoso olvido!
¡Cuántos séres levantas del sepulcro
Do con feroz tormento
Ya exalaban el último lamento!

Salud, ó Reina esclarecida, salve,
Ahora mas que nunca
Hermosa con los ínclitos adornos
Que la mano del tiempo no devora:
Coronen tus amores
Del almo Dios las suspiradas flores.

¡Ah! Enjuga este llanto, escelso numen,
Que es llanto verdadero:
¡Qué dia! ¡eterno sér! Ya no el silencio
De la sombría y misteriosa noche
Rompe amargo jemido
Con sollozos de muerte estremecido.

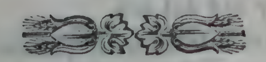
Ya la vision fantástica del crímen
No profana dolosa
De la desgracia pálida el asilo,
Ofreciendo á su mente delirante
Cadalsos levantados
Con española sangre salpicados.

Olvido y amistad: mirad la enseña:
El cielo oyó los votos
Que alzó el dolor con abrasado acento,
Y claro por do quier con terso brillo
Los términos de España
El iris de la paz benigno baña.

Cobró Minerva su laurel precioso,
Y ya sobre sus aras
Del sólido saber arde la pira,
Y en ellas con amor pondrán sus hijos
Por humilde tributo
Del velador afan el alto fruto.

Y todos, todos con el nombre solo
De austeros españoles,
La nave del Estado dirigiendo,
La llevarán al puerto apetecido
Donde el pueblo y los reyes
Por ley segura acatarán las leyes.

Quien ¡ay! no se enternece! y ¡quien no llora
Lágrimas de entusiasmo!
Sigamos, sí, la soberana huella:
Unió Cristina con piedad sublime
Las apartadas manos,
Y todos deben ser dulces hermanos.



A la virtud y al saber.

No es ilusion. El revolver del dia,
Fanal de la niñez antes vendada,
De la perenne luz á la morada
En raudo vuelo celestial nos guia.
Tú, mudez elocuente
De los recuerdos; tú, patria del mundo,
Del bien eterna fuente,
Y tú, beleño del dolor profundo,
Sacra esperanza, al seno
Volad, que os llama de entusiasmo lleno.

Yo canto del saber la escelsa gloria
Y de la alma virtud el rayo fuerte
Que el negro solio de la adusta muerte
Despedaza en períinclita victoria.
El hambre y sed del oro
Son del avaro á la ansiedad puñales,
Y las envidias lloro:
Las coronas trabajos inmortales;
Pero del cielo santo
Las ricas joyas perdurable encanto.

Calle el funesto error que gozos miente
Y al ocio torpe y vil erije altares,
Y oigan la tierra y los soberbios mares
De la suprema diosa el voto ardiente.
Tu noble aliento inspire,
Minerva, al pobre y retemblante labio,
Y el universo mire
Cual arista quemarse el tosco agravio
Sobre la llama pura
Del sol que brilla en la virtud segura.

Con luenga maldicion y amarga afrenta
El tristemente célebre asesino,
Si amaga abrirse el libro del destino,
Siglos en breve de ignominia cuenta.
¿Y á la ignorancia ruda
Que frutos nacerán? En vez de flores
Punzante espina cruda,
Gérmen de sangre y llantos y dolores,
Dará la tierra triste
Donde sus galas la ignorancia viste.

Alma de Pigmalion atormentada,
Dinos desde las sombras latebrosas
Si fue vida tu vida y si reposas
Aun en el centro de la tumba helada.
«¿Y qué? Tambien cayeron

(Asi el genio del mal dice á los hombres)
Y en la tumba se hundieron
De Régulo y Caton los caros nombres;
Y todo, todo es mio,
Grita la sierpe del averno impio.»

No, dulces hijos del benigno cielo,
Quien de la alta verdad en torno gira
A la sublime eternidad aspira,
Y atiende Dios su fervoroso anhelo.
Mil edades pasaron;
Mil destrozos del orbe en Grecia y Roma
Y do quier se clavaron
Cual agudo peñasco en blanda loma;
Mas no su pesadumbre
Mató jamás de la virtud la lumbre.

Sobre el nivel del agua vengadora,
Las furibundas olas contrastando,
Un hombre á los desiertos fue anunciando
Del nuevo ser la refulgente aurora.
El Régulo latino
Al hado vil sobrevivió muriendo,
Y á Sócrates divino
Elv elo del empíreo descorriendo
Del negro olvido exime
De *«el alma es inmortal»* la voz sublime.

Sobre los siglos levantada brilla
El alma de Maron. Aun vive Orfeo,
Y aun resuena la lira de Tirteo
Y la azagaya del Mesenio humilla.
Al verter su tesoro
El poderoso sol resplandeciente
Despide un rayo de oro
Sobre el lecho de Thales blandamente,
Y la luna callada
Le corona de perla nacarada.

Vive en el por venir el sacro Homero:
Hoy de Newton la palma reverdece,
Y la mente de Horacio tierna ofrece
Mirtos y lauros á su alumno ibero.
Absorto el mundo nombra
La audaz empresa de Colon ufano,
Y atónito se asombra
De solo el pensamiento sobre-humano:
A Herrera da y Batilo
Y á Cervantes la fama eterno asilo.

¿Qué pueden de la muerte los furores?
¿Qué del volcan la llama abrasadora,
Si el mismo infierno atroz no descolora
Del sumo bien las perdurables flores?
Desploma, ó parca fiera,

Sobre el humano tu invisible azote:
Que de la tierra entera
Nubes y polvo son tu vana dote:
Cuando á Régulo herias
¿Por ventura sus glorias destruias?

El Egipto cayó: se hundió Fenicia,
Mas al Danao sus ciencias se estendieron,
Y de Atenas los sabios *son*, cual fueron,
Del mundo inmenso la sin par delicia.
En magestad veladas
De Licurgo y Solon las justas leyes,
Al pueblo consagradas,
Brillan en los palacios de los reyes
Que de gloria sedientos
Vivan al bien universal atentos.

Despues de siglos mil preside alzado
El grande Ciceron con voz de fuego,
Para arrancar la venda al crímen ciego,
De la elocuencia el divinal senado.
¿Y Arístides no muestra
Desde el sepulcro su blason radiante
Pendiente de su diestra,
Y el brillo de su rostro fulminante
Para los justos guia,
Y espanto y miedo á la torpeza impía?

Del fuerte Mucio á la novel grandeza
Grato sonrie el alto firmamento,
Y aun en sombra se aplaca del sangriento
Porsena y de sus huestes la fiereza.
El generoso ejemplo
Del famoso Estilpon Demetrio diga
En el megario templo,
Y de la argiva hueste la enemiga
Cante con labio puro
Del noble Bias el pensar maduro.

¿Y no escuchais, alumnos de Minerva,
Del mantuano la voz ardiente y pia?
¿No os da Séneca esfuerzo y osadia
Para afrentar á la impiedad acerba?
¡Ah! Con vosotros vive
Dulces horas en plática sabrosa
Y culto aqui recibe
De Terencio la mente prodigiosa,
Y Planto os ilumina,
Y Tertuliano al cielo os encamina.

¿Pues qué es la noche de las tumbas?--Nada
Para el saber y la virtud sublime.
Solo el malvado entre tormentos gime
Muerte de eterna maldicion cargado:
Que la luz bien hechora,

La luz de la razon jamas fallece:
Y, si triste á deshora
La máquina mortal rauda perece,
El alma noble y pura
Queda con nuevo precio y hermosura.

Cual niño incauto no temiendo el daño
Coger presume entre su mano breve
De la vecina llama el humo leve,
Y luego advierte su ilusion y engaño;
Asi tú, ó parca, miras,
Si al justo arrojas la feroz guadaña,
Que tan solo tus iras
Hartas y tu rencor y cruda saña
Sobre el polvo primero
Que mudo burla al mentidor agüero.

A la forzosa ley el sabio anciano
Paga, muriendo, el perenal tributo;
Mas ya en sus caros nietos deja el fruto
Del prudente consejo, y muere ufano.
«Yo fallezco, hijo mio
(Dice la madre al espirar doliente
Con letal desvarío);
» Mas la memoria de mi voz ferviente
» Será tu compañera
» Y bueno vivirás aunque yo muera.»

En vano acechas, cernejuda muerte,
De la virtud y del saber el rayo:
Que no hiela en los brazos del desmayo
Ni cede á los caprichos de la suerte.
Mientras tu faz sonrie,
El vuela triunfador de clima en clima
Y lozano se engrie,
Y salva de los montes la alta cima,
Y claro, limpio y terso
De polo á polo ilustra al universo.

Si aunque mil veces tu cortante acero
La viva llama dividir intente,
Ilesa brilla, y el fulgor potente
Cual antes resplandece igual y entero;
¿Cómo con tu braveza
Herir podrás los invisibles séres,
La insigne fortaleza,
De la póstuma gloria los placeres,
Y cuanto en pos del hombre
Queda elevando hasta el cenit su nombre?

Una vez y no mas el cuerpo espira;
Mas siempre vive triunfadora el alma
Cual en Virgilio con fogosa calma
La alta doctrina de Platon respira.
Con sus obras el sabio

Rompe desde las tumbas la cadena
Al ignorante labio,
Y al bravo ponto la soberbia enfrena,
Y los reinos erige,
Y con cetro de paz el orbe rige.

Si los bienes de un siglo acaba un dia,
Ni airados ni cobardes sollocemos.
El oro tomen los demas: guardemos
Nosotros la virtud: Solon decia.—
Levantémosla altares,
Y allí pongamos del saber ofrendas
Para los dulces lares.
La virtud y el saber son altas prendas
Que las furias no hieren:
Solo el saber y la virtud no mueren.



En l oor de la Señora Concepcion Rodriguez, primera actriz del teatro del Príncipe, representando el papel de Dido en el quinto acto de la tragedia de este nombre.

¿Quién es esa infeliz que pavorida
Con planta temblorosa y agitada
Huyendo viene de funérea sombra?
¿Quién la persigue, quién? ¡ay! ved sus ojos
Espantados mirando:
Oid los gritos de su horror infando.

¿Quién causa su dolor? ¿Quién su hermosura
Marchitára con mano asoladora?
¿Quién agostó su plácida esperanza?
¿Qué furias la devoran? ¿Desfallece
Su rostro amortiguado
Tal vez de impuro amor avergonzado?

Sin órden el cabello, en tu semblante
Grabada la afliccion y la amargura,
En tus ojos la muerte, en tus acentos
El crimen y el dolor, con ansia fiera
Desmayas sin aliento
Cabe el trono ¡infeliz! que fue tu asiento.

Mas ¿ eres tu la reina de Cartago,
La dulcísima Dido, la amorosa
Esclava humilde del piadoso Eneas?
Su nombre entre tus labios balbucientes
Resuena ¡ desdichada!
Morirás con tu amor abandonada.

¡Ah! No es Dido: sin manto, sin corona,
La faz sombría y en furor ardiendo,
Desamparada y sola, otra infelice
Será que de la muerte perseguida
Aqui busque un asilo,
Rápida huyendo de ensañado filo.

¿Qué escucho? ¡imágen triste! ¿qué pronuncia
Segunda vez tu lengua? ¿Tú eres Dido?
¿Aún abrasa tu pecho enamorado
La llama funeral? ¿Dónde tus ojos
Fijas debil é incierta?
¿Tiemblas al ver la desquiciada puerta?

¡Cómo tiende las manos temblorosas
En ademan de reclamar venganza!
¡Cuál se teme á sí misma! ¡Cuál enhiesta
El deslustrado cuello! Horrenda sombra
En torno de ti veo....
¡La sombra! ¡oh Dios! ¡Del mísero siqueo!

Le miras desgarrado ante tus ojos
Mostrarse vengativo, y recordarte
Con pavorosos lúgubres gemidos
Las dulces glorias de tu amor primero,
Glorias que tu olvidáras
Con otro amor en halagüeñas aras.

Ignorándolo tú, te deja Eneas;
Y entre el temor y la esperanza errando,
El temor te consume, la esperanza
Torna á tus labios la alegría, el fuego
De tu amor alimentas,
Y ya en los brazos de tu bien te cuentas.

¡Cómo olvidas tus males! ¡Cuál invocas
Con ruego dulce al soberano Jove!
Por mentidas deidades se abandona
Tu corazon de amor tan verdadero;
Y al saberlo, tu pecho
De furia y de dolor gime deshecho.

¿Por qué con tus amores le brindaste
Y el trono que fundáras le ofreciste?
¿Por qué con esperanzas lisonjeras
Tus labios le halagaron? Tu pensabas
Coronarte de glorias;
Mas ves en torno á tí tristes memorias.

:

Ya venganza y piedad al cielo imploras
Y el ámbito del mundo, el cielo inmenso
No basta á tus clamores. ¡Desdichada!
No hay piedad ni virtud: tu rabia crece
Y te ostentas serena,
De calma horrible y aparente llena.

Un grito horrendo de furor exalas
Y mostrando un puñal, rauda le escondes
En tu pecho de amor, y moribunda
Y el nombre de tu Eneas pronunciando,
Caes de amor llagada,
Y aun me pareces, muerta, enamorada.

¡Murió Dido! ¡Infelíz!.. ¿y aún vive Eneas?..
Mas ¡qué ardiente delirio enagenaba
Mi alma y mis sentidos! No era Dido,
Tu eres, Celia hermosa, quien pintaste
En sensibles furores
Sus tristes y frenéticos amores.

Aún escucho la voz con que templabas
Del tirano infeliz la dura suerte,
Y amante y reina y Diosa parecias
En medio del pesar y el rendimiento,
Y sin el cetro de oro,
Al cetro dabas y á tu honor decoro.

Escucha, Celia, escucha, tú mandaste
Con mágia encantadora el alma mia.
Yo te conozco á tí; mas trasportado
De una en otra ilusion, te contemplaba
La reina de Cartago,
Y á par sentia su horroroso estrago.

Al reconocimiento del Ser Supremo.

Al despuntar la abrillantada aurora
Por el rosado oriente
Himnos eleva el mundo en voz sonora
Al Ser Omnipotente.

Himnos el quieto labrador le canta
Con plácido ardimiento:
La frente el prócer rápida levanta
Al mágico portento.

Sobre la humilde flor brilla adorada
Y en la eminente cumbre,
Por la invisible mano alimentada
La soberana lumbre.

El grito universal de «luz eterna
Despierta al ancho mundo,
Que repiten la cóncava caverna
Y el hondo mar profundo.

Cuando el rayo del sol rico visita
La cárcel tenebrosa
Con menor llanto el prisionero agita,
La tres-doblada esposa.

Al coronar el trono diamantino
El celestial tesoro
Vierte el tirano con fervor divino
Arrepentido lloro.

Las aves en los árboles cantando
Al bello sol saludan,
Y por verle los golfos van cruzando,
Y los plumages mudan.

El brioso alazan de la ribera
Registra los confines
Mientras le peina el aura lisonjera
Las enredadas crines.

El negro toro de contento muge,
Y alegre el leon brama;
El tígre fiero enagenado ruge
Sobre la algosa cama.

Y bueno el hombre con la voz ardiente
O en silencio sublime
Delicias pone al ánima doliente,
Si lastimada gime.

Todos, Señor, te adoran. ¿Y el malvado?
El malvado te teme,
Por mas que, á sus delirios entregado,
De tu gloria blasfeme.

El vé como sucede el claro dia
A la noche medrosa,
Como preside á la tiniebla umbría
La luna silenciosa.

Serena el aura del abril parece
El noto desterrando,
Y en el ramage bullidor se mece
Con movimiento blando.

El verde prado su riqueza ostenta,
Y en el pensil de Flora
La fresca rosa y el clavel alienta
La cándida pastora.

Del rudo monte la cerúlea espalda
Destila blanca nieve
Que alimenta la nítida esmeralda
En arroyuelo breve.

El plácido Favonio, el sol radiante
Las campiñas fecunda,
Y la cosecha súbito abundante
Los paneros inunda.

Con asombro el celeste beneficio
El criminal recibe,
Y vuelto de su error detesta el vicio
Al ver que por ti vive.

Si del placer indigno le cautiva
El pernicioso cebo,
De los deleites ávida le priva
La imágen del Erebo.

De los breñales ásperos brotando
La saludable fuente,
Las gargantas del monte atravesando
El rápido torrente:
Del ronco mar el espantoso estruendo,
Del rayo el estallido,
El huracan el mundo estremeciendo
Con hórrido rugido:
De vida ó muerte la preñada nube
Que á los cielos se eleva,
Y el don oculto al solio del Querube
Para lanzarlo lleva:
Por las celestes bóvedas rodando
Cual leve piedra inerte,
Y los eternos muros atronando
De Dios el carro fuerte;
Todo le anuncia, todo, el poderío
Del que el orbe domina,
Y puede hundirle en el averno impío
Con eternal ruina.
El pabellon de Dios rebelde insulta
El tirano encubierto,
Y á Faraon indómito sepulta
El hondo mar abierto.
Alzan contra Jesus la torpe mano
Los que su Rey le vieron,
Y la rica Pompeya y Herculano
Hechos polvo se hundieron.

Huyóse la virtud con la justicia
De la grandiosa Roma,
Y el eje de su imperio se desquicia
Y rauda se desploma.
Pérfido y vil al Hacedor maldiga
Y ultraje sus hechuras
Quien no espera, ¡infeliz! ni tierno abriga
El gozo de almas puras:
Que siempre con espanto de sus ojos
Caminarán los años,
Y aumentarán su pena y sus enojos
Los justos desengaños.
Seguirá siempre su inmortal carrera
El monarca del dia;
Ni anublará su fúlgida lumbrera
Porque el inicuo ria.
Tú, mortal sin ventura, ¿por qué ofendes
Al Hacedor del suelo,
Si los arcanos ¡mísero! no entiendes
Del escondido cielo?
Un rayo de la luz que el mundo adora
Enriquece la tierra,
Y el mismo rayo es plaga abrasadora
Que las mieses destierra.
El rio que alimenta el yermo prado
Fue torrente impetuoso,
Y turbulento y cárdeno nublado
Del Ponto borrascoso.

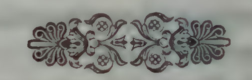
El volcan que mil altos pueblos traga,
El Cráter descubriendo,
Salva la tierra á que el destino amaga
Frenético gimiendo.

Gozad la dicha en la virtud, mortales,
Alabanzas cantando
Al que reina en las cimas celestiales
Los mundos abarcando.

Sufrid del duro mal el peso grave
Con ánimo robusto:
Que tras él os espera el bien suave
Si no insultais al justo.

No indagador se atreva el necio humano
A despreciar sus leyes:
Que el sepulcro, que iguala en polvo vano
Los siervos y los reyes,

Le enseñará en silencio pavoroso
De la verdad la guia,
Y del error funesto y clamoroso
La pérfida falsía.



A la Luna.

Salud, astro benigno,
Reina inmortal de la callada noche,
Luna hermosa, salud: los anchos mares
Ya rápida abandona, y, tu carroza
Por los inmensos ámbitos guiando
Ornada con tu espléndida hermosura,
Inspira los amores
Vertiendo tus pacíficos fulgores.

Alza tus mustios ojos,
Divino encanto de Endimion felice:
Con tu lánguida luz amortecida
Penetra en estos bosques solitarios:
Mi fuego calma con tu fresco aliento,
Y dulcifica mi dolor en tanto
Que desatado lloro
Ausente de aquel bien que ausente adoro.

Aliviarás mis males,
En oyendo la pena en que se abrasa
Mi corazon de cera enamorado:
Sé tú mi compañera en el silencio
Que reina en las campiñas pavoroso.
Siente conmigo en mi fatal quebranto
Mi amargo desconsuelo
Desde la cumbre del oscuro cielo.

¡Ay, cuanto eres amable!
¡Cuál mi mente y mis ojos enajena
De tu dorada palidez el brillo!
Ni el lucero del alba, ni el sol bello
Derramando su lumbre abrillantada,
Me agradarán jamas cual me enamora
Tu faz casi adormida,
Imágen dulce de mi dulce vida.

Ayer aquí ¡ó fortuna!
Sobre un lecho de flores olorosas
La contemplaste férvida jimiendo,
Y la viste temblar cual leve arbusto
Por el soplo del alba meneado,
Y arderse en mi pasion callando tierna,
Y ya de amor llagada
Su cabeza en mis hombros reclinada.

Rendida y anhelante,
Sus dulcísimos ojos desmayaron
Mirándome una vez: así los mios
Turbados y cobardes y ardorosos,
Se cerraron tambien; y en mil delicias
Con mil memorias plácidas sentimos
Sojuzgarnos el alma
Antes la agitacion, despues la calma.

Asi primero brillas,
Astro benigno, al coronar el cielo
Con grato resplandor, encaminando
Hasta Endimion los pasos silenciosa;
Mas al tocar su rostro peregrino
Pierdes tu bella luz, y entre la nube,
Que apenas ya coloras
El bien que alcanzas sonriendo adoras.

¡Cuánto mi Filis tarda!
Ven, dulce amada, ven: acude ansiosa
A renovar las glorias de Citeres
Con tu adorado bien entre las flores
Do entrambos recostados dormiremos
Mientras en blandos trinos delicados
El ruiseñor suspira.
Ya llega. ¡O luna! tu fulgor retira.



A Filena adormecida.

EL RESPETO.

Duerme, pastora mia,
En mis amantes brazos reclinada
Aquí á la fresca umbría
Do la hoguera abrasada
No queme tu mejilla delicada.

Tu sueño delicioso
Respeta el aquilon, de embravecido
Tornado ya en calmoso:
No se escucha un jemido
Ni de nuestras ovejas el valido;

Ni de tórtola ausente,
Su tristísima pena lamentando,
El arrullo doliente,
Ni la abeja zumbando,
Ni los lozanos potros relinchando.

El ábrego detiene
Su furor al mirarte descansando,
Y la paz nos mantiene,
Y el cordero, callando,
La yerba en el redil está rumiando:

La tórtola sintiendo
De sus polluelos el amor naciente,
Y el rio repitiendo
Suave su corriente
Bajo espumas de plata refulgente.

Duerme, duerme, pastora:
Cefirillo apacible, silencioso
Tu dulce paz adora,
Y halaga ya amoroso
Tu sueño de dulcísimo reposo.

Sus alitas batiendo
Mueve las blandas auras con ternura,
Y á tu pecho subiendo
Sobre tu boca pura
Derramará su plácida frescura

Tan solo Filomena
En la copa del álamo vecino
Canta su amable pena
En delicado trino,
Y fiel te brinda su cantar divino.

Y mientras que envidíosa
La contristada luna se querella,
Al ver tu faz hermosa,
De su infeliz estrella,
Y el débil rayo de su luz destella:

Yo feliz y envidiado,
Dulce bien mio, velaré inocente
Tu sueño regalado,
Y el sudor de tu frente
Enjugaré con mano diligente.

Al tierno gilguerillo
Rogaré que te envie sus amores,
Y en blando caramillo
Yo te diré loores,
Y tu cabeza adornaré de flores.

A tu nariz preciada
Aplicaré en tu sueño delicioso
Una rosa esponjada
Que en tu pecho dichoso
Derrame un ámbar celestial, sabroso.

Y el juramento santo
Que sollozando te presté en el seno,
Con amoroso llanto
En este valle ameno
Repetiré de amor y gloria lleno.

Así Anfriso decia,
Y la hermosa Filena suspiraba,
Y él en amor ardia,
Al verla cual callaba
Y los divinos párpados cerraba.

POR QUÉ DEBE GOZARSE DE LA JUVENTUD.

A Amira.

Ya del abril florido
La diosa que los campos enamora
Y el cielo embebecido,
Se ágita en las mansiones de la aurora
Con agradable estruendo,
Del triste marzo la prision rompiendo.

Ya con el sol naciente
Rayos de clara luz al mundo envia,
Y un regalado ambiente
Que alivia del dolor la carga impía,
Y á los mustios vergeles
Algunas de sus rosas y claveles.

Al sáuce plateado
Da apostura gentil con dulce viento,
Y al torrente callado
Bullicioso y alegre movimiento,
Y ofrece á la ribera
Las galas de la linda primavera.

De la dádiva hermosa
Los vivientes del bosque se aperciben,
Y en la enramada umbrosa
Del nuevo sol el parabien reciben.
Canta el ave serena
Y el lozano bridon la crin ordena.

Todo es grata esperanza,
Todo, Amira feliz, torna á la vida,
Y la misma mudanza
El raudo bien á asegurar convida.
La amistad á ti llega,
Y que no pierdas el placer te ruega.

Tú, como el sol que brilla,
Del cielo anuncias la cercana gloria
Ante la cual se humilla
De los crudos pesares la memoria:
Tú las delicias eres,
Y en el ardiente amor nueva Citeres.

Quien viere tu semblante
Donde la rosa del candor se mece;
Quien aspire triunfante
El ambar puro que tu aliento ofrece,
Gozará enagenado
Las galas del abril anticipado.

La paz vive en tus ojos,
Y tu don menos grande es la hermosura:
Al crimen das enojos,
Palmas á la virtud y á la ternura.
La virtud es tu guia,
Y consuelo tal vez del alma mia.

Mísero y triste lloro
Porque el ministro horrendo de Belona
Entre el rumor sonoro
Que oprime al orbe de feroz blasona,
Y la tierra fecunda
De sangre y de cadáveres inunda.

Necio invoco á la muerte:
Pero la voz de tu amistad resuena,
Y ya adoro mi suerte;
Que tú sabes templar mi amarga pena.
¡Ay! perdona, Dalmiro:
De inocente amistad es mi suspiro.

Si algun mortal pudiera
El laurel disputar de tu contento,
El pobre Anfriso fuera;
Ni tú culparas el glorioso intento:
¡Ay! pregunta á tu esposa
Quien fue su clara estrella y luminosa:

Quien lanzó de su mente
De la primera oscuridad la nube,
Y del error demente
La levantó á los templos del Querube,
Do la virtud florece
Y la verdad eterna resplandece.

Yo cultivé, Dalmiro,
La verde palma que tu sien decora:
Yo dí lozano jiro
Al vástago de amor que tu alma adora;
Al mágico portento,
Dueño de tu alvedrío y pensamiento:

A la bella española
Mitad, la que mas quieres, de tu vida,
Do Febo tornasola
De su lumbre la ráfaga encendida,
Donde el amor aprende
El sabio ardid con que las almas prende.

Gozad, gozad ahora
Que la preciosa juventud os rie:
No vive aquel que llora
Y en el tormento y el dolor se engrie.
La vida es la alegría,
La muerte la fatal melancolía.

Goza el bien que te espera,
Venturosa beldad del Manzanares;
No temas que te hiera
El venenoso arpon de los pesares:
Que tú guardas el seno
Para el esposo de delicias lleno.

Goza el bien, anhelante:
No le dejes volar sin que le ofrezcas
El pecho palpitante:
Jamás insomne y tímida padezcas.
No torna el bien que ha huido
Al tardío clamor de hondo jemido.

La paz cubra tu lecho;
Y, cuando al mundo la ambicion devore,
Jima en amor deshecho
Tu corazon, y amor y amor implore
Tu esposo amartelado
Al mar de los placeres entregado.

Quien del gozo despierta
Dos veces gana el lauro delicioso,
Y la beldad que, muerta
Para el placer, esquiva el lazo hermoso
Se atormenta dos veces
Y al ocio agota las amargas heces.

Tras el fúlgido rayo
Con que al abril halaga el sol eterno,
Viene el triste desmayo
Que en las campiñas vierte el crudo invierno,
Y sumerje en la nada
La flor en el pensil abandonada.

Coje la fresca rosa
Que te brinda el oriente de la vida.
No permitas, hermosa,
Que lánguida fallezca y aterida,
Antes que tú la aspires
Y en el tembloso corazon la mires.

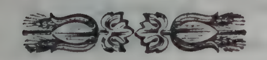
Y el enojo del cielo
No podrá arrebatarte el gozo puro
Ni el divinal consuelo
Que tu seno disfrute en el seguro
Puerto de tu bonanza,
Do de la envidia el aguijon no alcanza.

Con plácido jemido
Derrama de la paz las bellas flores
En el lecho querido;
Que son mas amorosos los amores,
Cuando en ellos respira
El céfiro de paz que en torno gira.

Así, cuando en tu daño
Quiera gozarse la vejez doliente,
Del triste desengaño
No beberás en la amargada fuente,
Siendo entonces tu gloria
De las primeras dichas la memoria.

Y mientras tú gozosa
Recuerdes tu delicia verdadera,
Mil finjirá, celosa
De tu ventura, la beldad artera
Que el tiempo fujitivo
Diera al fiero desden y al trato esquivo.

Pues quien sin fruto deja
Volarse la estacion de su contento,
Con importuna queja
En pos fatiga la region del viento;
Y, por calmarse, miente
Glorias que no gozó, que tarde siente.



A Rosana.

Bella Rosana, deja
De la corte el bullicio estrepitoso,
Y la negra madeja
De tu cabello hermoso
Ven á lucir en este sitio umbroso,

Do á la merced del viento,
No en trenza artificiosa esclavizado,
Suelto fluctúe, exento
Del prendido, esponjado
Sobre tu cuello cándido nevado.

Tus ojos inocentes,
Imágen del pudor, su dulce brillo
Me ofrecerán rientes.
Yo un lindo canastillo
De flores te daré y un pajarillo:

Un pajarillo, hermosa,
Con plumas de colores adornado,
De garganta rizosa,
De piquillo dorado,
Que trine como un ángel elevado.

Todo á gozar convida:
La soledad, las flores y la fuente
Y la gruta escondida,
Y el arrullo doliente
De la amorosa tórtola gimiente,

Y el laberinto oscuro
De circulares calles no encontradas,
Los árboles y el muro
De ramas enlazadas,
Formando mil figuras delicadas.

En el estanque claro
El escamoso pececillo gira
Tras la consorte, avaro
Del placer que le inspira
El rosado color que en ella admira.

El lomo nacarado
Y los remitos de sus alas bellas,
O ya el desden buscado,
Le roban tras sus huellas
Y alegre y raudo sacrifica en ellas.

La tórtole se queja
En la cima de un álamo posada,
Y la melíflua abeja
Está so la enramada
Fabricando sus mieles agitada.

De flor en flor volando
La inquietilla volátil mariposa,
Con luces mil brillando,
En amores rebosa,
Y bebe del clavel el zumo ansiosa.

Aquí de una cascada
Raudo verás precipitarse un rio
De espuma levantada
Con repetido brio,
Muy cerca oyendo de un jilguero el pio.

Aquí la fresca rosa;
Allí la blanca y cándida azucena;
En este lado airosa
Correr la fuente llena,
Y al pie sonando pastoril avena.

Ven, amorosa amante,
Ven y las dulces penas templaremos
Con nuestra fé constante,
Y alegres jugaremos
Y en el frondoso bosque hospedaremos.

Tú volarás, bien mio,
Tras mí, las manos á cogerme echando:
Yo finjiré que ansío
No ser cogido, cuando
Los pasos malicioso iré tardando.

Y cuando ¡cielos! llegues
A tocar mis vestidos ajustados
Con los airosos pliegues
Del tuyo, ¡qué cuidados
Llenarán nuestros pechos azorados!

De los brazos asidos
Iremos por la fresca oscura calle
Cual dos nuevos Cupidos,
Tú luciendo tu talle,
Yo envidia siendo del vergel y el valle.

Verás ¡cuál nos miramos!
Y ¡cómo el corazon palpita herido!
Y ¡cual, mientras callamos,
Nos quema enardecido
El dulce fuego del amor querido!

En rústicos asientos,
De cortezas de encina fabricados,
Posaremos contentos,
En tanto que encelados
Nos visiten los céfiros alados.

Y en la rústica mesa
Nos brindaremos los manjares frios;
Mas tu risa traviesa
De los amores mios
Aumentará los blandos desvaríos.

Iremos á la fuente
Y allí la sed fogosa apagaremos
En su fresca corriente;
Y el bien que nos debemos
Sin miedo y sin testigos gozaremos.

¿A qué el vaso mas fino
Cuando en el seno de la fuente pura
Rebulle cristalino
Raudal con hermosura
Entre follajes de caudal verdura?

¿A qué envidiar ansiosos
El chopo erguido que circunda el Prado,
Si aquí mas deliciosos
Arboles sin cuidado
Del arte, sirven un frescor preciado?

¿A qué envidiar cortadas
Las frutas en los cestos cortesanos,
Si aquí penden colgadas
En árboles galanos
Que desde el suelo alcanzarán las manos?

Vuela, Rosana mia:
Que ya despunta la fulgente aurora
Trayendo la alegría,
Y los pensiles dora
Y entre las ramas el ambiente mora.

Todo, Rosana hermosa,
A regalarse en el vergel incita:
Acorre presurosa,
La triste corte evita
Que aquí la paz con el deleite habita.

Un desengaño.

Este si que es placer, placer divino.
¡Ah! gózate alma mia:
Que tan dulce agonia
Es de la dicha el celestial camino.
¡Felicidad! ¡felicidad! Te veo.
Encanto de los tristes,
Ya sé, ya sé que existes,
O me engañan los ojos del deseo....
No me engañan.... el fuego que enardece
Mi corazon ansioso
Es fuego delicioso,
Llama de nuevo sol que me engrandece.
De la tierna inquietud la aguda pena
Me colma de contento,
Y este temblor que siento
Es la vida de amor que me enagena.

¡Amable agitacion! ¡Cómo la mente
Embebecida inflamas!
¡Cuál por ella derramas
De deleites sin fin rápida fuente!

Aquí respira férvida mi gloria,
Aquí vive el consuelo:
Aquí mora mi cielo
Y engríese en sí misma la memoria.

Nunca probé tan halagüeño instante:
Nunca mi tierno pecho
Así jimió deshecho
En el placer de la ilusion triunfante.

¿Do estoy? ¡ó suerte! ¡que divino ensueño,
Alma feliz, te engrie!
¿O qué numen sonrie
Plácido al verte esclava de otro dueño?

Desfallezco. ¡Y que hermoso es un desmayo,
O mi diosa querida,
En brazos de la vida,
Si le acaricia de esperanza un rayo!

Astro de mi existencia, yo deliro
Pensando en tu hermosura,
Y en sublime locura
Mi fantasía aletargada miro.

¡Ay! cada acento de tu dulce boca
Conmueve mis entrañas.
Hermosa, tú no engañas....
Mi eterno amor tu compasion invoca.

¡Yo, oprimiendo, ¡ó placer! tu blanca mano!
¡Yo enlazado á tu cuello
Como las gracias bello!
Muera de envidia Jove soberano.

Al sentir el ardor puro y sabroso
De tu rostro suave,
El gozo en mí no cabe
Y de mi pecho al tuyo vuela ansioso.

Tal vez espacio busca en todo el orbe,
Y el orbe le es estrecho,
Y tórnase á tu pecho:
Que él solo, él solo el universo absorbe.

Esto en silencio misterioso, ardiente,
Un amador decia,
Mientras su rostro unia
Al rostro de su amada dulcemente.

Mas ella se desciñe, y con serena
Faz le mira impasible,
Y él callado y sensible
Toca el engaño y de dolor se llena.

Y así luego la dice. «A merecerte
No basta un desdichado.
Yo muero atormentado:
Tú me diste el abrazo de la muerte.»



ROMANCES.

A la Patria.

Ya, dulce España, recobras,
En pos de angustias amargas,
Con la razon y sus fueros
La libertad suspirada:
La libertad que otro tiempo,
Madre de heróicas hazañas,
Al trono español y al pueblo
Salvó de negras borrascas:
La libertad jenerosa,
Consuelo de nobles almas,
Que cuando vence perdona,
Que ni oprimida es esclava:
¡O libertad! no permitas
Que quien se incline á tus aras
Deba otra vez de los héroes
Sobrellevar la desgracia.
Asaz de estranjeros rios
Bebieron tristes las aguas
Los que un dia enarbolaron
Tus banderas sacrosantas.
No varoniles esfuerzos
Sufran la funesta plaga
De vergonzosas pasiones
Por el infierno ajitadas.

No envuelva nuestra alegría
Ni mate nuestra esperanza
Horrenda y pérfida nube
De negro rencor preñada.
Mas no: donde quiera brillan,
Isabel, las fuertes armas
Que tu inocencia defienden
De malignas asechanzas,
Y que en bases indelebles
Nuestros derechos afianzan,
Sin que baste á destruirlos
La mano del tiempo avara.
Y sí estas armas triunfaron
De viles hordas, guiadas
Por un fanatismo fiero,
Que al cielo y al hombre ultraja,
Cuando tres-doblados hierros
El ansioso brazo ataban,
Cuando era virtud el miedo
Y delito la constancia:
¿Qué no harán? ¿qué rara empresa,
Jamás del mundo lograda,
No alcanzarán combatiendo
Por las libertades pátrias?
Ya nuestra divisa es cierta,
Brille en morriones y lanzas,
Y como una flor al pecho
Prendedla, españolas damas.

Prendedla, sí, y al guerrero
Sirva, mejor que la malla,
Cinta azul con pátrio mote
En las reñidas batallas.
Que si en vuestros labios suena
Aquella voz soberana
De *libertad*, que engrandece
Hasta las vidas menguadas,
Serán españoles todos
Cuantos lo tengan á gala:
El valor y la hermosura
Altos milagros alcanzan.

La declaracion.

ROMANCE MORISCO.

Pasear siempre tu calle,
Rondar tus ojos alegres
Es mi placer, es mi gloria,
Aunque sé que me aborreces.
Jamás fuí galan sumiso:
Jamás atendí las preces
De Jatima ni Benceyda,
Ni obedeciera sus leyes.
Mas ora, tres veces diosa,
A un moro en tu calle tienes
De la lid siempre olvidado,
Y de sí no pocas veces.

Es, Celima, que te adoro,
Y de Tarfe el amor cree:
Que es amor que no he buscado;
Porque él vino á sorprenderme.
Mas me agrada tu hermosura,
Me agradan mas tus desdenes,
Que me agradaron un tiempo
Los africanos jaeces:
Que poner la silla airoso
A mi alazano valiente,
Y sus crines ondeantes
Trenzar con varios caireles:
Que montarle, libre el cuerpo,
De un brinco sin detenerme,
Y derribar con mi lanza
Cien caballos, cien jinetes:
Que ondear la airosa garzota,
Que ceñir turbante verde,
Y ser de nuestro profeta
Un bien quisto descendiente.
Mira si Tarfe te adora:
Celima los ojos vuelve
Hácia este moro, que al menos,
Si no es hermoso, es valiente.
El te librará arrogante
Del que arrogante te befe,
Y de tus luceros quiera
Insultar la luz celeste.

¿Quién de Mavorte en las lides
Infunde espanto á los reyes,
Qué no ha de hacer por su dama
Por quien de amores se muere?
Esto el alarbe la dijo
Con voz tan noble y ardiente,
Que vió de aquel rostro hermoso
Trocarse en fuego la nieve.
La bella y gentil Celima
Llena de amor enloquece,
Y le responde: «Soy tuya,
En ese anillo me tienes.»

A unos ojos azules.

Quien de tibios acusare
Tus ojos azules, Clori,
Ni sabe de ojos azules
Ni alcanza el fuego que esconden.
Como ellos solos modestos,
Jamás ostentan sus dones
A la corrompida turba
De insolentes amadores.
Mas si á la amistad escuchas
Sus blandos acentos nobles,
O del amor verdadero
Los dulces suspiros oyes,

La hermosa llama escondida
De tus ojos brilla entonces
Como en el mayo risueño
Los febeos resplandores.
De su morena Dalmiro
Los ojos negros adore,
Por el volcan que los arde
Sobre un volcan de pasiones:
Que yo de mi blanca bella,
Luz y ornato de la córte,
Quiero adorar los azules
Eternizando mi nombre;
Porque del cielo ostentando
Los asombrosos primores,
El borde azul sus pupilas
Al azul del cielo oponen:
Porque de la luz remedan
Los refulgentes albores,
Y en pos de tímido llanto
Son iris de amor insomne.
Cuando tus ojos, querida,
Alzas, á mis ruegos dócil,
Desvaneciendo la nube
De mil pesados temores,
Con agradable sorpresa
Mil bienes me das que goce,
Con que inmortal me contemplo
Y el mas feliz de los hombres.

Si con silencio me ordenas
Que yo mis ansias reporte,
Tambien me anuncias que aguarde
De un bien mas firme la dote.
Pero cada vez que al alma
Tus suspiros corresponden,
Disfruto nuevas delicias,
Cual no esperadas, mejores.
Así contento enloquece
En su triste hogar el pobre,
Cuando la mano ignorada
De la piedad le socorre.
Así cuando un infelice
La cárcel lóbrega rompe,
Tornando á la luz perdida
A todo bien la antepone:
Y al sol alzando las manos,
Se deshace en mil loores,
Con que persuasivo arranca
Llanto de amor á los dioses.
Jamás, esquiva inocente,
Amargas sospechas cobres
De que yo por tus desdenes
Te desprecie y te abandone.
No de muelles cortesanas
Me arrastra el finjido porte,
Ni me cautivan los sueños
De peligrosos favores.

A ser en Georjia amante
Vuele el codicioso Adonis,
Y hollando abismos inmensos
Surque las ondas salobres.
Y á la par que enfurecidos
Bramen los vientos veloces,
Y los sobrepuestos mares
El leño fragil azoten,
Nosotros en la ribera,
Tras de los riscos enormes,
Libres del piélago insano
Nos demos de amor lecciones.
Yo contemplando anhelante
De tu linda faz los soles,
Ni oiré el crujir de las velas
Ni las moribundas voces
De los que al ábrego fien
El logro de sus amores,
Trocando el suelo nativo
Por las estrañas rejiones.
Yo aquí contigo me quedo:
Que unos ojos españoles
Mas valen que cuantas joyas
La tierra inmensa atesore.
Cuando abiertos iluminan,
Y aunque dormidos reposen,
De los imperios del mundo
Sin pretenderlo disponen.

¿Y no ves cuán dulces trinan
Los pardillos ruiseñores
Sobre la erguida palmera,
Tinta de esmeralda y bronce,
Que ora sus ramas despliega
Coronando el tronco doble,
Y ora que el noto se amansa
Sus verdes palmas recoge?
¿No sientes, Clori, no sientes
Los bien concertados sones
De las flautas pastoriles
Y los moriscos albogues?
Pues mira: tantas delicias
Serán á entrambos mayores,
Si permites que en tus ojos
Muerto de placer me arrobe.
¡Cuánta dulzura derraman
Cuando entornados los pones,
Para no sufrir del cielo
Los abrasados ardores!
Hirviendo en locos deseos
El rico zagal del Tormes,
En los ojos negros cebe
Sus agradables errores:
Que yo adoro satisfecho
Tus ojos azules, donde
Brilla la flor de mi vida
Mas que la rosa en los montes:

Donde se ostenta la gracia
Con la alma bondad acorde,
Que del corazon sensible
Copia, al mostrarse, las dotes.
Y porque en ellos no falte
Beldad que los hombres loen,
Ni á sus llamas apacibles
Lóbregas nubes estorben,
Dióles por asiento Venus
En tus divinas facciones
Rosas frescas y jazmines
Que exalan dulces olores.
En ellos tienes, hermosa,
Los celestiales arpones,
Con que al orbe amante rige
La emperatriz de los dioses.
¿Quién es el que al oro rico
Prefiere el mezquino cobre?
¿Quién entre oscuro azabache
Las turquesillas no escoge?
Yo por lo azul me desvivo,
Muero por tus ojos, Clori;
Por que los ojos azules
No pueden serme traidores.
Yo te amaré, dulce mia,
Mientras los lirios coloren
La pura y fúlgida grana
Del sonrosado orizonte.

Sobre tu cándido pecho
Corpiñito azul abroches,
Y en el dorado cabello
Prendas azuladas flores.
Y de San Juan en las fiestas
Albo vestido coloques
Sobre un vivo azul celeste
Que anhelen ver los pastores.
Azul pabellon te encubra
Cuando en lecho blando poses,
Y con seda azul, bien mio,
Bordes mi cifra y mi mote,
Ora en las áureas sortijas,
Ora en albos cinturones,
Cuando importunos testigos
Ni te pregunten ni azoren.
Mas halagüeña aparece
La blanca nieve si absorbe
El grato azul que despiden
Los matutinos albores.
Ojos azules que tengo
En precio mayor que al orbe,
Yo adoro de vuestras niñas
Los celestes esplendores,
Y si la paz vive en ellos
Dejadme que en ellos tome
El ópio de amor que ansío
Para calmar mis dolores.

A Rosana.

Un lustro, Rosana hermosa,
Te he estado amando en secreto,
Desde que la suerte impía
Me echó de tu vista lejos.
Aquella ausencia obligada
Llenó de amargo tormento,
De congojas é inquietudes
Mi triste inocente pecho.
¡Cuánto, cuánto me afligia
Haber causado indiscreto
Tus primeros sinsabores
Y tus sollozos primeros!
¡Triste noche! cuando daban
Las horas al blando juego
Mil amadores felices,
Libres de ódio y recelos,
Me hiciste apurar la copa
Del mortífero veneno,
Lágrimas mil arrancando
De los ojos de mi dueño.
Si yo pudiera, Rosana,
Pintarte aquel desconsuelo
Que sentí, cuando escuchamos
El noble grito materno,

Perdonarias benigna,
Por mis cordiales afectos,
La pena larga y profunda
De que fue testigo el pueblo.
¡Ah! tú sabes que yo entonces
Fuí un inocente reo,
A quien solo condenaron
Sospechas vanas y miedo.
¿De aquel instante, Rosana,
Feliz y penoso á un tiempo,
No conservas en tu mente
Los poderosos recuerdos?
Sí: que mil veces yo mismo
Te los ví pintar diciendo
Que no merezco tu enojo
Ni tú indignacion por ellos.
Haz, hermosa de mi vida,
Que aquel amante destello
Sea el sol que me ilumine
De rayos de oro cubierto.
Ten compasion de tu Anfriso
Que en tantos años eternos,
Sin la lumbre de tus ojos
Vagó deslumbrado y ciego,
Como el habitante triste
De los oscuros desiertos
A quien niegue siempre airado
Sus puras luces el cielo.

No ha mucho ¡ó fortuna, ó gloria!
Que los pacíficos vientos
De la calma á tus hogares
Tierno amigo me volvieron.
Si la tempestad bravia
Quebró de mi barca el remo,
Vivo aún, y á tí mi playa
Con mi pobre barca llego.
Se tú mi sola esperanza:
Se tú mi tranquilo puerto,
Y no cruel me abandones
Al temporal que aborrezco.
Otra vez te ví, Rosana,
Despues de mi mal horrendo;
Mas de él, con mirarme, hiciste
Un dichoso sufrimiento.
Ya la ilusion me pintaba
De nuevas dichas el sueño,
Y hombre inmortal me fingia
El volador pensamiento.
La antigua pena trocando
Por este placer de vernos,
Ardia el alma invisible
Llena de amor y respeto.
Mas ¡cuán raudos se tornaron
Tantos placeres risueños,
En burladas esperanzas
Y en horroroso despecho!

No es dado esplicar al labio
El sombrío abatimiento
Que entorpeció mis sentidos
Despedazándome el pecho,
Cuando te ví desgraciada
En el poder de otro dueño,
A quien tus bellas miradas
Alma y vida y gloria dieron.—
Solo conmigo pensaba
En mi dolor, y en mis versos
Solo contaba mis males
Para sentirlos de nuevo.
Cuando en amables delicias
Nos cubria un mismo techo,
Para escuchar de tu Laura
Los seductores acentos,
Al quieto placer cedia
Su lugar el llanto acerbo,
Y la amistad consolaba
El miserable lamento.
Yo te nombré tierna amiga,
Me llamaste amigo tierno,
Y entonces ¡oh Dios! gozamos
Tranquilas horas serenos.
Servirte siempre, ensalzarte,
Dar á tu pasion consejos,
Regocijarme en tu dicha
Era mi constante anhelo.

Tu dabas vida á mi vida,
Tregua á mis penas sin cuento,
Y al corazon fatigado
Dignos y nobles deseos.
Ante tu madre benigna
Delante del pueblo entero
Yo te nombraba orgulloso
Mi mejor amiga al menos.
Mas tanta amistad, Rosana,
Era el amor encubierto
De la amistad acendrada
Con el trasparente velo:
Era un rayo despedido
Del inestinguible incendio
Que en mi corazon se esconde
Des que vi tus ojos bellos.
Si alguna vez meditaba
Dar alivio al triste peso,
Buscando en nuevos amores
Olvidar tu hermoso imperio;
Al levantar engañado
Con nobles ansias el vuelo,
Muertos y helados caian
Mis generosos esfuerzos.
Asi la piedra lanzada
Que hiende súbito el viento,
Perdido el ímpetu breve
Se precipita á su centro.

Plugo por fin á los hados
Que de Dalmiro indiscreto
Viese yo, Rosana hermosa,
Libre tu cándido seno.
Y entonces volví á buscarte
De mis esperanzas siervo,
Para repetirte ansioso
Mis antiguos juramentos.
No mas veloz por los montes
Se tiende el ciervo sediento,
Saltando los altos riscos
De mortal despeñadero.
No hace ocho soles de cuando
Al brillar el rojo Febo
Sobre tus campestres flores
Tras de los bosques opuestos,
Te declaré que aun te amaba
Con el entusiasmo inmenso
Del mismo amor que desoye
Todas las leyes del suelo.
Nunca mis tímidos labios
Tan elocuentes se abrieron
Para revelar del alma
Los encendidos secretos.—
Debí de cansarte, hermosa,
Tal vez con mi ardiente ruego:
Tal vez profané las aras
De los humanos respetos.

Si desventura tan triste
Es mi fatal privilegio,
Lloraré mi suerte amarga,
Mas no culpes el esceso.
Porque el amor fue mi guia
Y él mandó mi pensamiento
Y él animó mis palabras
Y él encendió mis deseos.
Mientras el arroyo cabe
Dentro de su cauce estrecho,
Ni pierde su dulce calma
Ni salva el puente soberbio.
Mas, convertido en torrente,
Brama espumoso y violento,
E inunda montes y llanos,
Y vuelca troncos y pueblos.
Asi fue mi amor, Rosana:
Cuando ignorado y primero
Solo el alma le sentia
Con envidiable sosiego.
Mas creció como las olas
Del bravo mar turbulento,
Y con mis hondas angustias
Hice resonar los vientos.
Si la celestial ternura
Goza un lugar en tu pecho,
Bendeciré con orgullo
Mi amoroso atrevimiento.

Un consejo.

No sé, descuidada Elisa,
Si tus suspiros apruebe,
Ni los favores que pides,
Ni las dichas que concedes.
No sé si de Fabio alcanzas
Los sacrificios que puedes,
Ni si en su seno alterado
Dormir sin recelo debes.
Ni yo repruebo que indócil
Le otorgues justas mercedes
Cuando tristemente calle
O cuando humilde te ruegue:
Que la amistad en tu pecho
Su templo escojido tiene,
Y es la virtud que las almas
Inmortaliza perenne.
Dulces serán sus caricias,
Sabrosas mas que las mieles
Que el rico fanal esconde
Entre los bosques de Ceres.
Mas tu libertad resguarda:
Que si él diestro la adormece
En un placer fujitivo
Labrará tu eterna muerte.

Si alguna vez te deslumbra
Y el falso reclamo atiendes,
Cobra tu razon, hollando
Con pie seguro las redes.
¡Ay! si la astucia maligna
Entre sus lazos te prende,
No sabrás romperlos nunca
Aunque mísera lo intentes.
Y las lágrimas que llores
No borrarán de tus sienes
Del único bien perdido
Las señales indelebles:
Que las lágrimas no mudan
El vendaval de la suerte,
Ni él repara los estragos
Cuando el silbido detiene.
El mismo céfiro dulce
Que las tiernas flores mece,
Inhumano las deshoja
Cuando en cierzo se convierte.
Y por el suelo marchitas
Lleva rosas y claveles
Que el bello pensil ornaban
Antes con pompa celeste.
Sepulta ahora tus ayes,
Guarda el decoro que pierdes,
Si como prenda de gloria
Ostentarle al mundo quieres.

El agua que entre esmeraldas
Trenza de cristal parece
En que se mira tranquila
La yerba del márgen verde,
Arrasará los sembrados
Salvando diques y puentes,
Si con abundante lluvia
Se trueca en bravo torrente.
El claro sol, cuando nace,
Tesoros de vida llueve;
Pero en las horas estivas
Tal vez abrasa las mieses.
Si al mayo adorna con galas,
Cubre de luto al noviembre,
Y en un mismo rayo, Elisa,
Delicias y males vierte.
Tal vez, benigna ó confusa,
Con luz de amor aparente
Pagas al error tributo
En cariños inocentes;
Y á Fabio que finje celos
Y una pasion que no siente,
Das el corazon en prenda
De las dichas que prometes.
Si el cercano precipicio,
Desvendado el rostro, vieres,
Y del honor acechado
El negro sepulcro temes,

Huye, Elisa, el asechanza
Que Fabio á tus años tiende,
Ora sonria á tu vista
O taciturno se muestre.
Si en ademan pensativo
El dogal áspero muerde
De un desprecio imajinado,
Elisa, no le consueles:
Porque el leon furibundo
Cuando en la apariencia duerme,
Viendo la presa cercana
Sobervio su sangre bebe.
No cariñosa le halagues
Si á desdeñarte se atreve:
Que son tambien seductores
En el amor los desdenes.
Y cuantos él imajina
Como rayos se convierten
Contra tu cándido seno,
Para tal borrasca débil.
Cuando de tus ojos puros
Sus torpes ojos divierte,
Si en el silencio se agrada,
Con el corazon te hiere.
Yo sé que publica ufano
Con lengua mordaz y aleve
Victorias en esperanza
Que le agravian y te ofenden.

Y pues llorando me pides
Que mi amistad te aconseje,
Con sábia prudencia elije
Entre olvidarle ó perderte.

El retrato de Rosana.

Si quieres saber, Dalmiro,
Qué me cautiva en Rosana,
Oye en mis débiles versos
Un bosquejo de sus gracias.
Es su semblante la rosa
Cuando al despuntar el alba
De los nuevos resplandores
Su nítido cáliz baña.
Gentil y breve su talle,
Y ella en el andar gallarda
Como la erguida azucena
Cuando la mecen las auras.
Su pura y tierna sonrisa
Es la mas bella mañana
Del abril, que el verde campo
De gayas flores esmalta.
Ni del orgullo sombrío
Respeta la sombra vana,
Ni de su sexo azaroso
Los tristes placeres ama.

De seductores peligros
Modesta y fuerte la guardan
Con la virtud adquirida
Las virtudes heredadas.
Miel es su sabroso acento
Si la amable voz exala,
Y aromas son sus suspiros
De los pensiles de Idalia.
En su donosa apostura
Y en sus sensibles miradas
Por la vez primera acaso
Decoro y amor se hermanan.
Vive en la viciosa corte
Como inocente aldeana
A quien jamás victorioso
Puso el crímen asechanzas.
Tiene en sí misma su gloria
Y en su candor su esperanza:
La fortaleza es su escudo,
Y la bondad es su gala.
Compasiva y jenerosa
La espina al dolor arranca,
Y son opio de las penas
Sus dulcísimas palabras.
Aquel agrado celeste
Con que el discurso acompaña
Trueca en delicia el tormento
Y al venturoso arrebata.

Cual agua limpia y serena
Riega en silencio las plantas,
Con su amistad los pesares
O los disipa ó los calma.
Si los demas son dichosos
Es feliz, aunque la amarga
Desventura la persiga
Para probar su constancia.
Y es en años juveniles
Para los consejos sábia,
De la licencia castigo,
Y del sacro honor muralla:
Modelo de las mugeres
Que el justo mérito ensalza;
Y sobre tantos trofeos
Española y castellana.
Ya sabes, Dalmiro ilustre,
De mis cuidados la causa.
¿No piensas tú como Anfriso,
Que es dulce y forzoso amarla?



El duelo.

Cuidé que ya no venias.—
Cuidaste mal, moro Tarfe;
De Abderramen las palabras
Sus leyes son: ya lo sabes.
¿Ni como faltar pudiera
Siendo tú quien me retaste,
Y si amor, brio y Celima
Me conducen al combate?
Tarfe, Tarfe atras te tira
Y saca ese corvo alfanje
Y acomete, pues ya el mio
Ansioso está de matarte.
Señalando está á tu rostro
Para en muy breve rajarle.
No temas moro: la muerte
La teme solo el cobarde.—
¿Cobarde yo? ¡Alá potente!!
Abderramen de mí alcance
El cielo va á ser testigo,
Tus heridas y tu sangre
Y tu muerte y el genil
Y los granadinos valles
Y mis ojos sobre todo,
Y sobre todo mi alfanje.

Dijeron, y silenciosos
Y enardecido el semblante,
Con la diestra los aceros
Cruzaron amenazantes.
El brazo siniestro arquean
Sobre las cabezas fácil,
El pie siniestro afirmando
Atrás, y el diestro adelante.
Casi de perfil el cuerpo;
Pero la frente arrogante
Da cada cual al contrario,
Y el pelo erizado al aire.
Comienzan ya la pelea,
Van y vienen los alfanjes,
Y hasta el recazo retumban
Con rumor fierro sonante.
Ya Abderramen se retira
Y sobre él se tiende Tarfe,
Atrás Tarfe se revuelve
Y Abderramen sobresale.
Ya se estiran, ya se embeben
Hurtando el pecho sagaces,
Ya se juntan, se separan
Y ya tornan á juntarse.
Ya vencedor ya vencido
Se ve cada cual á instantes,
Y en su veloz pensamiento
La atroz contienda acabarse.

Con mas enojo acometen
Y con brazo mas pujante,
Espumarajos vertiendo
Silenciosos y tenaces.
De sus órbitas los ojos
Arrojando fuego salen,
Y los movimientos siguen
De los aceros cortantes.
Lanzando sordos jemidos
Que comprime el alma grave,
Ya sin vigor se acometen
Aunque en el esfuerzo iguales.
Mira la muerte asombrada
El dudoso y crudo trance,
Y un solo brazo parece
Que agita el fiero combate.
Mas ya, cual última llama
De luz que espirando arde,
De su cansancio arrancaron
Nuevos brios, mas coraje.
De sus pechos dos arroyos
Brotaron de roja sangre,
Y fue comun la victoria
Sin haber vencido nadie.
Abderramen segundando
Desarmó seguro á Tarfe,
Quien entonces ruboroso
En voz esclamó espirante:

Tuya es, moro, esa hermosura
Por quien se empeñó este lance;
Mas pues quedo sin Celima,
Por Alá la muerte dame.—
Eso no, mi honor perdiera
Si tratara de matarte:
Bástame haberte vencido,
Porque.... debe de bastarme.
Jamás con moro he luchado
Mas brioso ni arrogante,
Desde que vengar á Argel
Me dió furibundo Marte.
Los mas forzudos cristianos
Los ví á mis plantas postrarse,
Con solo llevar los ojos
Adonde cuelgo el alfanje.
Pero tú, valiente moro,
Al verme á mí te esforzaste,
Y no mas que á la fortuna
Debo la vida esta tarde.
No receles que en la Alhambra
Mi inútil victoria cante,
Ni á las rejas de Celima
Tu nombre y valor ultraje.
Ven pues á mis dulces brazos,
Que en ellos quiero estrecharte,
Y de Abderramen te llama
El rival mas digno, Tarfe.—

La ausencia.

En vano, con tristes ayes,
Ausente bien de mi alma,
Tu dulce nombre invocando
Lleno importuno las auras.
Entre las hondas cavernas
De aquellas altas montañas
Mis tristísimos gemidos
Pierden su fuerza abrasada:
Y de alli pasar no pueden
A demostrarte mis ansias,
Y eco espirante y temblosa
Aqui me los vuelve ingrata.
Las ternuras que te envio
Con mis amantes palabras
En mis oidos resuenan
Apenas son pronunciadas.
Y de que atiendas mis males
Perdida ya la esperanza,
Discurro del fresco valle
A la frondosa enramada
Tan confuso y azaroso,
Que apenas veo si pasan
Los mayorales guiando
A su redil las manadas.

Ni oigo los dulces cantares
De las alegres zagalas
Como en dias mas felices
Junto á ti los escuchaba.
En mi pálido semblante,
En mis ansiosas miradas,
En mi inquietud tanto tiempo
Se ve durar la desgracia,
Que nadie ya me pregunta
De mis angustias la causa,
Y apenas me compadecen
Ni de mis tormentos hablan.
Ya llego al vergel florido
Y él me acuerda las guirnaldas
Que mis manos amorosas
Para tu frente enlazáran.
Y con memorias tan tristes
Como en otro tiempo caras,
Mirar las flores me enoja
Y el brillante sol me enfada.
De allí me voy á la fuente
Donde con mimos y gracias
Recíprocas nuestros pechos
De la suerte se burlaban.
Desconsolado me siento
En donde tu te sentabas,
Y prorrumpo al cielo dando
Esta sentida plegaría.

«Dulce bien del alma mia,
¡Cómo en perezosa calma
Te olvidarás de que Anfriso
Pena aqui por su adorada!
Aqui fue donde tus ojos
Con languidez me miraban:
Aqui donde entre las mias
Tus manos, Fili, estrechaba.
Esta la fuente de donde
Cogias, mi amor, el agua
Con que tantas florecillas
Regaste al salir del alba:
Y tambien en donde á veces
El nuevo cendal mojabas
Para ponerle en silencio
Sobre mi frente tostada:
Donde despues con mil risas
Que el corazon me arrebatan,
Celebrabas mis descuidos
Y tus glorias celebrabas.
Esta que miro en la arena
Será de tu pie la estampa
De cuando ocultos nos fuimos
A la vecina emboscada...
¡O placeres, ó venturas
Idas apenas gozadas!
¡Quién en aquellos transportes
Estos males aguardára!

¡Y quién volviera, amor mio,
Quién volviera á aquellas ansias,
A aquellos sencillos besos
Que con rubor me libabas!
¿Por qué no vienes? ¡Ay triste!
Tal vez por la corte vagas
Divertida en otras glorias,
De mis penas olvidada:
Y tal vez la imágen mia
Sea para ti ya nada,
Nada lo que fuera todo,
Tu bien, tu vida y tu alma.
¡Ay de mi vida! mis ojos
Hartos de llorar desmayan,
Y mi lengua se entorpece,
Y no me tienen las plantas.
Oidme, amigos: si alguno
Parte á la corte mañana,
Le ruego que busque á Filis
Y le cuente mis desgracias.



Amira á Dalmiro.

¿De qué te quejas Dalmiro?
¿Qué dudas tu pena escitan?
¿Por qué tanta incertidumbre
Tu loca pasion fascina?
Mas no, Dalmiro: el amante,
Querido ya, solo ansía
Pintar por verdades sueños
Con que á su bien martiriza.
¿Te quejas porque mil veces
No te ofrezco el alma mia?
Pues veces mil te la ofrezco,
Y mil y otras mil la vida.
¿Es tu deseo al quejarte
Qué renueve mis caricias?
No he menester de tu queja;
Que yo sabré repetirlas.
¿Qué reconvencion ¡ay triste!
Podras hacer á tu Amira
Que los delirios que siente
Al pueblo entero publica?
¿Que no los calla á su madre
Ni los calla á sus amigas,
Y el murmurar desatiende
De la maldad y la envidia?

¿No recuerdas que en las fiestas
En que cien jóvenes iban
Tras mí, tan solo los ojos
A tu dulce voz volvia?
¿Qué te buscaba entre todos
Mi tierna azarosa vista,
Olvidando que mi madre
Celosa mi brazo asía?
¿Cómo, mi bien, no recuerdas,
Cómo, ingrato amante, olvidas
Que cuando ayer tu pasabas
Mi calle al morir del dia,
Enamorando á Filena
Para mi afrenta y desdicha,
Aun escuchaste este acento,
«No te aborrece tu Amira?»
¡Ay! tu la paz inocente
Me robaste en las Delicias:
Por tí sin color me veo
Con la faz amortecida.
Por ti no duermo de noche,
Y lloro lágrimas vivas,
Y aumenta mi larga angustia
El viento horrible que silba.
Una vez el ruido atiendo
De la fuente cristalina,
Y otra el son de la campana
Cuando las horas indica:

Ora del can los ladridos,
Ora canciones festivas
De los que rondan alegres
A sus despiertas queridas.
Y si un instante entretengo
Los males que me atosigan,
Oigo luego el ronco acento
De una triste tortolilla
Que remedando en su ausencia
Y en su soledad la mia,
Si con su arrullo me agrada,
Me recuerda mis desdichas.
Vuélveme mi paz, ingrato,
Y mi juventud perdida:
Vuelve la flor, que agostaste,
A quién la llora marchita.
¡Qué injustos que son tus celos!
Con ellos solo conspiras
A que ofendida te deje,
O á que eternamente gima....
Pues bien: gemiré llorando
Y maldiciendo mis dias;
Mas sin odiarte: quien ama
Ama su propia desdicha.



Anfriso á Dalmiro.

No dejes, tierno Dalmiro,
Los amores de Rosana:
Mira que pierdes tus glorias,
Y tus placeres se acaban.
No abandones la hermosura
Que es tu querida esperanza,
La que te enseñó de Venus
A adorar la dulce llama:
La hermosura en que aprendiste
Del dios vendado las gracias,
Y á ser galan verdadero
En tus auroras tempranas.
No olvides aquellos ojos
Que primeros te inspiráran
Amorosos pensamientos
Y vivas sabrosas ansias.
Ella sabe que la adoras;
Tu sabes que te idolatra:
¿Quién os robará las dulces
Delicias que amor consagra?
Ella es hermosa, tú tierno,
Gentil tú, y ella galana.
¿Quién ostentar mas orgullo
Podrá en las fiestas de cañas?

Vendrán las fiestas, y en ellas
En tus brazos reposada,
Será imágen de la verde
Yedra que al olmo se abraza.
Y cual sus hojas descuellan
Que grato frescor derraman
Sobre las sombras que forma
El árbol que la engalana,
Asi á tu lado los ojos
Revivirán de Rosana,
Y ella en magestad la frente
Alzará hermosa y gallarda.
Asi á tu lado orgullosa
Mostrará la altiva gala
De sus mejillas de rosa
Con sencillez de aldeana.
En vano amantes osados,
De los noveles á usanza,
Irán á rendirle ansiosos
Los tributos que amor manda.
Los mirará con desprecio
Huyendo su dulce cara,
Y á tí volverá los ojos
Con dulces y tiernas ansias.
La que ahora es tu cuidado,
La que tus tormentos causa,
Es tu dicha y embeleso
Tu consuelo y tu esperanza.

A templar tus tristes penas
La hermosísima Rosana
Con solo blandos acentos
Y un mover los ojos basta.
Ella tan solo á tu pecho
Dará la plácida calma:
Tan solo á Rosana debes
Adoracion soberana.
No dejes, tierno Dalmiro,
Los amores de Rosana:
Mira que pierdes tus glorias,
Y tus placeres se acaban.
Si un instante solo incauto
Sus memorias olvidáras,
¡Ay que desdichas entonces
Tu vida triste aquejáran!
Tal vez entonces tu amante,
Tarde ya desengañada,
Juraria á tus amores
No volver, por Venus sacra.
Y en vano otra vez rendido
Con llanto de amor buscáras
Las delicias mal perdidas
Por tu condicion amarga.
¡Ay! tal momento no llegue:
Que, si se vé despreciada,
Te olvidará para siempre
Y no podrás recobrarla.

De Rosana aborrecido
En vano de otras zagalas
Irás á rondar de noche
Las entreabiertas ventanas.
Rápidos, breves instantes
Templarás la pena ingrata;
Mas luego al llanto volviendo
Será tu angustia mas larga.
Y si las otras penetran
Tu mal oculta inconstancia,
Serás la burla del pueblo
Y el desprecio en la comarca.
Solo vagarás, lloroso,
Sin compañero en tus ansias,
Mientras los otros pastores
Canten las dichas logradas.
Mira cuantos sinsabores,
Tierno Dalmiro, te aguardan,
Si por otra amante dejas
Los amores de Rosana.
No larga ausencia te entibie,
Ni que al postigo no salga
A las señas del silbido
Cuando por su calle pasas.
Bien sabes, aunque su madre
La vijila y la amenaza,
Que á pesar suyo te adora
Y que recibe tus cartas.

Hace sobrado en quererte,
Y haces tú poco en amarla,
Que ella con peligro quiere
Y tú sin peligro la amas.
Ay, Dalmiro de mi vida,
Noche y dia le consagra,
Ora hablando á tus amigas,
Ora llorando en tu casa.
Y cuando el cielo coronen
Las lumbreras soberanas,
Y la refulgente luna
Derrame su luz templada,
Al campo sal, y amoroso
Al cielo cuenta tu llama,
Y allí las glorias del dia
En tu memoria repasa.
En tanto tambien «Dalmiro»
Repitiendo tu adorada,
Romperá el grato silencio
De su triste oscura estancia.
Los ojos alzando al cielo,
La cabellera á la espalda,
Y sus manos oprimiendo
Sus desnudas pomas blancas,
Con mil jemidos dolientes,
Con penetrantes miradas,
Por su honor y por el tuyo
Jurará entregarte el alma.

No dejes por otra, amigo,
Los amores de Rosana:
Mira que lo pierdes todo
Y solo la muerte ganas.

Al cumpleaños de la señorita Doña María de los Dolores Armijo de Cambronero, mi amiga.

Yo no sé, celeste Amira,
Si podrá decirte el labio
La gloria que el alma siente
Viendo florecer tus años,
Hoy que con vírjenes luces
De tu dulce vida al árbol
Añade una rosa nueva
El monarca de los astros.
Que algun fúnebre recuerdo
Y algun punzante cuidado
Mi férvido pecho asedian
Para menguar sus encantos.
Y á no templar tu sonrisa
El grave dolor amargo,
Fuera mi tímido acento
Ronco son desconcertado.
Perdona, imágen del cielo,
Si no alcanza el plectro á tanto

Que las cuerdas de mi lira
Haga sonar con aplauso.
Hoy Venus en el olimpo
Celebre su nombre claro:
Que yo el tuyo venturoso
Humilde cantor ensalzo.
No de la torpe lisonja
En el vil altar consagro
Impura ofrenda: que el mio
Son de la amistad los lauros.
Las odoríferas flores
Que yo te presente ufano
Brillarán inmarcesibles
Hasta en el sepulcro avaro.
Ante mis ojos atentos
Pareces clavel lozano
Que del sañoso diciembre
Sobrevive á los estragos:
Vernal hermosa azucena
Que, en el pensil descollando
De la beldad, con su aroma
Trasciende al valle cercano:
De grato amor y ternura
Brillante sol, un milagro
De bondad, de claro injenio
Feliz y nítido rayo.
Como *á Rosana en los fuegos*»
Cantó Melendez ufano

Al son de cítara tierna
Con indecible entusiasmo,
Yo, si á sus manes divinos
Robase el numen sagrado,
Cantára á *Amira triunfante*
«En la ciudad y en el campo:»
¿Gimes? ¿De modesto lirio
Se cubre tu rostro? ¿El llanto
Baña tu pura mejilla?
¿Tiembla tu seno ajitado?—
Deja al corazon que vuele
Por el halagüeño espacio
De sus ideas, al gozo
Templo y víctimas buscando.
Vive y triunfa, que la aurora
Brilla sin fieros nublados:
Pura es su luz y te anuncia
Siglos de sublime halago.
Ni las rencillas te aflijen,
Ni te apenan los cuidados,
Ni de la vejez caduca
Te yela el frio desmayo.
Y tú el secreto conoces
De ser feliz: que en el vaso
De Minerva y de las musas
Beben su licor tus labios.
De Anacreonte y Villegas
Osaste emprender los pasos,

Y modelos de buen gusto
Son tus primeros ensayos.
En vano callas: tu aliento,
Por la ternura inflamado,
Te hace traicion y revela
Que eres un mimo de Erato.
Vulgares almas no saben
Que en el delicioso engaño
De la ilusion se atesoran
Del existir los encantos.
La ilusion manda la gloria
De los héroes: mas, brillando
Sin su amable velo, al mundo
Escombros son los palacios.
Alza, pues, la hermosa frente,
Sacude el muelle letargo,
Y vuele tu voz canora
Por el confin mantuano.
Lleva tus dones al templo
Donde los bates hispanos
Se postran: allí suspira
Placer el aura, volando.
Si te rodea el contento
Con su esplendoroso manto,
¿Qué te importan de la tierra
Los fatídicos amagos?
Allegando á la hermosura
De las letras el ornato,

Serás de Palas escudo,
O insigne alumna de Pafos.
Y cuando una sombra anuble
De tu juventud los años,
Aun te quedarán laureles
Que oponer al orbe vano.

El pastor triste.

Todo es contento en el monte,
Todo envidiable algazara:
Yo solo triste lamento
A su vista mis desgracias.
Cantad, cantad, jilguerillos,
Dulces cantad la alborada
Para envidia de los dioses
Y sus celestes moradas:
Para alivio de mis males,
Para consuelo de un alma,
Hoy en la afrenta sumida,
Feliz ayer y envidiada.
Cantad, y vuestros gorjeos
En las portuguesas playas
Tan deliciosos resuenen
Como en estas verdes ramas;

Y del portugués altivo,
Que orillas del Miño vaga,
Templad tambien, si suspira,
Las duras queridas ansias.
Trinad en tanto que Anfriso
Lejos de su prenda cara,
Al cielo alzando los ojos
Amargos jemidos lanza:
En tanto que vuestras glorias
Con sus desdichas compara,
Vuestra libertad hermosa
Con su esclavitud amarga.
Cuando iluso en mil venturas
Eternizarme esperaba,
Entre los brazos durmiendo
De mi inocente zagala,
Sus dolosos consejeros
En medio de ambos levantan
Un muro que nos divide
Mas alto que estas montañas.
En triste mansion oscura
Yaces: mi bien, encerrada,
¿Por qué á romper tus prisiones
Mi débil poder no basta?
¡Que horroroso es el tormento
Que á un pecho sensible abrasa,
Si en el instante le sufre
En que el placer aguardaba!

A vuestros dulces amores,
Jilguerillos, no es ingrata
La que adorais: con usuras
Vuestros cariñitos paga.
Mas ¡ay! en la triste tierra
Del fiero dolor esclava,
Se retribuyen con males
Las virtudes desgraciadas.
Vive el amor oprimido
Con las mas injustas trabas,
Y hasta el pensar en sus glorias
Arrastra el nombre de infamia.
Quien ama mas tiernamente,
Con mas fé, con mas constancia,
O es pagado con desprecios
O sufre penas amargas.
En el seno de las dichas
De la dolosa esperanza
Se alberga el crudo veneno
Que silencioso nos mata.
O tú, mansion reducida,
Y vosotras fuentes claras,
Verde alfombra que pisaron
Ayer de mi amor las plantas,
Decidme si ayer sensibles
No escuchasteis de Rosana
Mil cordiales juramentos
De volver hoy á pisarlas.

Decidme si ayer jimiendo
Mi labio fiel no esclamaba:
«Esta divina ventura
Volveré á gozar mañana:
De este albergue silencioso
Entre las espesas hayas
Beberé el aliento puro
Que mi dulce prenda exala.»
Pues hoy en el mismo albergue
Todos los bienes me faltan,
Y do ayer gocé mil glorias
Hoy la desdicha me acaba.
Envidias, murmuraciones,
Calumnias, odio, amenazas,
Todo sobre mí lo agolpa
La mano del cielo airada.
Los amados deudos mios,
Los pastores de la Guarda
En los rediles me injurian
Y en las aldeas me infaman.
Esos que en el frio invierno
Junto á mí se calentaban
A mi hoguera, me maldicen
E indigno pastor me llaman;
Y por ellos en la choza
De mi dulce prenda amada,
Para mal suyo y mi muerte,
No puedo entrar como entraba.

Y estas horas que solia
En honra suya ocuparlas,
Con ella al monte guiando
Sus ricas corderas mansas,
Diciéndole mis amores
Al grato son de mi flauta,
Mientras ella con descuido
Los blondos copos hilaba,
Desolado aquí me veo
Ya reducido á llorarlas,
A par que ingratos pastores
En verme morir se agradan.
Cantadores pajarillos
Que con deliciosas gracias
Quisisteis templar los males
Que venenosos me inflaman,
A Dios ¡ay! ¡á Dios! mis ojos
El sentimiento os declaran
Con que abandono violento
Vuestra mansion retirada.
A Dios, soledad hermosa,
Consuelo de mi desgracia:
A llorar sobre estas peñas
Aquí volveré mañana.



El amor respetuoso.

Amor te pido, Rosana,
¿Y solo amistad me brindas?
¡Y amistad no mas!— Decretas
Mi terrible despedida.
¡Ay! las penas que se agolpan
De tropel sobre la indigna
Existencia despreciable
Que arrastro en míseros dias,
No es bastante á numerarlas
La anudada lengua mia,
Y á mi despecho entregado
Sé solamente sentirlas.
Ellas son mi amarga muerte:
Mas ¿qué hacer? En vano ansía
Desechar el alma triste
Las que al corazon cautivan.
Porque el mortal infelice,
Esclavo de sus desdichas,
Hace menor su quebranto
Con el dolor que respira.
¡Cuánto para mi funesta
Fue tu amistad! ¡Cuán impía!
Si una flor cogí, con ella
Tomé punzantes espinas.

En las hojas de la rosa
Las puas envueltas iban
Que ora me clavan el pecho
Cuando la rosa es marchita.
¡Triste de mi que no puedo
Ni aun aspirar á la dicha
De gozar sereno y dulce
La hermosa amistad tranquila!
Mas no te culpo, Rosana,
No á tí te culpo querida
De la afliccion que padezco,
Y en el sepulcro me abisma.
De tu voz los dulces ecos
Y tus palabras benignas
Y tu virtud me robaron
El alma ¡oh Dios! que tu esquivas
Hasta tu desden respeto
Y amo la pena maligna,
Que si agosta mis placeres
Por tí la sufro, mi vida.
De tí recibo la muerte
Con gloria, si me la envias,
Que aunque triste don, es tuyo
Y no se evitar tus iras.
Pero temer de Rosana,
Que es la gloria de la villa
Y el honor de la hermosura,
La mas ligera perfidia,

Es ofender el modelo
De las virtudes sencillas,
Es querer manchar el oro
Con vanas sombras perdidas:
Es un ultrage á los dioses
Que el decoro en ella fian,
Es no amarla... y yo la adoro
Aunque me aborrezca altiva...
¿Altiva tú? No bien mio,
Nunca la altivez habita
En los generosos pechos
Con la modestia sumisa.
Nunca el ave carnicera
Con la paloma se anida,
Ni con la tórtola dulce
La sierpe que horrenda silba.
En vez de orgullo insensato
Mansedumbre santa brilla
En tu bondoso semblante,
Fuente de inmensas delicias.
Reina la paz en tus ojos,
Vive en ellos la alegría,
Y tú la virtud me enseñas,
Si candorosa me miras.
Junto á las purpúreas rosas
De tus celestes mejillas
Del terso jazmin blanquean
Las tiernas ojas tendidas.

Y del coral de tus labios,
Do luce pura sonrisa,
Brota el fecundo venero
De tus dotes peregrinas.
En tus acentos suaves
Abundante miel destilas
Que los amargos dolores
Del corazon dulcifica.
De tu ademan y tus pasos
Con la magestad festiva
El honor y el alto precio
De un alma sublime indicas.
¡Ay! yo la adoro postrado
Llorando lágrimas vivas,
De dulcísima ternura
Inagotables primicias.
Si mi pasion no alcanzase
La verde palma á que aspira,
Será, por humana y pobre,
De tu escelso amor indigna.
Tal vez no debes de amarme,
Bella Rosana querida,
Aunque mi amor inefable
Pagar con el tuyo ansías,
Porque conservas incauta
Calorosas las cenizas
De tu crudo ardor primero
Que aun perdido te esclaviza.

Mas por tu bien y tu calma,
Si á tí, Rosana, te estimas,
Ya que no por mis amores,
Tales recuerdos olvida.
De la alma paz en el seno
Goza el sosiego tranquila,
Ya que no atiendas mis males
Ni á mis súplicas te rindas.
Sepa que en tu dulce acento
Gozo y contento respiras,
Y será mi angustia acerba
Menos pesada y maligna.
Si mis palabras te ofenden
Porque al amor se encaminan,
Entre las llamas del pecho
Las guardaré porque vivas.
Aunque el corazon me abrase
Cuando el incendio comprima,
Sellaré mi ardiente labio
Que temeroso palpita.
Mas si, en tanto que procura
Sofocar la hoguera activa,
Vence su lumbre y brotase
Por los ojos encendida,
Jamás me culpes, ¡Rosana!
Que el fino amor que tu inspiras
Es el imán, es la magia
Que el fuego invisible atiza.

Si largas fuentes de llanto
Brotar por mis ojos miras,
Déjalas correr, que sobran
Del mar que dentro se agita.
Con el dolor de no hablarte
De mi eterno amor, delira
Y se amedrenta confusa
La asombrada fantasia.
Si la engañada esperanza
Sus nobles pasos retira,
El corazon anhelante
A mas amarte camina:
Que es, adorada Rosana,
De tristes almas mezquinas
No adorar, cuando no esperan
Premio á la amante fatiga.
¿A tu inspiracion sublime
Do está el mortal que resista?
¿Dónde el mortal que tus pasos,
Oyéndote hablar, no siga?
Mas ¿por qué el alma afanosa
Tambien placeres medita,
Cuando solo al llanto triste
Mis tristes ojos se inclinan?
¿Cuándo solo en la amargura
Del desamor precipita
Mi existencia abominable
La que á morir me destina?

Ya que, Rosana, no adoras
A quien por ti sacrifica
Su bien, su gloria y su todo
Con indecible porfia,
Cuando exánime le veas
Llora al menos compasiva,
Y que Anfriso te adoraba
Al mundo entero publica.

A Elisa.

Si algun pesar, bella Elisa,
Puede afligir nuestros pechos,
Cuando traspongo los muros
De la soberbia Toledo,
Será que tú permanezcas
En ese lóbrego encierro,
Donde á penetrar no alcanza
Con sus dulces rayos Febo:
En esa mansion oscura
Do vive eterno el silencio
Del terror, y esclavizados
Gimen los nobles deseos;
Donde entre cadenas gime
Tan cautivo el pensamiento
Que teme la aleve plaga,
Aun encerrado en el seno.

¿Qué te enamora en el campo
Mustio, callado y desierto
Donde las aves no cantan
Sino con roncos gorgeos?
¿Tiénete á su orilla el Tajo
Do solo suenan los ecos
De la mísera Florinda
Que fabricó nuestros hierros?
Te sustentan del romano
Los poderosos recuerdos?
¿Del alarbe las conquistas?
¿O las memorias del Peno?
Simple de ti: do se alzaba
El doblado alcázar regio
Que felices habitaron
Tantos señores escelsos,
Solo, con funesto asombro,
Se ven derribados techos,
Columnas rotas, ceniza,
El polvo de lo que fueron.
Do tachonadas alfombras
Envidia daban al cielo,
Crecen venenosas yerbas
Sobre mortífero cieno.
Do sonaba la armonia
De los mágicos acentos,
Hiere el alma lastimada
La voz del amargo duelo.

Julio murió: ni esculpidos
Viven en mármol sus hechos:
Que todo cede la vida
A la segur de los tiempos.
Las inscripciones borradas,
Deshechos los pavimentos,
Y las glorias de Castilla
Heredadas por el miedo.
El circo máximo, donde
Nacia el valor guerrero,
Al rumor de las cuadrigas
En belicosos torneos,
Se hundió para siempre: quedan
De él tan solo humildes restos,
Do se detienen llorando
Los sublimes pasajeros.
En el abismo profundo
Las altas metas se hundieron,
Y solo duran las gradas
De los públicos festejos.
Allí las damas hermosas,
En el amor compitiendo,
A los vencedores daban
De las carreras el premio.
Allí brillaban un dia
Los plumajes y el acero,
Las mallas y los brocados
Y el oro fúljido y terso.

Allí el amor jeneroso
Brotaba pensiles nuevos,
Y embalsamaban las auras
Olorosos pebeteros.
Ostentaba la hermosura
Todo el honor de su imperio,
Y acicaladas sus armas
Los ilustres caballeros.
¿Y qué es ahora ese campo?
Cenagal húmedo y feo,
Teatro de la calumnia,
Mansion de viles insectos.
¡Ay! La agorera corneja
Domina ya los dos templos
Donde Marte la victoria
Mandaba y las paces Venus.
Los artesones divinos,
Que gloria del orbe fueron,
Son ya del pueblo cristiano
Miserables monumentos,
Donde con escarnio inmundo
Y con fatal vilipendio
Reina del amor profano
El vergonzoso cortejo.
Tres mil lanzas guarnecian
El cuerpo de Cristo yerto,
En tres mil brazos robustos
De hombres ricos de Toledo;

Y hoy treinta solas le cercan
Con treinta quebrados petos
Que trabajosos arrastran
Treinta infelices plebeyos.
¿Qué las ínclitas hazañas
De los Alfonsos valieron,
Rompiendo moros turbantes
Con los católicos cetros,
Si los hispanos trocaron
En los siglos postrimeros
La gloria de los combates
Por el deshonor de siervos?
¿Si á las corvas cimitarras
Los puñales sucedieron,
Y á la tolerancia augusta
Devoradores incendios:
Esas llamas infernales
En que los verdugos fieros
A nombre del cielo hundian
La hermosura y el injenio?
Todo es miseria y ruina:
Todo te demanda acerbo
Dolor y lágrimas tristes,
Aunque son estéril feudo.
Hondos jemidos te piden
Los desolados lamentos
De la ancianidad caduca
Que mira el sepulcro abierto.

Llanto la noble manceba
Que en ilustre cautiverio
Del casto pudor las rosas
Perdidas llora en secreto.
Tributo de eterno llanto
El rio y el monte enhiesto
Y el ancho valle que ocultan
Cien malogrados trofeos:
Gritos de horror y de enojo
Los quemados mausoleos
Y el campo abrasado en donde
Tantas víctimas murieron.
De llanto y sangre arrasados,
Elisa, mis ojos siento:
Lágrimas ¡ay! verdaderas
Que no previno el deseo.
Un cerco de negras nubes
Jira, Elisa, en torno de ellos:
Verde es la rosa á mi vista,
Y verde el azul del cielo.
El corazon se me parte:
Despedazan mil tormentos
El alma del pobre Anfriso,
A tales angustias muerto.
¡Ay! Torna á la corte, Elisa,
Torna al amor de tus deudos;
Vuelve á ser de su esperanza
Un refuljente lucero

Que de las ínclitas prendas
Que en tí admiran los iberos,
No es, Elisa de mis ojos,
Merecedora Toledo.

La primera entrevista.

Como la cándida rosa,
La humilde frente inclinada,
Recibe al sol que en oriente
Con magestad se levanta:
Y como las frescas hojas
Del rocio salpicadas
Va gozosa sacudiendo
Al dulce amor de su llama;
Y poco á poco en silencio
El purpúreo caliz alza
Hasta ver con ufanía
Del mundo al bello monarca;
Y cual los puros olores
Esponjándose derrama,
Mientras los rayos febeos
La tiñen de viva grana:
Asi la vista primera
Fue de Anfriso y de Rosana,
Pastores que allá en el Tecla
Apacientan sus manadas.

Recibió cortés á Anfriso
La dulcísima zagala,
Fijos los ojos en tierra
Y entrambas manos cruzadas.
Los finos cabellos de oro
Leves sobre el pecho vagan,
Y Cefirillo amoroso
Los mece blando y halaga.
En su cintura donosa
Prende una azucena blanca,
Mas blanca que nieve pura,
Mas fina que el fino nácar.
Liso cayado de fresno
Dibujado con mil rayas,
Es su sosten y su apoyo
Mientras Anfriso la encanta.
Entre suspiros ardientes
Revela el pastor sus ansias
Que infunden nuevo contento
Al corazon de Rosana.
Y hace tales juramentos
Con tan ardientes palabras,
Que ella levantando el rostro
Se deja ver sobrehumana.
No mas fulgente aparece
El sol benigno, si rasga
Las nubes del marzo triste
Y de gloria se engalana.

Y la rápida ventura
Que al tierno Anfriso arrebata,
Al ver en ella las flores
De la risueña esperanza,
La del marinero escede
Mirando la nave osada
Que viene á prestarle auxilio
Donde mísero naufraga.
En aquellas dulces horas
Felices momentos pasan,
Y estrecha la simpatía
Los sentimientos del alma.—
Por mil gratas ilusiones
Su pensamiento vagaba,
Y sin saber qué era amor
En su fuego se abrasaban:
Que no hay placer que se iguale
Al de un pecho que idolatra,
La primera vez que siente
Del amor la flecha blanda.
Otra sangre parecia
Que en sus venas circulaba,
Y en sus rostros encendidos
Otros colores brillaban.
Sus ojos son mas que soles;
Y en el cielo de su cara
Vertian fuego amoroso,
Ardiendo con luz mas grata.

Las avecillas parleras,
Cantando en las verdes ramas,
De aquellos finos amores
Por bello instinto gozaban.
El jilguerillo envidioso
Batia sus cortas alas,
Y dulcemente trinando
Tras de su amante volaba.
El orgulloso palomo
Riza la hinchada garganta,
Y, erguido el cuello, en mil ruedas
El beso de amor prepara.
Los dormidos cefirillos
Dejan sutiles su cama,
Y volando por los valles
Remueven las frescas auras.—
Ya Febo magestuoso
El alto asiento dejaba,
Y pardo manto cubria
Las bóvedas nacaradas.
Hácia su redil volvia
El mayoral de Rosana,
Y el de Anfriso sus ovejas
Tranquilamente apiñaba;
Cuando los dos pastorcillos,
Sin cuidar de sus manadas,
Se decian mil ternezas
Con mil amorosas ansias.

Mas viendo á sus mayorales
Se humillan, y en voces vagas
Y trémulas se despiden
Porque hablan solo sus almas.
Asi la rosa en la tarde,
Sus hojas de viva grana
Recogiendo, se despide
Del sol que al ocaso baja.
Su caliz al suelo dobla
Cuando Febo el mar traspasa,
Y á levantarle no vuelve
Hasta la risa del alba.
Nuevas perlas el rocio
Sobre sus hojas derrama,
En tanto que Anfriso llora
Ausente de su zagala.
Llora tambien sin consuelo
La hermosísima Rosana,
Y las lágrimas ardientes
Sus lindas mejillas bañan.
Mas al brillar nuevo dia
Que el mustio prado engalana,
Los pastores anhelantes
Vuelven al valle y se abrazan.
Cuentan su pena, suspiran,
Y el llanto de amor se acaba,
Mientras que el sol de las flores
Quita la frágil escarcha.

Quejas de un moro anciano á una Señora á quien educó.

No agora conmigo, ó Zaida,
Tan necio orgullo mostreis:
Que soy moro bien nacido,
Si no desciendo de un Rey.
¿Y quién sabe si la mia
Es regia sangre tambien,
Aunque toscas vestiduras
Encubran mi desnudez?
¿Quién sabe si vuestros hijos,
Hoy verdugos de Ismael,
Comerán el pan del pobre
Entre la plebe soez?
Que la segur de los siglos
Rayo de los cielos es,
Y lo que labra primero
Suele derribar despues.
No tanto orgullo, señora,
En recompensa me deis
De los favores que os hice,
Siendo niña y yo doncel.
Si no me debeis el oro
Que engrie vuestra altivez,
Deudora me sois, ó Zaida,
De todo cuanto valeis.

Yo soy de vuestros blasones
El mas seguro sosten,
Aunque desvalido gimo
En la caduca vejez.
Quizá, disculpad mi fuero,
No alcanzárais tanto bien,
De no haber sido este moro
La luz de vuestra niñez.
Yo el amor á la justicia
Con peligro os enseñé
Por los senderos ocultos
Del perseguido saber.
Yo la saludable fuente
De la piedad os mostré
Y arranqué de vuestro pecho
Del odio ciego la hiel.
Tratadme como merece
Un vasallo noble y fiel,
Que ni en la paz ni en la guerra
Ha desmentido su fé.
Si vos nobleza heredada
Solo por azar teneis,
Yo tengo la que en las armas
La que en las letras gané.
Vuestras empresas y timbres
Junto á los mios poned
En la balanza severa
De la opinion y la ley:

Y con estrañeza al punto,
Por daño vuestro sabreis
Si pesa mas el ingenio
Que las joyas y el poder.
¿Qué sois vos cuando en el lecho
De la enfermedad cruel
Os aquejan los dolores
Y os falta el supremo bien?
¿Qué sois vos cuando afligida
Amargo llanto verteis?
¿Qué es una vida, señora,
En el humano vaiven?
De Ofir el oro preciado
Y el diamantino dosel
¿El torrente de los siglos
Podrán jamas detener?
De vanidades mundanas
Desceñid la regia sien,
E igual á vuestros vasallos
Vos misma os contemplareis.
Si en las losas de las tumbas
Amontonadas se ven
Lisonjeras inscripciones
Al poderoso que fue,
En el túmulo tendidos
Todos los monarcas leen:
«*Cual la ceniza del pobre*
Es la ceniza del Rey.»

De todos vuestros mayores
Que fenecieron, sabed
Si en el sepulcro los pueblos
Les pertenecen tambien.
Borrad, señora, la injuria
Que en mi vos misma os haceis,
Y del cielo y mis suspiros
A ser humana aprended.
Tratadme como merece
Un vasallo noble y fiel:
Ni yo soy menos que un hombre,
Ni vos mas que una muger.

La fiesta de Adelinda.

Cantad, cantad, avecillas,
Volando de rama en rama,
Mientras por el rubio oriente
Naciendo va la mañana.
Hoy resplandece sin nubes
Todo el cielo de mi patria,
Porque la bella Adelinda
Con un cristiano se enlaza:
Y hay regocijos y fiestas,
Bailes, tambores y zambras,
Y romería y banquetes
En los bosques de la Guarda.

Ya por la cresta del Tecla
Doblan mil rayos de grana
Que entre la niebla descubren
El castillo y las cabañas.
Y allá á lo lejos se mueven
Con los céfiros del alba
De los altísimos pinos
Las pirámides ufanas.
Sobre el pardo risco erguido
Que á la alta torre se iguala,
A la luz del nuevo dia
Ya se deshace la escarcha.
Relincha el potro y sacude
Las largas crines, y salta,
Y en cien carreras que emprende
Deja el viento atras y para.
Y fatigado jadea
Al pie de las hondas zanjas,
Mientras del cuerpo humeante
Vapor ceniciento lanza.
En el vigoroso aliento
Imita el son de las aguas
Que se derrumban hirviendo
De las vecinas cascadas.
Y alegre al soto desciende,
Al ver la yerba lozana
Que crece á la fresca sombra
De las opuestas montañas.

De cuando en cuando contento
Los lucientes ojos alza,
Y el rico pasto del monte
Registra en plácida calma.
Si en torno viciosas yeguas
Tambien á los sotos bajan,
Encelado las persigue
Y arroyos y lindes salva.
Cerca, el pescador desnudo
Tiende las redes y canta,
Y voga en el mar sereno
Que lame la adusta playa.
Su consorte en ella atenta
La sabrosa pesca aguarda,
De pequeños pescadores,
Frutos de su amor, cercada.
El leñador sobre el tronco
Descarga gimiendo el hacha,
Para encender en el bosque
Numerosas luminarias:
Y el cazador vigilante
Cruza las selvas calladas,
Y al javalí peligroso
El cuchillo agudo clava.
Mas ¡ay! que el sol refulgente
Dora las cumbres mas altas,
Y de sus rubios cabellos
Muestra las hebras doradas.

Ya por allí se divisan
Mil pastores y zagalas,
Con sencillas cantinelas
Entreteniendo sus ansias.
Suena en el valle profundo
A par del son de las flautas
Y las panderas el rio
Que flores y mieses baña.
Retumba el eco en el monte,
Se agita el viento en las palmas,
Y sobre el claro torrente
Brilla la espuma de plata.
No hay yerba mustia en el soto,
Ni flor en el huerto ajada,
Ni choza triste que anuncie
Su pobreza ó sus desgracias.
El mas infeliz del pueblo
Cuelga vistosas guirnaldas
De mil rosas y claveles
En sus puertas y ventanas.
Todo respira placeres,
Todo las delicias manda,
Las flores con sus aromas,
Las mugeres con sus gracias.
Los mancebos de la aldea
Y las vecinas comarcas
Juntos cantando se olvidan
De las rencillas pasadas.

Celebra el amable anciano
Desde un balcon de su casa
La universal alegría
Batiendo loco las palmas.
Y la candorosa vírgen
Bajo de un dosel descansa
Que en la almena del castillo
Le prepararon sus damas.
Y el bello Enrique, su esposo,
Que rendido la idolatra,
Por visitar á los suyos
En un gran potro cabalga.
Y como todas las fiestas
Con manos abiertas paga,
Oye por do quiera el grito
En que patrono le aclaman.

El columpio.

Ya en el columpio nos miras,
Bravo mozo; empuja presto:
Oyeme Pilar, ¿no admiras
Como de un lado al opuesto
Con vuelo rápido giras?
Coge el vestido Pilar:
Guarte, que el viento le mueve,
Y, si le llegare á alzar,
Mostrára tal vez en breve

Quien á su pastora brinda
Del moscatel de la Guarda,
Y quien á la musa esquiva
Con rústico acento ablanda.
Lleno de vida está el mundo
De esta mansion retirada,
Do la sierpe de la envidia
Con sus silbidos no alcanza.
Ostenta el jóven su brio,
Y la hermosura sus galas:
Todos los bienes del orbe
Goza en la paz que le halaga.
Delicia, gloria y contento
Respiran todas las almas:
Hoy para el pueblo dichoso
No hay placer en esperanza.
Que hoy la gentil Adelinda
Con un cristiano se casa,
Tan cortés con las hermosas
Como bravo en la batalla.
Hija de un anciano rico,
Venerable por sus canas
Y sus virtudes, ignora
Las glorias del mundo falsas.
Pero amable y venturosa
Y en hacer felices sabia,
A la llorosa indigencia
La espina del mal arranca.

Celebra el amable anciano
Desde un balcon de su casa
La universal alegría
Batiendo loco las palmas.
Y la candorosa vírgen
Bajo de un dosel descansa
Que en la almena del castillo
Le prepararon sus damas.
Y el bello Enrique, su esposo,
Que rendido la idolatra,
Por visitar á los suyos
En un gran potro cabalga.
Y como todas las fiestas
Con manos abiertas paga,
Oye por do quiera el grito
En que patrono le aclaman.

El columpio.

Ya en el columpio nos miras,
Bravo mozo; empuja presto:
Oyeme Pilar, ¿no admiras
Como de un lado al opuesto
Con vuelo rápido giras?
Coge el vestido Pilar:
Guarte, que el viento le mueve,
Y, si le llegare á alzar,
Mostrára tal vez en breve

Cuanto es decoro ocultar.
Y yo en mis ojos no mando,
Que ellos miran lo que pueden;
Mas si en el mirar se esceden,
Estos vaivenes durando,
Por esclavos tuyos queden.
Cuando vienes me retiro,
Y huyes tú cuando yo voy;
Pero tu dulce suspiro
Y el suspiro que te doy
Mezclarse en el viento miro.
Bajas, y el áura ligera
Tus rizos de oro levanta,
Y alzas los ojos artera
Y en tu nevada garganta
Dudosa luz reverbera.
¡Qué oscuridad tan hermosa!
Negra noche, te bendigo:
Enmedio á la selva umbrosa,
Mientras mi pena te digo,
Nadie por detras me acosa.
El sereno vientecillo ....
Que este columpio menea
¡Cuán dulce es en él sentillo!
Muy mas al alma recrea
Que el puro olor del tomillo.
No importa que el sol no alumbre:
Luce la modesta luna,

Que allá desde la alta cumbre,
Envidiando mi fortuna,
Recoge mustia su lumbre.
    Si las estrellas se apagan,
Son tus ojos dos estrellas
Que en el silencio me halagan:
Yo me estoy mirando en ellas,
Y ellas con mirarme pagan.
    Basta, mozo; el vuelo ten,
Que ya Pilar se marea
Con tan revuelto vaiven.
¿Quién llama?— Pronto se apea,
Compon tus rizos y ven.
    ¿Es tu madre quien llamó?—
Dile, Pilar, si se enfada,
Que el compañero era yo.
Mas ¡ay! no le digas nada
Si no te pregunta, no.

La vida feliz.

    Salgamos, bella Jacinta,
A ver tu hermoso jardin
Y el robledal de la quinta,
Pues ya canta el colorin,
Y el sol tus rosales pinta.

Ya del pórtico á la espalda
Brilla el dorado limon
Entre bullente esmeralda,
Y el circular torreon
Del rivacillo en la falda.
Lástima fuera y dolor
Perder la dulce alborada
Que el pardillo ruiseñor
Junto á la estrecha cascada
Dice al bosque encantador.
Despues de haber visto el mar
Con admiracion y espanto,
Quieren mis ojos mirar
El enrizado amaranto
Y el fresco y cándido azahar.
Si alli voga el marinero
Sobre la espuma de plata,
Aqui el feliz jornalero
Penetra en la tierra ingrata
Con el azadon de acero.
¿Por dónde Jacinta iré
A refrescarme en la fuente,
Que allá á lo lejos se vé?
Ya no lo digas, detente,
Sigo la estampa del pie.
En el agua mansa y clara
Quiero mirarte gentil,
Quiero conocer mi cara,

Y ver copiado el pensil
Y el buey que los campos ara.
No estará lejos la fuente:
Que, si no me engaño, suena
Cerca de mi su corriente:
¿Y oyes de una dulce avena
El son que apenas se siente?
Guárdeos el cielo, pastor.
¡Qué bien suena el instrumento!
Sin duda entendeis de amor;
Porque vuestro tierno acento
Me alivia el fiero dolor.
Cubrid las canas, anciano,
Con esa gorra de pieles:
Que quema el sol del verano.
Dale, Jacinta, claveles
Para que adorne su mano.
Por aqui sigo, tú, ven,
Que no te pierdes conmigo:
Corre, mi adorado bien.
A Dios, á Dios, buen amigo,
Las dichas que quieras ten.
Ya bulle la fuente alli.
¡Cómo entre yerbas clarea!
¿No te agrada verla asi?
—Y en ella bañarme—Sea:
Lo mismo me gusta á mi.
¡Ay que en las aguas, mi bella,

Todo lo miro al revés!
Otra Jacinta descuella
Que en las plantas de tus pies
Los suyos ocultos sella.
—La cumbre del monte erguido
Aparece de él colgada:
Colgado el pensil florido,
Y la soberbia enramada
Y el ruiseñor con su nido.
—Todo se derrumba, y cuento
Que se está cayendo el mundo
De su mismo fundamento
A esotro cielo profundo
Que tambien hundirse siento.
—¡Qué ilusion tan placentera!
Todo, mi bien, es mentira;
Pero el corazon se altera,
El alma siente y se admira,
Y el dulce engaño venera.
—¿Vamos al bosque florido?
—Cierto que vamos agora.
¿No oyes el blando jemido
De una tórtola que llora
Su adorado bien perdido?
Mira al pie del tronco grueso
Del roble añoso y robusto,
Entre retamillas preso
El tierno y gallardo arbusto

Del oloroso cantueso.
Mira la dulce lisura
De este pomposo laurel,
Y la gallarda figura
De este rizoso clavel
Que á pesar del viento dura.
Mira ese manso arroyuelo:
Por la arena movediza,
No percibiéndolo el suelo,
Sin murmurar se desliza
Cual sobre un cauce de yelo.
Creyendo estoy que te agradas
Al ver del roble frondoso
Las anchas hojas dentadas,
O las del rosal gracioso
Medidamente picadas:
O el soberbio Castañar,
Y cerca de él blanqueando
El mas nuevo palomar,
Y por él de cuando en cuando
Las palomitas volar.
—¡Ah! si: mi vista entretiene
Aquella blanca paloma
Que un pichon al lado tiene
Y á su mirador se asoma,
Por ver si su amante viene.
—¡Ay Jacinta de mi vida!
¡Qué envidiable libertad

Se goza en esta manida!
Y en el amor ¡qué igualdad
No meditada y tenida!

¡Cuánto de gloria y placer
Da al tierno pecho la vega,
Y en torno á sus lindes ver
Un rio entero correr
Que mansamente la riega!

En esta mansion el ave,
Mansion de eterno consuelo
Y de delicias, bien sabe
Que, si no hay término al vuelo,
En ella volando cabe.

Tiene por jaula infinita
El ancho cielo lejano;
Mas del vergel no se quita,
Y del rosal al manzano
Trinando alegre se agita.

Solo una dulce cadena
Que no apercibe jamas,
Que su libertad no enfrena,
La impide que vuele mas
Allá de la quinta amena;

Y es que revolando mira
Por todas partes en ella
Cuanto apetece y le inspira
Aquel placer de querella
Que osó remedar la lira.

Y, á esa cadena ceñidos,
Esa libertad gozamos
Aquí los dos escondidos,
Y corremos y cantamos
Felices y entretenidos.

—En pos de un bien otro bien
Disfruta el alma tranquila:
Si tú enlazas á mi sien
Guirnaldas de rosa y lila,
Guirnaldas te doy tambien.

Si tú suspiras por mí,
Yo tambien por tí suspiro,
Y muero de amor por tí,
Y mil amores te tiro
En un gayado alelí.

—Juntos cortamos la fresa
Que brilla al damasco igual,
Y que la vista embelesa
Con su color celestial
Sobre la redonda mesa.

De estrellas rojas sembrada
O de encarnados vellones
Luce en la alfombra pintada,
Y con sus hojas y arpones
Se cria del sol guardada.

A su licor en sabrosa
No puede igualar la miel:
Que siempre la abeja ansiosa

Se sacia primero en él
Que en la gaya flor melosa.
—¿Qué falta en esta mansion
Para agradar á los ojos
Y agradar al corazon?
—Ni de amor á los antojos
Falta una dulce ocasion....
Mejor diré, prenda mia,
En este albergue dichoso
La ocasion es todo el dia,
Y en la regalada umbría
Ni el cefirillo es celoso....
Mas ¡qué agradable delicia
Ver con vista natural
Desde el reino de Galicia
El reino de Portugal
Que el ancho Miño acaricia!
¡Ese hermosísimo rio
Que tambien los campos baña
Con su fecundo rocío
De esta parte de la España,
Patria del dulce amor mio!
Desde aquí se ven cruzar
Cien fragatas portuguesas
Hácia la barra del mar,
Que van sin duda á buscar
Las mercancías inglesas.
Cerca del muelle se ven

La alta torre de Camiña,
El generoso almacen,
El marinero que aliña
En su barquilla su tren.
Por entre aquel castañar
Que crece al pie de una zanja,
Y el apartado pinar
De los bosques de la granja,
¿No ves las aguas brillar?
¿Y el torrente que espumoso
Gotas de plata chispea,
Y el mar subir proceloso
Con abundante marea
Por el estrecho riscoso?
¿No ves, Jacinta, mi bien,
Todas estas cosas bellas?
Mas ¡las miras al desden!
¿Te cansas, Jacinta, de ellas?
¡Quién tu pecho angustia, quien!
¿Sospechas que pienso ahora
Siempre en la quinta vivir,
Porque tanto me enamora
Por sus calles discurrir
Hasta que muere la aurora?
¡Ah! no lo pienses así:
No mas mis ojos divierte
El encarnado alelí,
Que el muro doblado y fuerte

Do ayer sentada te ví.
Si hoy la villa con su aldea
Es á mis ojos galana
Y me complace y recrea,
Bien puede ser que mañana
Parezca á mis ojos fea.
Si yo me acostumbro á ver
El vario y bello primor
Con que enriquecen su ser
El monte, el valle y la flor
Que ora me infunden placer,
Pasaré del monte al lado
Desdeñoso, indiferente,
Ni el valle iré á ver sembrado
De flor y espiga creciente,
Ni el mar bravío ó templado.
Ni esta hermosa variedad
Grata variedad seria,
Y en la dulce soledad
Yo el tormento encontraria
De mi pesarosa edad.
Vivir en la quinta un mes,
El mejor de primavera,
Ocho en la córte despues,
Y en la ciudad otros tres,
Esta es vida verdadera.
Del triste mundo á pesar,
Tambien el placer se gasta

Con el continuo gozar,
Y un solo placer no basta
En un mezquino lugar.
Siempre, siempre repetido,
No parece un gozo tal;
Porque se cansa el sentido
De lo que siempre es igual;
Y es dolor un bien perdido.
Solo de tí, prenda mia,
Jamas se cansa mi amor,
Y aunque tu faz no varía,
Es á mi vista mejor
En cada instante del dia.

Toledo.

A Dios, infausta Toledo,
Con tus soberbios blasones:
Lleno de fastidio y miedo,
Dejo tus tristes mansiones
Donde ya vivir no puedo.
Diez veces ví solamente
Dorar el sol tus almenas;
Y el alma afligida siente
Todas las amargas penas
Que un desterrado lamente.
En tí son noches los dias,
Y las noches luto horrendo:

Tú las virtudes espias
Con el fanático estruendo
Que al monte y al valle envias.
La trémula voz de trueno
Que en las bóvedas retumba,
Bajo estéril polvo y cieno
Abre á los justos la tumba
Con amargado veneno.
Tú solazas, cuando jime
El miserable cautivo,
Y, si la verdad sublime
Despide un ay fujitivo,
Tu planta feroz la oprime.
Tú proscribes, temerosa
Del bien, su influjo querido,
Y á la maldad licenciosa
Das el puesto merecido
De la inocencia llorosa.
Por alto crímen castigas
El dulce y noble contento,
Y la libertad fatigas
Del oculto pensamiento
Con tus artes enemigas.
A la paz alegre y pura
La paz del terror prefieres:
Es tu dote la amargura,
Y esclavas son tus mugeres
De su falaz hermosura.

En la ciudad asombrada
Silencio lóbrego reina:
Tímida el aura callada
Súbito las flores peina
Y torna al campo ajitada.
Cada español de tu seno
En su pálido semblante
Lleva grabado el recelo,
Y apenas al alto cielo
Levanta la vista errante.
De la sociedad en vano
En tí busqué los amores:
Solo das al cortesano
Crudas espinas, por flores,
En trato fiero y villano.
En vano busqué en tu seno,
Antigua córte de reyes,
Un dia alegre y sereno:
Que el error y el desenfreno
Son tus costumbres y leyes.
En vez del són acordado
Del celestial instrumento,
Fatiga al pueblo y al viento
El grito desmesurado
Del montaraz ardimiento.
Y los cánticos suaves
De la virginal belleza,
Que estimar en poco sabes,

Los truecas por la aspereza
De tus graznadoras aves.
Tú de la luz desconfías
Y de tí misma tambien,
Y en las cavernas úmbrias
Sepultas el propio bien
Poco despues que le ansías.
Ay ¡cuánto engañó mi mente
Quien me dijo que en tus muros
De la envidia maldiciente
Viven los hombres seguros
Como la primera gente!
Envidia y negro rencor
Las mismas piedras respiran:
Honda amargura y dolor
Los vientos que en torno giran
Con tempestoso fragor.
De tus cuestas empinadas
Y de tus angostas calles
Por el moro fabricadas,
Huyen mis plantas, lanzadas
A la anchura de los valles.
La voz del amor te espanta,
La de la amistad te ofende,
Y en tu cárdena garganta
El rudo tirano aprende
A pisar con recia planta.
Ni los recuerdos del Peno,

Ni las glorias del romano,
Ni el blason del agareno
Me tendrán por ciudadano
Dentro de tu humilde seno.
Cartago y Roma pasaron;
Pasó el imperio del godo,
Y del bien que ellos gozaron,
En medio del mundo todo,
Tan solo escombros quedaron.
A la elocuencia profunda
De tus sábios oradores
Sucedió la lengua inmunda
Que de funestos errores
Tus pobres hijos inunda.
El pueblo atónito pende
De la ronca voz tronante
Que al crímen su pecho enciende,
Y de un cielo intolerante
Ser rayo de luz pretende.
Muda la verdad se postra;
Llora el ingenuo clamor,
Mientras el eco traidor
El miedo pánico arrostra
Del vulgo murmurador.
Un falso apóstol alcanza
De la inocencia aflijida
Cruda y bárbara venganza,
Y á los crédulos convida

Al destrozo y la matanza.
A Dios, ciudad ominosa,
Gérmen de eterna falsía,
Honda laguna afrentosa
Do la audaz hipocresía
Soberbia hirviendo rebosa.
A Dios lóbrega ciudad,
Do viven tantos Rodrigos
Como tiene de enemigos
La sacrosanta verdad,
Y el torpe crímen amigos.
Para siempre en este instante
Dejo tu adusta morada:
Vuelvo á la córte brillante
Do respira mi adorada
La luz del alba radiante.
Vuelvo á la córte do viven
En su centro los placeres,
Donde las gracias reviven
Con las ninfas de Citeres
Que mis amores reciben.
Donde el placer es la vida,
Donde el dolor es la muerte,
Donde la yedra está asida
Al olmo galano y fuerte
De tus vientos defendida.
Do el no gozar es afrenta;
Donde un suspiro naciente

El bien anhelado aumenta,
Do brota pura la fuente
Que los pesares ahuyenta.
  Allí el arte de Tirteo
Muestra todos sus primores,
Y es honor el galanteo,
Y dan muy tempranas flores
La esperanza y el deseo.
  La amistad erige altares
A la amistad verdadera:
El amor tiene sus lares,
Y una tranquila ribera
El tranquilo Manzanares.
  Las ciencias alzan su frente
En su modesto retiro,
Y son bálsamo clemente
Al angustiado suspiro
Que lanza el alma doliente.
  No volveré, pueblo ingrato,
Nunca á pisar tus umbrales,
Aunque en el régio aparato
Al grande Madrid te iguales,
Tanto á mis deleites grato:
  Aunque aumente tu tesoro
El cielo, y tajo caudal
Convierta en torrentes de oro
De sus náyades el lloro
Y su luciente cristal.

SONETOS.

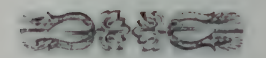
A la libertad.

Torna, ó preciosa libertad querida,
Torna al hogar del aflijido hispano,
Y á la patria infeliz tiende tu mano,
Que siente ya desfallecer su vida....
Sana á la Iberia la profunda herida
Que le abrieran las armas del tirano,
Y restituye al pueblo soberano
La noble espada de la ley perdida.
No pienses ya que mira con recelo
El español tus cándidos pendones,
Ni que mas contra tí provoque al cielo.
Rota la venda á falsas ilusiones,
Ha aprendido en su largo desconsuelo
El arte de estimar tus ciertos dones.



A la patria.

Repite al fin la libertad su acento,
Despues de larga y mísera agonía,
No ya tan solo en la olvidada umbría
Sino del trono en el altivo asiento.
Levantando tu voz al firmamento
Tornas á respirar, ó patria mia;
Y al contemplarte la faccion impía
Es débil tigre en el postrero aliento.
Van á cesar nuestras horribles penas,
Van á quebrarse *para siempre*, hispanos,
De tres pesados siglos las cadenas.
Si nos unes con vínculos de hermanos,
¡O numen que mi pecho ardiente llenas!
Se abismarán.... del orbe los tiranos.



A la juventud patriótica.

Al contemplar la horrenda tiranía
Su envejecido imperio vacilante,
Quiso robarte, ó juventud brillante,
Hasta la misma luz del claro dia.
Pero, puesta al umbral de la agonía,
Supiste levantar la voz triunfante,
Y retemblando el mónstruo devorante
Cayó bajo tu intrépida osadía.
Asi, despedazadas las cadenas,
De Cárlos destronado los blasones
Rotos desprecia la moderna Atenas.
Si al sublime huracan de las pasiones
El generoso vuelo desenfrenas,
Darás la libertad á las naciones.



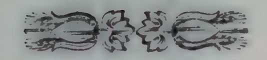
Al General Mina.

Por la escarpada cima del Pirene,
Velado en magestad y en alta gloria,
El héroe de la patria y la victoria
Hácia los campos españoles viene.
No, cuando el grito universal resuene,
Se junte, ó dulce España, en tu memoria
Con sangre escrita la futura historia,
Aunque el ronco cañon el suelo atruene.
La ardiente espada que en el viento jira,
El bronce que retumba y centellea
Anuncian solo libertad, no ira.
Del fiero mal estinguirá la tea,
Porque justicia y ley Mina respira
Y el estandarte de Pelayo ondea.



A un escritor venal.

¡Eh! venal escritor: tu pluma impia
Un tiempo ¡sí! de la verdad hermosa
Mostró el altar á la nacion gloriosa,
No empero virtud fue: fue hipocresía.
Cayó el poder de la razon tardía,
Y á la maldad entonces victoriosa
Alhagando tu lengua ponzoñosa
A la gimiente humanidad hundia.
Mas tanto la virtud despedazaste
De tu patria infeliz torpe enemigo,
Que el odio de los tuyos alcanzaste.
¿Al mar huyes? ¡traidor!.. pero contigo
Del crimen que en tu patria ejercitaste
Llevas la ley y el fallo y el castigo.



El estremo de la amistad.

Si á mi tornas los ojos brilladores,
Y un rayo de ellos tu piedad me lanza,
Aún soy feliz, ó Amira, y la venganza
No temo de los hados triunfadores.
Mas quiero tu amistad que los amores
De otra hermosura igual, si á ver se alcanza;
Y esclavo amarte á tí sin esperanza
Que esclavizar de Venus los favores.
¡Oh! si el culto gentil fuera al Hispano
De honor y ley!... Con la pobreza mia
Feliz te alzára un templo soberano.
Mas, ya que estéril voto al cielo envia,
En sí mismo te erige el pecho ufano
Mil templos de ferviente idolatría.



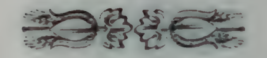
Rosana.

En el capullo de encarnada rosa
Ya fresca ostenta la encendida grana;
Mas cuando sus prisiones rompe ufana
Descubre entera su beldad gloriosa:
Y en el pensil se enseñorea hermosa,
Emula del fulgor de la mañana,
Y es reina de las flores soberana
Que respetan su pompa magestosa.
Así Rosana en su nacer triunfante
Présaga fue de la beldad futura
Que envidiaria el astro rutilante.
Los dones desplegó de su hermosura,
Y brillando cual fúlgido diamante
Es del orbe la envidia y la ventura.



Mi bien.

Cual la gallarda y cándida azucena
Que se levanta sobre lindas flores,
Venciendo sus balsámicos olores
De nieve y oro se presenta llena:
Y los sentidos manda y enagena,
Esclavos de su aroma y sus primores,
Y en los atentos ojos brilladores
Junta con el placer la blanda pena;
Asi, bien mio, si jugando sales
Con las hijas de amor al verde prado
Entre las mas hermosas sobresales.
Yo fijo en tí la vista aletargado,
Y, si aspiro en tu aliento dulces males,
Vivo en pos de la dicha arrebatado.



La constancia.

Mi humilde ruego despreciaste esquiva,
Cuando ¡infeliz! te requerí de amores,
Y aún de hablarte en mi pena y mis dolores
Cierto ó fingido tu desden me priva.
Pero el ardor de mi pasion se aviva,
Y destrozan volcánicos temblores
Mi tierno corazon como á las flores
Nacientes fiero el vendabal derriba.
Porque á pesar del triste apartamiento
A que me tienes, Laura, condenado
Y del puñal que traspasarme siento,
Te ven mis ojos de virtud dechado:
Y no sirve la voz del escarmiento
A quien de veras gime enamorado.



LETRILLAS,

ANACREONTICAS, CANCIONES.

La amabilidad.

Querido amor mio,
Preciosa Filena,
¡Qué hermosa en valia
Y en gracias te llega!
En el ancho prado
Mil y mil pasean,
De rostros divinos
Y nítidas trenzas;
Mas, si allí por dicha
Humilde te muestras,
A todas las nubla
Tu risa modesta.
Los dulces galanes
Que hablaban con ellas,
O tras ellas iban
Con planta lijera,
En viéndote, alegres
Y prestos las dejan,
Y en pos de la risa
De tus ojos vuelan:
En pos de la risa
De bondad que llevan,
En pos de tu acento
Que manda y deleita.

Pregunta á los hombres
Si mas á las bellas
Altivas adoran
Consigo soberbias,
Que á un alma inocente
De amable morena
Que tímida escucha
Cordiales finezas.
Pregunta á los hombres
Si mas los recrea
La frente orgullosa
De esquiva belleza,
Que cándidos ojos
Que á alzarse no aciertan
Y en lánguidos jiros
Se mueven apenas:
Si acaso prefieren
A risa sincera
Y á rostro apacible
De gracia y pureza,
La risa afectada
La risa violenta,
Que grave escatima
La hermosa altanera,
Y el labio que libre,
Tranquilo celebra
Los pérfidos dichos
Que el alma envenenan.

Los hombres, bien mio,
Si adoran de veras,
Placeres durables
Tan solo desean.
En torpes placeres
Un tiempo se anegan:
Un dia á la amable
Prefieren la bella.
Mas súbito olvidan
Las dichas lijeras
Y buscan ansiosos
La gloria completa.
No dudes, no dudes,
Graciosa morena,
Que tu los triunfos
De Venus te llevas.
Lo ves en tu casa,
Lo ves en la agena,
En donde admirado
Tu nombre campea.
De mí se decirte
Que mas me interesa
Tu voz temblorosa
Tu faz de inocencia,
Que el fácil acento
Que rápido vuela,
Y logra un aplauso
Por viles torpezas.

La bella orgullosa,
La hermosa coqueta
Parece á mis ojos
Hermosa muy fea.
Jamás apetezco
Miradas que piensa
Valer mas que el oro
Que el Ofir encierra:
Miradas que dice
Que todos anhelan,
Miradas que grave
Robándolas presta.
Los tiernos amantes
Allá en la floresta
Que Venus preside
Y sus ninfas riegan,
No buscan las flores
Pomposas que crezcan
Por cima de todas,
De vicio deshechas,
Que solo alcanzaron,
Por bien, de la tierra
Un pétalo altivo
Y hojosas riquezas.
Las flores ansían
De encanto y esencias,
Que el alma estasien
Y el suelo embellezcan.

Tu virtud, bien mio,
Los hombres celebran,
Y no la hermosura
Que nace y se hiela.
Sí niña y amable
Venciste á las bellas,
Amable y adulta
Sin fin te respetan.
¿Y aún triste suspiras?
¿Y aún tímida piensas
Que nadie tus gracias,
Divinas atienda?
A todos pregunta,
Pregunta á Sidera,
Si al verte en el prado
Cobarde no tiembla:
Si á todas las lindas,
Que á si se celebran,
Tu humilde llegada
Gimiendo no cuenta.
Dalmiro y Alicio
Te ven en las trenzas
Lumbrosos diamantes
Y al cuello mil perlas;
Mas quiérente finos
Con el alma entera,
Y jamás tus bienes
Por caso recuerdan.

Mas, ¡ay! quien tu casa
Dichoso frecuenta
Mayores elogios
Callando te eleva.
¡Cuál hija á su madre
Mas plácida besa!
¡Ni quien mas ardiente
De amiga se precia!
Sin tí, no sus labios
Anfriso desplega:
Sin tí, tus amigas
Ni cantan ni alientan.
Empero si dulce
Pareces entre ellas,
Nacieron las dichas,
Nacieron las fiestas.
Entre sí disputan
A cual te merezca
La pura mejilla
Tocar la primera.
Y cuantas te miran
Una vez, de veras,
Son ya desde entonces
Tus amigas nuevas.
Mi bien, ¡cuánto lustre
Que exalta tus prendas!
¡Dichoso quien propias
Llamarlas pudiera!

A una envidiosa.

Oye, Cintia, ¿qué angustias
Te afligen y atormentan,
Que mal estás con todos
Y mal contigo mesma?
¿Por qué, cuando festivas
Y francas travesean
Tus compañeras, dime,
Ceñuda estas al verlas?
¿No sabes que aunque lindo
Tu blanco rostro sea,
Con la esquivez se pone
Cual nube veraniega?
¿Te vas y no me escuchas?
¡Ay! corajuda piensas
Que entiendo tu semblante
Y rápida te ausentas....
No importa: á tus amigas
Ha de decir mi lengua
Tus chismes vergonzosos,
Modelo de embusteras.
Sabed, amigas mias,
Y sabe tú, mi Delia
(Con piedad y con rabia
Mi pecho lo recuerda),

Que Cintia, presumida
De despejada y bella,
De todas las bonitas
Es enemiga eterna.
Pretende la infelice,
Cual Venus citerea,
Que todos los mortales
Le rindan obediencia.
En ambicion de amantes
Ridícula se ceba,
Juzgando que un Cupido
Seria triste ofrenda.
Desprecia á mil hermosos,
Y de otros mil se befa,
Y en todos halla faltas....
¿Habrá muger mas necia?
Mas no quiero en silencio
Pasar, cara Filena,
El chasco que le cupo
A Cintia en la pradera.
Lorino el mas gracioso
De cuantos hermosean
Las sociedades altas
De cortesanas bellas,
Los dones de esta niña
A contemplar se acerca
Risueño, alborotado,
Desparramando esencias

De sus cabellos de oro
Donde las gracias juegan,
Chancero y divertido
Diciéndole ternezas.
Cintia le mira, y luego
Del jugueton se prenda:
Depone el fiero orgullo
Y el corazon le entrega:
Cuando en brillante coche
De voladoras ruedas
Belinda se descubre
A Cintia. ¡Suerte adversa!
Desciende apresurada,
Salúdala modesta,
Y en pos á su Lorino
Inclina la cabeza.
Triste Cintia, cuitada,
Tu dicha fue lijera:
Los ojos de Belinda
Tus glorias recuperan.
Lorino enajenado
A Cintia rauda deja,
Y Cintia se consume,
Feroz se desespera.
Antes era en su boca
Lorino una belleza,
Y en gracias y virtudes
Una deidad perfecta.

Ahora es loco y torpe
Y espanto de las feas
Y seductor é ingrato
Y de su sexo afrenta.
De Cintia entre los labios
Belinda era sincera
Y amable sobre todas
Y sobre todas bella.
Ahora la apellida
La misma boca, infecta
De venenosos celos
Y envidias y rarezas,
Doble, sin gracia, infame,
Traidora, deshonesta,
Infiel á sus amigas,
Calumniadora fiera.
¿Mas quien calumniadora
Será, mi amiga Delia?
¿Tú, que con todas callas,
O Cintia que deslengua?
¡Quiere mancebo ilustre!
Bien hace si le encuentra.
Mas sepa que á Lorino
Le seguirá las huellas.
Siga Cintia, camine
Por escabrosas sendas,
Las ramas apartando
Que caminar le vedan.

¿Qué hará la desdichada
Sino enredarse en ellas,
Sin que un piadoso amante
A libertarla venga?
Dejarla que perdida
Se precie de altanera,
A Silvio desamando
Que mucho hace en quererla.
Mañana será el dia
Que mire su soberbia
En duro abatimiento
Atada á mil cadenas.
Ahora mismo envidia
La suerte de las feas,
Y con un bombre inútil
Casar tal vez desea.
Si, Cintia: corcobados
Sin dientes y sin cejas,
O viejos achacosos
Ya solo te respetan.
Chismosa, que ofendiste
De un puro amor las prendas,
De celos devorada
En rabia vil deshecha;
Chismosa, que quisiste
Manchar la fama ajena,
Mira tu abismo, mira
Tu suerte venidera.

Ojalá que en tu rostro
Lloviendo las viruelas
Hagan hoyos profundos
Como profundas cuencas:
Y que á los cuatro lustros
Rugosa te envejezcas;
Porque mentir supiste,
Veraz en la apariencia.
Te llamarán entonces
Los niños vieja y fea,
Y yo desde este instante,
Por ver si te avergüenzas.
Entonces, sin virtudes,
Dime, simple, ¿qué esperas?
Arrepentirte? Es tarde.
Morirte? Sí, lo aciertas.
En tanto tus amigas
Ya habrán llegado tiernas
Al término querido
Que Venus les reserva.
Y al verte despreciable
Te mostrarán las bellas
Flores que en torno ciñan
Sus frentes halagüeñas.
Y en tanto ese Lorino,
A quien falsária afrentas,
Y yo de tí burlado
Porque prefiero á Delia;

Y con desprecio miro
Tus trazas altaneras,
Los dos nos gozaremos
En libertad completa;
Lorino con un aria
Al lado de su bella,
Y yo con versos dulces
Al lado de mi prenda.
Callé: mas en silencio
Mi alma, en las ofensas
Pensando, mas le dijo
Que pronunció la lengua.
Y todas las muchachas,
Que habia mas de treinta,
Me cantan coplas suyas
Y alegres me rodean.
Y viva Anfriso, esclaman;
La torpe Cintia muera;
Y yo repuse: vivan
Mis amiguitas nuevas.



Mi patria.

Cercana al alto Tecla,
Do nace el torbellino,
Y al pie del ancho márgen
Del caudaloso Miño,
Que paga en su corriente
Tributo al mar vecino,
Se ve mi dulce patria,
La mísera Salcidos.
Allí mis años tiernos
Corrieron al abrigo
Del maternal regazo
(¡Para mí mal perdido!),
En juegos inocentes,
En risas y cariños,
Tan solo el bien constante
Gozando en mi delirio.
Cortaba, no temiendo
Del hado los caprichos,
Las flores del contento
Del árbol del peligro.
Placer era á mis ojos
Cojer el pececillo
Que en la arena saltaba,
Creciendo turbio el rio.

Y mas placer en potros
Lozanos, fujitivos
Montar, correr los campos
Sin rienda y sin estribos.
Y mas placer que todo
Trepar al débil pino,
Y de sus altas ramas
Arrebatar los nidos.
Asi lijero andaba
Por vacilantes riscos,
De las trenzadas hondas
Vibrando el estallido,
Cual ora por las calles
Seguras del Retiro,
Del brazo de una bella
Mi dulce brazo asido.
El riesgo era á mis ojos
Mi dicha, cuando niño;
Mas ora en los placeres
Me abrazo á los peligros.
Ora me guardo, ¡ay triste!
Hasta del mal finjido,
Y temo el bien que busco
Y el aire que respiro.
De su traidor se queja
Filena en mil suspiros,
Y su desgracia lloro
Y eterna la imajino

En el tormento injusto,
Que acecha al tierno amigo,
Su muerte y mi desmayo
Presiento dolorido.
Resuena de la patria
Un ¡ay! entristecido,
Y un puñal de pesares
Penetra el pecho mio.
Así del fuerte acero
Al contemplar el filo
Ya miran los cobardes
Su blando pecho herido.
Así los temerosos
Dol trueno á los rujidos
Ya ven lanzarse el rayo
Y abrirse los abismos,
Y derrumbarse el cielo
En cascos mil partido
Sobre la pobre tierra,
Sin guarda y sin asilo.
O edad, edad preciosa
Del existir benigno,
¡Quién á gozar volviera
Tus plácidos hechizos!
Mas ¡ay! que al cielo airado
En vano los repito:
Las dichas que pasaron
No torna el hado impío.

El pajarillo alegre
Que hirió plomo maligno
No encanta mas la selva
Ni vuelve al caro nido.
¡Qué breve que es la dicha!
¡Qué largo es el martirio!
Gocé un instante solo,
Mas desde entonces jimo.
El riesgo era á mis ojos
Mi gloria, cuando niño;
Mas ora en los placeres
Me abrazo á los peligros.

Mi deseo.

Feliz yo, venturoso,
Si logro que mis versos
Agraden á la hermosa
Por quien de amores muero;
Y de las otras bellas
El inocente seno
Abrasen con la llama
Del invisible fuego.
Feliz yo, si las niñas,
Ansiosas de saberlos,
El seductor halago
Esquivan de Morfeo:

Y las adultas sienten
Que mis amores nuevos
Parecen de los suyos
Un natural bosquejo.
Feliz, si al recitarlos
Les late el blando pecho,
Y advierten en sus almas
Un cuidadito nuevo.
Feliz si al escucharlos
Los apagados viejos
Avivan las cenizas
De moribundos celos;
Y rien complacidos,
En nueva gloria exentos,
Sus antiguos amores
En mis amores viendo.
Si logro esta ventura,
¿Qué importa que mis versos
Atilden enojados
Los críticos severos?
Si un corazon amable
Amable yo conmuevo,
¿Quién duda que en él puse
Del blando amor el dedo?
De que la copia imita,
Mi Filis, al modelo
¿No es prueba que lo indiquen
Los niños los primeros,

Por mas que la pericia
De rígidos maestros
Abulte la ignorancia
Del retratista nuevo?

Al mismo asunto.

No quiero deslumbrado,
No quiero con mis versos
Ganar las amarguras
De un enojoso empleo.
Ni cintas, ni oropeles
Yo delirante anhelo:
Que estorban tales dones
A mi vivir sincero.
Ansío los aplausos
Del vate predilecto
Que, honor del claro Betis,
Ilustra al universo;
Del vate que entonára
Con resonante plectro,
Así de los amores
Los dulces pasatiempos,
Cual de Dios y los hombres
Los memorables hechos
Que la severa historia
Recuerda en siglos ciento.

Tambien de otros alumnos
Del regio Apolo escelso
El justo voto ansío;
Que son mis compañeros.
¿Será que allá en los bosques
Los pastorcillos ledos,
Oyendo mis cantares,
Se olviden de sus juegos,
Y, por ganar amores
De sus zagalas, tiernos
Los aprendan y canten
Con rústicos gorjeos?
¿Y que mi nombre graben
En los añosos cedros,
A los remotos siglos
Sobreviviendo ileso?
Asi la triste parca
Solo hundiera los restos
Mortales en la tumba
Del perenal silencio.
¿Será, será deidades,
Que de su patria el suelo
Inmortalice Anfriso
Con líricos acentos?
¡Ay! no. Mas de la gloria
El punzador deseo
Da el pobre jenio mio
Infatigable aliento.

Un guerrero y su querida.

A Dios, mi dulce Elisa:
Parto á buscar trofeos
Al campo de la patria
Para adornar tu templo.
Dame la fuerte lanza
Y el guarnecido yelmo:
Que ya en la plaza alegres
Me esperan mis guerreros.
A Dios: por mi existencia
Envia al alto cielo
Algun suspiro, y dame
Por despedida un beso.
Asi á su dulce amada,
El llanto comprimiendo,
Habló el gentil Dalmiro
Con amoroso acento.
Y uniendo sus mejillas
Ambos amantes tiernos,
Con los ardientes labios
Mil besos se imprimieron.
Mil besos... mas resuenan
Las armas y el estruendo
Del atambor; la trompa
Retumba con sus ecos.—

Descíñese Dalmiro
Del encendido cuello,
Y perezoso parte
La vista atras volviendo.
La bella Elisa llora;
Mas dice á su guerrero
Estas dulces palabras
Que repitiera el viento.
«Triunfa y ven. La patria
Atenderá mis ruegos,
La libertad te inspire,
Gallardo caballero.
Combate el despotismo
Con inmortal denuedo:
Del noble Cid es tuyo
El generoso esfuerzo.
La juventud hispana
Será sublime ejemplo
De fortaleza al mundo,
De honor alto modelo.
Tan solo á ella es dado
Romper los duros hierros
Con que el tirano oprime
Al inocente pueblo.
En fria indiferencia
Consúmanse los viejos:
Que no vive, ó Dalmiro,
La cara patria en ellos.

La patria en tí respira,
Respira en los mancebos
Que vuelan al combate
Sin canas y sin miedo.
A Dios, Dalmiro mio,
Y vence, que en volviendo...
¡Despareció!... Dios mio,
Ampárale.... yo muero.»

El premio.

Tú sabes, dulce mia,
Desde la hermosa noche
En que tu vírgen labio
Me supo hablar de amores,
Cual es el juramento
Que hicimos, ¡ay! entonces
De unir hasta en la tumba
Entrambos corazones.
Pues oye: nunca temas
Que de mi pecho noble
Ni penas ni victorias
Tu bella imágen borren.
Cuando el nublado oculta
Los encumbrados montes,
Y el huracan destroza
Los árboles y flores,

Tu rostro soberano
Contemplo yo en los bosques,
Y pienso que iluminas
Su lóbrego horizonte.
Retumba en las cavernas
El trueno de los bronces,
Y gime por mil pechos
Exámine Mavorte:
La lluvia en gruesos mares
Desgaja el firme roble,
Y ardiendo el rayo abrasa
Cabañas y pastores.
Mas yo, dulce amor mio,
Al pronunciar tu nombre,
Cercado del peligro,
Desprecio sus furores;
Porque imagino ardiente
Que escucho allí tus voces,
Y de tu rostro veo
Los soberanos soles;
Porque imagino verte
Que, ejemplo á los varones,
Blandes el asta fuerte,
Mi idolatrada Clori.
En tí la patria vive
Cual viven mis amores,
Y yo, venciendo al galo,
Deshago tus prisiones.

Si á mi libre deseo
Igualan mis acciones,
Pondré á tus pies, por digno
Tributo de los hombres,
Los nítidos turbantes
Los músicos albogues,
Las águilas altivas,
Las cruces y leones.
Y, en premio á mis fatigas,
No quiero que me adornes
Con fúlgidos brillantes,
Con galas que me estorben.
Me basta un breve anillo
Que del cabello formes,
Y en que «*al valor sin tacha*
La eterna amante,» bordes.

La persuasion.

¿Y aún dudas, Fili hermosa,
De las palabras tiernas
En que mi amor te juro
Y mi constancia eterna?
¿No ves que noche y dia,
Enclavado á tu puerta,
Los paso al cielo dando
Mis ardientes querellas?

¿No ves que no me importa
Sufrir la cruda befa
De todos mis amigos
Que por tí me desprecian?
¿No ves que me convidan
A los bailes y fiestas,
Por distraerme un tanto
De mis amargas penas;
Y que jamás me mueven
Sus plácidas ofertas,
Que apenas, Fili, escucho,
Exento en tu belleza?
¿Humildes y abatidos
Mis ojos no contemplas
Que en lánguidas miradas
Se fijan en tu reja?
¿No sabes que por siempre
Callada está mi lengua,
Y que á tu nombre solo
Mis labios se despliegan?
¿No escuchas mis gemidos,
No miras mi impaciencia,
Y de mis ojos tristes
Las lágrimas acerbas?
¿No sabes, dí, que á todos
Mi boca te celebra,
Y que me engrio ufano
Cuando tus gracias cuentan?

¿Qué cada acente tuyo
Suspiros mil me cuesta,
Y que á do quier que mires
Allí mi vista vuela?
Compasiva se duele
De mi la calle entera,
Y de mi amor tan solo
Murmúrase en la aldea.
Si en la noche se juntan
Tus amigas en vela,
Mi amor es lo primero
Que gratas se recuerdan.
Y sus tiernos amantes,
Al son de sus vihuelas,
Para que sus amores
Enamoradas crean,
Les dicen con ternura
En dulces cantinelas
Que las adoran tanto
Como yo á tí, mi bella.
Nunca he visto tu risa:
Te he visto siempre fiera
A mis cariños puros
Que sola tú desdeñas.
Y cuanto mas, ¡ay Filis!
Mis males acrecientas,
Tanto mas te idolatro
Y oprimo mis cadenas.

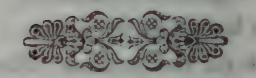
Yo te amaré mas firme
Cuanto mas me aborrezcas,
Aunque perder la vida
Por mi constancia sepa.
Mas ¡ay! un sentimiento
Dentro en mi pecho queda,
Y es, Filis, que inhumana
Mi tierno amor no creas.
¡Ay Filis de mi alma!
Por toda tu belleza,
Por Venus y por todo
Lo que mas fina quieras,
Del corazon me quita
Tan horrorosa pena,
Y menos infelice
Sin tal tormento muera.

A Albina.—Sus triunfos.

Cuando en el ancho prado,
Albina, te paseas,
Mas que todas hermosa,
Mas gallarda te ostentas.
Su caliz blanco y puro
No mas graciosa eleva
Por cima de las rosas
La cándida azucena.

Tus ojos como soles
Que alumbran y no ciegan,
Los rizos naturales
De tu gentil cabeza;
Tus mejillas rosadas
Como las rosas tiernas,
Tus labios de corales
De tu boca las perlas,
Tu talle delicado,
Tus formas hechiceras,
El breve pie que envidia
La hermosa Citerea,
Tu voz suave y grata,
Y de delicias llena
Todo lo oprimen, todo
Con plácidas cadenas.
Elisa y Adelaida,
Amables como bellas,
Parecen á tu lado
Flores mustias y secas.
Y tristes y abatidas,
Aunque de envidia mueran,
Tu angélica hermosura
Con humildad respetan.
Tras de tus huellas, blandos
Los corazones llevas
De cuantos la fortuna
De verte acaso tengan.

Tambien son tus esclavos
Los que en las cunas ruedan,
Que, aunque niños, con risas
Ya tu beldad celebran.
Y si los mimas dulce,
Si plácida los besas,
En tí, mas que en sus madres,
Felices se recrean.
Y rien á tu vista,
Y lloran si los dejas,
Y solo entre tus brazos
Su dicha toda encuentran.
Pues si á dominio tanto
Se estiende tu belleza,
Juzga tu, mi adorada,
Cual mi destino sea.
Ojalá, dulce Albina,
Que amor tambien sintieras,
Y que yo las primicias
Con timidez cojiera.



A Filis bordando.

Cuando en bordar el velo
Te miro entretenida,
Tal vez contando amores
Que á idolatrar incitan;
Si por detras te beso
La cara peregrina,
¿Por qué te enojas, Filis,
Y muestras tan esquiva?
¿Por qué ¡ó dolor! me amagas
Con tus temibles iras?
¿No soy yo tu adorado?
¿Y tú no eres mi vida?
Cruel, dime; ¿ofendieras
A blanca palomita
Que temblosa en tus palmas
Picase la semilla?
¿O al cándido cordero
Que el haz de yerbecillas,
Osado te arrancase
De entre las manos lindas?
¿O al ruiseñor que manso
Urgase tu mejilla
Desde la estrecha jaula
En que contento pia?

No, dueño de mi alma;
Sensible tú serias,
Y en cambio de estos juegos
Volvieras mil caricias.
Pues yo tan solo pido,
Querida prenda mia,
Que al menos no te enfades
Ni grites ni me riñas,
Si por detras te beso
La cara peregrina,
Cuando en bordar las flores
Te miro entretenida.

A una mirada.

No lances de tus ojos,
O pérfida Rosana,
A mi sensible pecho
Esa funesta llama,
Con que abrasarme quieres
Tan cruda como ingrata,
De tus promesas finas
Ya, facil, olvidada.
Anfriso que en tu seno
Moró con dulces ansias,
¿Agora, ó fementida,
Ha de probar tu saña?

Te ofendes á tí misma
Si á mí, cruel, me agravias,
Y ese mirar terrible
Contra mis ojos lanzas.
¡Oh! hiéreme, inconstante,
Sin compasion el alma,
Y abrasarás tu imágen
Que en ella está grabada.

Mi lira.

La lira es el descanso
De mi afanar contino,
Es de mis penas duras
El mas perenne alivio.
Desde que anuncia al dia
El rayo matutino
Hasta que el sol se esconde
Del mar en los abismos,
En humildes tareas
Contento me ejercito,
Ganando el pan del pobre
A los hados sumiso.
Mas cuando ya la noche
Su manto denegrido
Tiende al orbe, abrazando
El espacio infinito,

Con mi lira sonora
Al canto me apercibo,
Y escucha mis acentos
Tan solo mi retiro.
Con ellos tolerando
Al pérfido destino,
De mis horrendos males
La suerte no maldigo.
Antes un gozo puro
Disfruta el pecho mio,
Porque huérfano y solo
De mis afanes vivo.
En letargo profundo
El orbe entorpecido
Contemplo, mientras dulce
Mis versos me recito.
De danzas y festines
El goce apetecido,
O ya de los amores
El victorioso hechizo
Con ansias celestiales
Al son del plectro digo,
Y de mis largas penas
Y hasta de mí me olvido.
El alma, discurriendo
Por un pensil florido,
De gratas ilusiones
Se entrega al alvedrío.

Mil cándidas pastoras
Risueñas imajino,
Rondadas de otros tantos
Felices pastorcillos;
Y en sus campestres bailes
Contemplo que las miro,
Graciosas ostentando
Donaires no finjidos,
Al son arrebatado
Del blando caramillo
Que estáticos atienden
Los dioses del olimpo.
Mi lira es el descanso
De mi afanar contino,
Es de mis duras penas
El mas perenne alivio.

Las armas nuevas de amor.

Pensaste, ó dios Cupido,
Con tus agudas flechas
El corazon hermoso
Herir de mi Filena.
Sus lindos ojos miras
Con bárbara fiereza,
De tus funestos tiros
Maligna mensajera.

Mas, al primer flechazo
Que cuidadoso asestas,
Tu antiguo poderío
Perdido ya contemplas.
Al carcax te se vuelve
A tu pesar la flecha,
Y brotan de tus ojos
Dos lágrimas acerbas.
Filena en pos te mira
Y rie y travesca,
Y un rayo de los suyos
Te manda por saeta.
Tú Amor, de amor herido,
Hasta su seno vuelas,
Y allí con tus insignias
Sus órdenes esperas.
La bella vencedora
Gloriosa te decreta,
Porque atrevido fuiste,
Que su vasallo seas:
Que en su pecho morando
De rosas y de perlas,
Con humildad le rindas
Adoracion perpétua:
Que mires allí siempre
La causa de tus penas,
Y que tu imperio amante
De sus miradas penda:

Que arrojes por el suelo
La aljaba con las flechas,
Y para herir le pidas
Las armas que ella precia:
Que reines en su nombre,
Y que en su nombre hieras,
Cantando eternamente
»Soy siervo de Filena.»
De entonces sus acentos
Por todo el orbe llevas:
Con ellos de amor matas,
Y son tus armas nuevas.

A Laura.

EL CONSUELO DE LA VEJEZ.

Ay Laura, no te rias
De mí, porque soy viejo:
Muchacho fuí, y á veces
Jugué tambien con Venus.
Ni pienses que le envidio
Al venturoso Delio
Los que feliz le imprimes
Enamorados besos.
Ya sé que en daño mio
Blanquean mis cabellos,

Y que de un siglo todo
Me encorvo al grave peso.
Mas cuando en tus placeres
Y en tu amoroso fuego
La aurora de mi vida
Ya moribundo acuerdo,
Ni lloro en la desgracia,
Ni jimo en el deseo,
Ni envidio vuestra dicha,
Ni tengo amor ni celos.
Alabo muy tranquilo
De tu zagal sincero
La tímida osadía,
El celestial respeto.
La reflejante llama
De tu mirar travieso,
En vez de darme enojos
Me sirve de recreo.
Al recordar las glorias
De mis pasados tiempos,
Sin próximos peligros
Se goza el pensamiento.
Conózcome, y alcanzo
Que ya por mí no puedo
Servir en las batallas
Del dios del universo.
Pero á ese rey divino
De quien obtuve premios,

Que en diez felices lustros
Bien repetidos fueron,
Al cabo de mis años,
Inútil yo, le ofrezco
Por sucesores mios
Seis lindos nietezuelos.
Ellos serán un dia
Batalladores nuevos,
Y acrecerá á la suya
La fama de este viejo.
Si del tostado vino,
Del néctar de los cielos
En ancha taza bebes
Por mano de tu dueño,
Del tinto de mis parras,
Amiga Laura, bebo
Por mano de mis hijos,
Por mano de mis deudos.
Si ganas orgullosa
De tu galan un beso,
Por componer los ojos
En ademan artero,
Yo plácido recibo
De mis hermosos nietos,
Delicia de mis años,
Cien besos y otros ciento.
Con ellos soy felice,
Por ellos, Laura, muero;

Yo por mi sangre vivo
Si vives tú por Delio.
Venid, hijos del alma,
Venid, que gusto veros,
Peinándome las canas
Colgados de mi cuello.
Recibireis el llanto
Del paternal afecto,
El llanto que á los ojos'
Se asoma y aun contengo.
Venid: tú, Laura, goza
Y rie con tu Delio,
Y entre tus tiernos brazos
El ria satisfecho:
Que vuestro amor no sirve
Donde el amor paterno.
Despues de inquieto amante
Fuí padre, y soy abuelo.



La esperanza.

Deja que el sol se nuble,
Querida hermosa, deja,
Deja que el trueno brame
Rodando por la esfera.
Nosotros no tenemos
La gloria en la ribera,
Ni en el revuelto circo
Donde el tumulto reina:
Que nuestras diversiones
En nuestro hogar se encierran,
Y en él somos felices,
Por mas que á mares llueva.
La vijilante envidia
No aquí, mi bien, te acecha:
Con libertad te mimo,
Con libertad me besas.
Y aquí nos cumpliremos
Recíprocas ofertas,
Mientras la pobre Elisa
Del huracan se queja.



La vuelta de los Céfiros.

Los Céfiros alegres
Ya vuelven con el mayo
A acariciar las flores
Y á regalar los campos.
Con alas apacibles
De flor en flor volando,
Do quier derraman dulces
Olores soberanos.
Con ellos se embelesa
El viento embalsamado;
Con ellos se dispone
La pastorcilla al canto.
Con ellos nueva vida
Recobra el mustio prado;
Con ellos, tierna Filis,
Se olvidan los cuidados.
El bramador torrente
Que ensordeció los llanos,
Cuando hinchado corria
Las mieses arrasando,
Trocóse por ventura
En arroyuelo blando,
Y las corrientes giran
En pequeñuelos saltos.

De los floridos valles
Las lindes respetando,
Las besa silencioso
Al discurrir galano.
Del márgen de las aguas
Los Céfiros al árbol
Se elevan y alli mecen
Las hojas de los ramos.
O ya sobre sus pomas
Sensibles respirando,
Les dan sabor divino
Con mil colores gayos.
¡Oh! ¡qué tiempo, bien mio,
Tan otro del insano
En que arrebata el cierzo
La gloria de los campos!
Donde el abrojo heria
Tu delicada mano,
Tu blando pie, sonrien
De Flora los encantos.
Aqui no soplan, Filis,
Los vientos del engaño,
Ni temeroso llora
El genio encadenado.
Se mecen las delicias
En los amantes brazos
De la amistad, segura
Sin leyes ni palacios.

Ven á gozar, mi vida,
Tan divinal ornato:
Inútil te es el tiempo
Que pasas no gozando.

A unos ojos negros.

Guarda, Filis hermosa,
Los ardientes luceros,
Que cuando ardientes miran
Envidia dan al cielo.
Sus pupilas encubran
Los párpados, ó al menos
Escóndelas un tanto
Con ese oscuro velo:
Que, apenas ¡ay! los miro,
En no sé que deseos
Se abrasa y despedaza
Mi corazon inquieto,
Que en incesantes golpes
Al palpitarme el pecho,
Discurren por mi sangre
Tropeles de tormentos.
Mis ojos á los tuyos
Con avidez atentos,
De vida ya privados
Su accion y luz perdieron.

¿Por qué el cielo te ha dado
Tan dulces ojos negros,
Que entreabiertos apenas
Ya queman con su fuego,
Si á mi la ley me impuso
De contemplarlos ciego,
Y rondarlos mas firme
Cuando sus flechas pruebo?
¡Cuál las negras pupilas
Relucen, y en su centro
Retratan mi semblante
Con el dolor que siento!
Pues de esos arcos iris
Que cercan halagüeños
Los párpados de rosa,
Celages del deseo,
¿Do está quién, al mirarlos,
No siente ya el imperio,
Gozoso en el delirio
Y esclavo satisfecho?
Son ruedas que de flechas
Armó la diestra Venus,
Inmensos señoríos
A cada arpon cediendo.
¡Ay, Filis de mi alma!
Tus lánguidos ojuelos
Me han de quitar la vida,
Vana, infeliz sin ellos.

No vivo si los miro,
Si no los miro muero:
De iman tan poderoso
Queriendo huir no puedo.
Un rayo de tus ojos
Me arranca lloro tierno,
Y en lágrimas amantes
Con turbacion me anego.
¡Qué devorante llama
Qué plácido veneno
Encierran, cruda Filis,
Tus ojos hechiceros!
¡Ay, ay! ¡qué fiero estrago!
¡Qué bárbaro tormento!!
Mas yo ¿por qué los miro,
Si dicha allí no encuentro?—
No sé: Mi mal conozco,
Conozco ¡ay Dios! mi yerro,
Y adoro enagenado
El mismo mal que temo.
La mágia de tus ojos
Me arrastra en mi desvelo
A anticipar mi daño
Hasta tocar con ellos.
Aparta, Filis mia,
Aparta esos ojuelos,
O dales á los mios
Algun falaz consuelo.—

Asi rogaba á Filis
Rendido el pastor Delio,
Mas ella se gozaba
Mostrándolos mas tiernos.
Y súbito, bajando
Los párpados, el velo
Echó sobre su rostro
Con ademan sereno.
Filis, Filis, mi vida
(El dijo en alto acento),
¡Ay! dame que yo vea
La luz de esos luceros,
Aunque de amor me maten
En este instante mesmo:
Si muero á todo trance,
Morir viéndolos quiero.

Un recuerdo.

Dicen que ayer, Rosana,
Lanzaba con estruendo
Mares de inmensa lluvia
El tormentoso cielo;
Y que terror ponia
En los tranquilos pechos
La centellante nube,
El retumbante trueno:

Que tristes prorrumpian
En ayes lastimeros
Los niños asombrados
Y el asombrado viejo;
Y que la tierra toda
Con un temblor violento
Crujia, amenazando
Amargo fin tremendo.
Mas nada oí, bien mio;
Que, del peligro en medio,
Tan solo yo existia
Para el amor despierto:
Nada sentí: que entonces
Te estaba haciendo versos
Donde te digo humilde
Que te idolatro ciego.

La amenaza.

Alisio, que te burlas
De mis potentes armas,
Y piensas que á tu seno
El flechador no alcanza,
¿Por qué, entretanto, evitas
Hallarte con mi aljaba,
Y temes á mis ojos
Y al vuelo de mis alas?

Escóndete en el bosque,
O trepa á las montañas,
U ocúltate del Ponto
Bajo las hondas aguas:
Verás si mis arpones
Hendiendo van las ramas,
Tajando van los riscos,
Y el mar volviendo en llamas,
Hasta clavarte el pecho
Y el corazon y el alma,
Que es libre, si yo quiero,
Y, si yo quiero, esclava.»—
Asi el amor alegre
La libertad amaga
De Alisio que en las selvas
Altivo la proclama.

Mi cortesana en el campo.

¡Qué hermosa y que sencilla
Se ostenta en la majada
Mi idolatrada Clori,
La que me roba el alma!
En la redonda era
¡Con qué donaire baila!
¡Con qué primor del rostro
El negro rizo aparta!

Miradla, labradoras;
Miradla, como manda
Los juegos, las carreras
Y las alegres danzas.
Al pie del verde sauce,
Que crece á flor del agua,
Se esconde de las otras
Que tristes las reclaman.
Y nadie la divisa
Hasta que rie y canta,
Y entonces como el viento
Ya en otro puesto llama.
Mas, ¿dónde vá? ¡Silencio!
Tened, tened, aldeanas:
Miremos donde lleva
Las atrevidas plantas.
Alli dos haces coge,
Allá los deja, y marcha
Pisando en los abrojos
Cual sobre yerba blanda.
¡Ay qué á los panes guia!
¡Ay qué en el trillo salta,
Y al labrador sorprende
Y por detras le abraza!
¡Qué bien parece Clori
Con su túnica blanca
Junto á la negra yunta
Que rige soberana!

Amable ribcriego,
No temas: no se espantan
Tus bueyes; pues que llevan
La reina de las gracias.
En el granado circo
Mas mesurados andan,
Y del vigor perdido
Por ella se reparan.
Mi Clori venturosa
Hoy el jornal te gana,
En tanto que tú alegre
Mirándola descansas.
¡Ay mírala! contempla,
O rústico, su cara,
Que es bella como el cielo
Y fresca como el alba.
En ricos atributos
A Ceres se aventaja,
Que, si los campos pisa,
La mies espiga y grana.
Aprende de ella, aprende,
Que en sola una mañana,
Aunque nació en la villa,
Todo el centeno maja.
Tan solo como adorno
Lleva la luenga vara:
Que de aguijon le sirven
Dulcísimas palabras.

Si los robustos bueyes
Mugiendo se adelantan,
Y en el gredoso cieno
Del arenal se atascan,
Con una voz los guia,
Con otra voz los saca,
Mas nunca con el hierro
Los hiere ni maltrata.
Aprende á ser sensible,
Señor de estas yugadas,
Con quien para tí vive,
Con quien por tí trabaja.
¿No estás alegre, dime?
¿No os complaceis, zagalas?
Como un ciprés derecha
Vá Cloris en su tabla.
¡Y cuán graciosa rie
Volviendo atras la cara!
¡Y aplausos pide y vivas,
Batiéndose las palmas!
Ya deja el trillo, amigas,
Ya torna á nuestra estancia;
Ven, reina de mis ojos,
Divina cortesana....
En tanto que te llora
El labrador y exala
Suspiros amorosos
Que su pasion retratan,

Y el fuego inestinguible
Que sin querer le inflamas
Al son de las panderas
Volvámonos á casa:
Y mientras que en el pueblo
Se encienden las lumbradas,
De tus ardientes ojos
Me abrasaré en la llama.

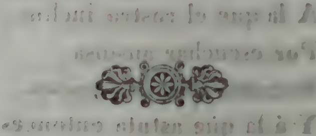
Al Sr. D. Manuel María Cambronero.

Deja de hablar, ó Fabio,
De grandes y sublimes
Sucesos de guerreros
Que fueron infelices,
O la paz envolvieron
En turbulentas lides,
Como al fácil troyano
La cólera de Aquiles.
Ni al orador latino
Que á Roma sobrevive,
Y á par del raudo tiempo
Famoso, eterno-existe,
Recuerdes arrobado
Enmedio de los brindis:
Ya se que Iberia toda
Su Ciceron te elige.

Ya se que tus acentos
Y tu constancia mides
Con griegos y romanos
De Astrea en los confines,
Cuando potente arrancas
Sus máscaras al crímen,
Y la virtud defiendes
Y la maldad persigues,
Desde el honroso escaño
Con armas invencibles,
Impetuoso y dulce,
Enérjico y sensible.
Ya sé que eres escudo
De hermosas infelices,
De la viudez llorosa,
De la horfandad que jime,
O del buscado mozo
Contra la falsa vírgen,
De España y de sus glorias
Y de los pueblos libres.
Mas no, mi dulce Fabio,
En este instante olvides
Que estamos entre damas
Que solo amores piden.
Mas precian de Cupido
Las flechas, y los chistes
De Baco, que de Astrea
Los elevados timbres.

Remeda como artero
Por nuevas paces riñe
El amoroso Delio
A su inocente Filis:
Como la tierna Silvia
Desden y celos finje,
Porque Dalmiro llore,
Que ya á sus pies se aflije:
Como á Thalidio el noble
Quiere robar su Tisbe
El codicioso Adonis
Que á tres zagalas sirve.
Ensalza sus colores
De rosas y alelíes,
Y el delicado talle
Y el cinturon que ciñen.
Del rojo cariñena
De las paternas vides,
Pisado en tus lagares
Con plantas varoniles,
Ofrécele una copa
A la que el rostro incline,
Por escuchar ansiosa
Secretos que improvises.
Y á la que astuta entonces
El beso te adivine,
En plácido silencio
Por uno dale quince.

Tu sin igual donaire
De nuevo á Laura avise
Que aguarden igual premio
Sus labios carmesíes.
Para el soberbio foro,
Do magestad preside,
A Demóstenes deja
Y á Túlio y á Pericles.
Si de una fembra hermosa
Bello galan naciste,
Es tuyo el ensalzarla
Entusiasmando á Nise.
El orador que puso
Ternura en fieros tigres,
Bien puede derramarla
En ánimos sensibles.
De Laura las promesas
Con dulce ardor recibe:
Que, aunque eres viejo, tienes
Alientos juveniles.



El ruego indiscreto.

Pide el pastor Albino
Amor á su zagala,
Rendido y cariñoso,
Al despuntar del alba.
Amor le pide, cuando
Toda su luz derrama
El sol al hondo valle
Do pacen las manadas;
Y amor cuando el silencio
Domina la campaña,
Y Febe soñolienta
Sonrie desmayada.
En tanto que la aurora
Se anuncia en la algazara
Del ruiseñor que trina
Y el labrador que canta,
Albino á su pastora
Dirije mil plegarias,
Y adora ausente y triste
A su querida ingrata.
Suspende el jornalero
Los golpes de la hazada,
Y en la silvestre mesa
Recobra aliento y calma;

Y Albino llora entonces
Su vida y sus desgracias,
Y ofrece por despojos
A su Rosana el alma.
En breve y duro lecho
Los rústicos descansan,
Cual sobre blanda pluma
Y en esquisita holanda:
Y el desdichado Albino
La noche entera pasa
Despierto con las penas
Que su tormento agravan;
Y cuenta á las estrellas
El fuego que le abrasa,
Los males que padece,
Las dichas que le faltan.
Les dice cual se agosta
La flor de su esperanza
En el profundo abismo
De la confusa nada.
Los ayes lastimeros
Que en su dolor exala,
El nuncio son de muerte,
De muerte despechada.
Mas la pastora linda,
De amor escarmentada,
Recibe las querellas
Indiferente y sábia.

Desque la vez primera
Salvó de las borrascas
Del Dios su triste vida
En una angosta tabla,
Ni quiere mas contiendas,
Ni los peligros ama
Del que en las crudas lides
Por el amor batalla.
De Venus Citerea
Presiente las hazañas,
Y teme que sus dones
Un triste don le traigan.
Ni á compasion se mueve,
Como otro tiempo grata:
Que ó tierna se comprime,
O esquiva el yugo cauta.
Por el contento jime;
Pero la flecha insana
Aun pende de su pecho
Con fiero ardor clavada.
Le falta á la infelice
Valor para arrancarla,
Y llora consintiendo
Que le traspase el alma.
Para sanar la herida
El bálsamo prepara
Que la amistad ofrece
En sus tranquilas ansias.

Las nobles ilusiones
Prefiere á las mezcladas
De negras amarguras
Que el breve gozo acaban.
¡Qué suerte la de Albino!
Tal vez en vano clama
Por la suprema dicha
Que aun moribundo aguarda.
¡Quién fuera en este instante,
Quien fuera esa Rosana,
Para ofrecer al triste
La gloria soberana!
Yo sé, Rosana hermosa,
Que ese pastor no engaña,
Y para tí el secreto
De hacer felices guarda.

Una leccion.

Cuando las albas teclas
Hiriendo, dulce Filis,
Las cuerdas sonorosas
Del instrumento vibres,
Procura que de amores
Tu corazon palpite,
Si anhelas de Citeres
Pintar las blandas lides.

Y elevarás tu mente
A la rejion sublime
Donde se oculta el trueno
Y do los rayos jimen,
Para que al son templado
Y al ronco son terrible,
Con rápido ardimiento
La tempestad imites.
Si de la dulce patria,
Que huérfana se aflije,
El lamentar profundo
Con hondo acento dices,
O el español valiente
De viles yugos libre
Que renovó los hechos
De Césares y Cides,
Verás como mis ojos
A tu cantar reviven,
Y lloran si tú lloras,
Y gozan si tú ries.
Mas ¿quieres que tu fama
Resuene desde Alcides
Hasta el inculto bosque
Do los isleños viven?
Ensaya los cantares
Del ínclito Rossini
Que del celeste Apolo
Salvó las altas lindes.

Sensible á sus encantos,
Con modular felice
Penetrarás del alma
Los senos invisibles.
Modelos tan divinos
Constante y grata sigue,
Y un dia serán flores
Cuantas espinas mires.
A los escollos fuertes
Opon desvelos firme:
Minerva adora siempre
A quien su don recibe.
Así la dura roca
Inmóvil ve y resiste
Atropellados montes
De mares que la envisten.
La senda de tu gloria
Constantemente sigue,
A tu ventura atenta,
Famosa como humilde:
Y siendo tú dichosa
Harás á otros felices,
Y yo diré orgulloso
El nombre de mi Filis.
Y en los pórticos bellos,
En lúbricos convites,
En bélicos torneos,
En danzas y festines,

A tí dirán primero
Entusiasmados brindis
El jóven que te adore,
La dama que te envidie.

Viage al templo de Baco.

MENALCAS. — DAMON. — ALICIO.

Menalcas. De Baco al dulce templo
Partamos ora alegres,
Mil himnos entonando
A Baco y á Citeres,
Ora que á los mortales
No aflije el sol ardiente,
Y que en los anchos bosques
Reina la blanda Febe.
Mientras á juegos torpes
El cortesano entregue
Los ocios de su vida
Ya femenil y muelle,
Las hondas escudillas
Apurará tres veces
La rueda, y otras tantas,
Y aun ciento si os cumpliere.
Damon. Y mientras sobre el oro
El crudo avaro duerme,

Soñando de la estafa
En el feroz deleite,
Nosotros recostados
Al pie de aquella fuente,
De aquel frondoso valle
Sobre la alfombra verde,
Tranquilos y contentos
Veremos desprenderse
Y súbita ocultarse
La exalacion celeste.

Alicio. Veremos cual las hojas
De los castaños mueve
El ala vagarosa
Del cefirillo leve,
Y como silencioso
Del álamo desciende,
Y con su aliento frio
Regala nuestras frentes.
Con planta fujitiva
El delicioso ambiente,
De yerba en yerba dando,
Su flor apenas mueve.
Discurre susegado
El montaraz torrente,
Y sobre el fresco márjen
Su claro aljófar llueve.
Dudosa luz querida
En las campiñas vierte

El astro de la noche
Desde el templado oriente.
Menalcas. Venid al templo hermoso,
Partamos, ¿qué os detiene?
Ni el crimen allí habita,
Ni Marte dicta leyes.
Ni allí tropezaremos
Con las malignas redes
Que el escondido dolo
A la inocencia tiende.
Si á alguno atormentaren
Cuidados de los reyes,
Hasta el soberbio alcázar
A disiparlos vuele.
Mas si cuidados solo
De amor y agravios tiene,
O le persigue airada
La desdeñosa suerte,
Olvide sus rigores
Y entre nosotros quede
Y del amor y el vino
Aguarde los placeres.
Damon. ¿Y cómo al sacrificio
Iremos? ¿Con afeites,
Con trajes delicados,
Con rosas y claveles?
Menalcas. Jamás: en los torneos
De la sencilla gente

Tan solo son hermosas
Las vedijudas pieles.
Para beber buen mosto
Y fresca y blanca leche
No ha menester la boca
De plata ni oropeles.
A las zagalas lindas,
Que con nosotros vienen,
Ordénoles que vistan
Los encarnados dengues.
Aunque aldeanillas sean
Y hermosas, son mugeres,
Y, si las selvas aman,
Por los adornos mueren.
Ea, muchachos, vamos,
Antes que el fuego cese
Que en vuestras almas arde,
O languidezca débil.
Aunque estoy viejo y cano,
Y ya setenta veces
Pasar el año he visto
Por mi redil de cesped,
Al veros animados
Recuerdo mis niñeces,
Y para el dulce vino
El labio no envejece.
¡Qué llano es el camino!
Ni los abrojos hieren,

Ni la maleza estorba,
Ni silban las serpientes....
Este es el templo, mozos;
Aquel el Dios potente
Que los agudos males
Sabe trocar en bienes.
Sus aras son sus pipas
De muy antiguas creces,
Que con su olor divino
Las almas engrandecen.
En vez de mármol rudo,
Se ostenta entre paredes
De vides, enlazadas
Entre mil cañas verdes.
Componen la corona
Con que adornó sus sieñes
Espléndidos follages
Y rubios moscateles.
Aqui bebamos todos
Hasta morir rientes,
O hasta que el alba triste
De nuestra paz se vengue:
Que el jerezano dulce
Y el líquido de Yepes
Contra la misma Parca
Nos armarán valientes.
Amor y vino y brindis
Al que á su Filis bese,
:

Y en el amor y el trago
Compitan los donceles.
Si en amor jubilado
El ciego Dios me tiene,
Por cada beso ageno
He de beber tres veces.
Asi lo manda Baco,
Dijo Menalcas: bebe
Y apura una ancha taza,
Y está para otras veinte.
Imítanle gozosos
Los locos mozalbetes,
Y en brazos de Morfeo
El alba los sorprende.

Los bienes ciertos.

El lírico de Teyo
Con el amor y el vino
Burlaba de la suerte
Los ásperos caprichos.
Y yo su tierno alumno
Sus blandas huellas sigo,
Y entono mil cantares
A Baco y á Cupido,
Las penas olvidando
Del bárbaro destino,

Si vivo entre muchachas
Y entre licores vivo.
¿De los alzados puestos
Qué vale el atractivo
Donde Amira los ojos
Compone en blandos giros?
Qué vale la esperanza
De bienes infinitos
Al lado de los goces
Presentes do estasío?
Ea, muchachos, caiga
El Valdepeñas tinto,
Y tú, mi bien, apura
La copa que te brindo.
Bebamos, ensalzando
De Venus los hechizos,
Y allá dispute el griego
Con otro sus dominios:
No quiero yo buscarme
La gloria en los peligros,
Ni en pos de sombras vanas
Andar jamás perdido.
El Dios de los amores
Y el Dios de los racimos
Ofrecen bienes ciertos:
Sigámoslos, amigos.

Mi aficion.

Vivir entre muchachas
Es mi constante anhelo,
Y, por morir alegre,
Morir entre ellas quiero.
Que Venus hizo blando
Su corazon al ruego,
Y son de nuestros males
El único consuelo.

En un convite.

El vino te remoce,
O respetable Delio,
Y alterna con nosotros
En el festin y el juego.
¿Qué importa que se rian
De ti los otros viejos,
Si rien envidiosos
Y tú te burlas de ellos?
Recuerda tus niñeces,
Y apura el vaso luego:
Para cuidados graves
De mas te sobra el tiempo.

Mas vale, si, caerse
Beodo y soñoliento,
Que no perder en crudos
Afanes el sosiego.
¿Por qué suspira el hombre
Sino por el contento?
Pues bebe; que sin tasa
Baco le dá. Gocemos.

Una época de mi vida.

Pedile al Dios vendado
Con ruego encarecido
Una sensible amante
De talle y rostro lindo,
Cuando apenas frisaban
Mis años fugitivos
Sobre los veinte abriles
En que despierta el brio.
Y Amor, dejando el arco,
Escoge un caramillo
De voces celestiales,
Y asi riendo dijo:
«Este instrumento sacro
Pulsó una vez Batilo,
Y en él vertió el aliento
Del genio que te inspiro.

Recíbele dichoso,
Con él te queda, Anfriso,
En cambio de la gracia
De un corazon rendido.
Dos lustros sin amores
Aún vivirás tranquilo;
Pero entretanto dulce
Dirás amores finos
A ideales bellezas,
Con tal verdad fingidos,
Que acaso como ciertos
Los miraré yo mismo.
Mas tarde de Sofía
Irás al templo altivo,
E informará tu mente
Su respirar divino.
Entonces á tu ruego
Responderé benigno,
Y amor tendrás y amante,
Sin sustos ni peligros.»
Asi contento y ledo,
Del blando Dios de Gnido
Cumpliendo los mandatos,
Entre delicias vivo.
A hermosas, que me ideo,
Favor y amores pido,
Con ellas hablo tierno,
Por ellas ¡ay! suspiro.

¿Es ilusion? ¡Qué importa!
En la ilusion me miro
Feliz mas que el amante,
Si un verso dulce escribo.
La ilusion es el gozo
Que forma los deliquios
De los humanos bienes:
Sin ella son perdidos.
Así de mil esclavos
Del fiero amor me rio,
Al ver que con mis versos
Sus penas adivino.
Y espero sosegado
A que el amor benigno
De amores me corone,
De rosas y de lirios.

Los amores inocentes.

El niño Fileno
Y Delia la niña
Se fueron á un bosque
Donde el sol no brilla.
Llegaron jugando
Con plácida risa,
Sin pensar en padres,
Maestro ni amiga.

Y bajo de un cesped
De sombra benigna
Felices durmieron
Su larga fatiga.
El aura que suena,
Y el ave que trina,
Y el agua que bulle
Su sueño acarician.
Despues de pasadas
Las horas estivas
Despiertan, y absortos,
Cobardes se miran.
En nuevos encantos
Y en nuevas delicias
Sus almas hermosas
Pensando se ajitan.
Placióles el sueño,
Y al sueño se incitan,
Y otra vez durmieron,
Y amor los inspira.



La paga doble.

Ayer, Filis hermosa,
Con gracia y con cariño
Me diste de tu huerto
Un bello clavelito:
Y por él me pediste
Un beso el mas rendido,
Y en tus labios de rosa
Yo le imprimí festivo.
Pues mira, que hoy te traigo
Dos claveles del mio,
Y por ellos ahora
Te quiero dos besitos.

Todos aman.

Caricias ama el niño,
Y, á sus encantos dócil,
En el materno seno
La linda mano esconde.
Cargado de laureles
Del áspero Mavorte,
A la beldad amable
Caricias pide el jóven.

Si la vejez helada
Suspira por honores,
En el altar de Venus
Todas sus galas pone.
El codicioso avaro
No teme ya ser pobre,
Si del amor benigno
Probó las ilusiones.
Al pie de sus banderas,
Postrando sus blasones,
Estáticos se rinden
Los hombres y los dioses.
El cantor de las selvas
Aprende nuevos sones,
Y la zagala hermosa
Derrama nuevas flores.
Allí rústica mano
De cetros mil dispone,
Y la corona ciñen
Los cándidos pastores.
Allí todo es delicias....
¿Y tú me ordenas, Clori,
Que del amor olvide
Las plácidas lecciones?
¿Quién, una vez dichoso,
Ser infeliz escoje,
Y en calma indiferente
Vivir por siempre inmóvil?

No pidas imposibles,
O dame un pecho donde
Se quiebren y deshagan
Del Ciego los arpones.
No pidas imposibles
A quien suspira amores,
O deja de ser bella,
Mi idolatrada Clori.

A Laura desdeñosa.

No engañan, bella Laura,
Tus ojos hechiceros,
Ni mienten de Ciprina
El devorante fuego.
El céfiro jugando
Lascivo en tu cabello
Aspira los aromas
De tu amoroso aliento.
Hablan de amor tus labios
En plácido silencio:
Amor callada envias
Del ajitado seno.
Tú para amar naciste;
Tú para ser de Venus
Rosal con hoja y fruto
Naciste al universo.

Y cuando mas pretendes
Con leves devaneos
Parecer libre, entonces
Con lazos mil te veo.
Deja, arterilla, deja
Los desdeñosos juegos,
Y, en vez de vanos triunfos,
Aspira á bienes ciertos....
¿Qué valen las lisonjas
Del mísero Fileno,
Si son de amor inútil
Inútiles señuelos?
¿Le ofreces con sonrisa
Un mimo de tu afecto,
Tal vez por dar en ojos
Al humildoso Delio?
¡Simple de tí! ¿No sabes
Que puede avaro el tiempo
En un instante solo
Robarte ambos trofeos?
¿No vale mas, ó Laura,
Hoy un ardiente beso,
Que la esperanza triste
De darte á amores nuevos?
A mil esclavizando,
Estéril es tu imperio,
Estéril: ilusiones
Serán tus clamoreos.

Corta al engaño el nudo,
Y con tu amante tierno
Aprende á ser dichosa;
Que en ser feliz no hay riesgo:
No sea que impasible
Te obligue el hado fiero
Con lágrimas tardías
A importunar los vientos.

El regalo campestre.

Atravesando el valle
Con esta cantarita
De leche, á tí la traigo,
Pastora de mi vida.
Y toda te la ofrezco,
Pues ella es las primicias
De aquellas dos ovejas
Que en tanto precio estimas.
Mas, porque nada falte
En esta ofrenda fina,
Las ordeñé yo mismo
En tanto que pacian.
Es tan dulce su leche
Cual dulces las caricias
Que á veces recatada,
Sensible me prodigas:

Mas blanca que la nieve
Que cubre las campiñas,
Mas fresca que en el árbol
Jirándula muy fria.
Vámonos, pues, pastora,
Bajo de aquella encina,
Do están otros zagales
Con sus zagalas lindas.
Mas pruébala tú antes,
Mi regalada Silvia,
Y luego satisfechos
Iremos entre risas.
Yo la cántara llevo,
Tú lleva la escudilla
En una mano, en otra
El pan para las migas.
En rueda nos pondremos,
Y tú á mi vera misma,
Y escanciaré la leche
Que á largo sorbo brinda.
Pero tú, mi adorada,
Serás la preferida,
Y empezará la rueda
Por tí, mas que me riñas.
Y cuando murmuraren
De entrambos con envidia,
Hablándose en secreto,
Y luego necias rian,

Solo quiero que entonces
Risueña tú les digas:
»Anfriso es quien me ha hecho
Esta fineza, niñas.»

Quien vence al amor.

Guarda, Cupido, guarda
El arco omnipotente,
Y enrolla las banderas
Que destronáran reyes.
Ni ya las crudas flechas
Con el dedillo pruebes,
Si contra quien lanzarlas,
¡Ay infeliz! no tienes.
Porque ya los amantes
A tu pesar entienden,
Qué aquel, que mas te huye,
Aquel es quien te vence.



El amor casual.

A la benigna sombra
De una pomposa encina,
Por cuyo pie un arroyo
Con lento curso jira,
El niño Delio andaba
Jugando con su Amira
Una tarde del mayo
Al fenecerse el dia.
Lanzarse el uno al otro
Las blancas piedrecillas
De los contornos, era
Su juego y alegría.
Así las horas daban
A la inocente risa
En repetidos cambios
Sobre la yerba umbría.
Mas entretanto alegre
Cupido les afila
Dos flechas, recatado
Tras de una mies vecina.
Y luego á sus dos pechos
Certero se las tira,
Y del amor les abre
La mas sabrosa herida.

Entonces los zagales
Dejar la fiesta ansían:
Que á ignorados placeres
Cupido los ostiga.
Y por la vez postrera
Rieron.... se estasían:
Y de Amira en el halda
Juntaron ¡ay! las guijas.

Un coloquio.

¿Por qué, Filis amable,
Me pagas con desvios
Los cándidos halagos
De mi eternal cariño,
Si en tu pecho se agita
La llama que en el mio,
Si tú tambien deseas
El premio que te pido?
Si en esa boca hermosa
Te diera yo un besito,
¿Tu madre conociera
El mas ligero indicio?
Solos estamos, solo
Nos mira el jilguerillo,

Y él so lo nos escucha
Entreabierto su pico.
Besémonos, amada,
Mil besos repetidos,
Y él cante nuestras glorias
En regalados trinos.
Y descansemos luego
De tanto regocijo,
Jurando con los ojos
Amor eterno y fino.
Y luego muchas veces
Probemos los hechizos
De lánguidas miradas
Y lánguidos gemidos.
Asi ledos gocemos
Hasta escuchar el ruido
De la puerta girando
Sobre el chillante quicio.
Entonces, serenando
Los rostros encendidos,
Tú tomarás la aguja,
Yo tomaré este libro.
Y en entrando tu madre
Le das otro besito,
Y á tu labor te vuelves,
Y luego sonreimos.

El enfado ligero.

Enojóse Dulcidia
Con su adorado Anfriso,
Jurándole severa
Eterno y fiero olvido.
Llamóle mil apodos,
Con el semblante altivo,
Que oyó calmoso siempre
El amador sumiso.
Mas él en pos artero
Exala un fiel suspiro,
Y luego triste esclama:
«¿Me olvidarás, bien mio?»
Guardó la niña el rostro
Detras de su abanico,
Y sin alzar la frente
«Yo no lo sé» le dijo.



El castigo.

Sentado un amorcillo
Sobre la estrecha via
Que forman las dos pomas
De la celeste Amira,
Posando sobre un dedo
La celestial mejilla,
Sus ojos asomaba
Y artero sonreia.
Mas ocultaba el falso,
Con pérfida malicia,
Las bien templadas flechas
De mi inocente vista.
Asi el rosal hojoso
Encubre las espinas
Del pie con el follage
Donde las rosas brillan.
Le ví, por mi ventura,
O por desdicha mia;
Yo le contemplo ledo,
Y él plácido me mira.
Me llama, y con dos flores
El taimado me brinda;
Y loco por cogerlas
Me lanzo á recibirlas.

Mas, cuando me ve cerca
Del cielo que me hechiza,
Saca la aljaba oculta
Y rápido me tira
Dos flechas en un golpe
Al alma enternecida,
Que por la vez primera
Gimió de amor cautiva.
Asi la aleve abeja,
Que calla adormecida
Entre los clavos de oro
De una azucena altiva,
Hiere la triste mano
Que incauta la registra,
Y en pos zumbando vuela
A la otra flor vecina.
Herida siento el alma;
Y el hijo de Ciprina
Celebra su victoria
Cantando mi desdicha.
No mas presuntuosa
La astuta sierpe pica,
Erguido el rojo cuello,
La planta que la pisa;
Y, revolviendo fiera
La centellante vista,
Soberbia se envanece
Y entre el ramage silba.

Sujeto á los rigores
Que el crudo Dios me envia,
Le pido que se duela
De mi afliccion maligna.
Y asi me dice el falso:
«Quien del amor se fia,
Incauto y sin apoyo,
Facil galan peligra.»
Esclavo, esclavo triste
De la altivez de Amira,
En tanto que ella quiera,
Arrastrarás la vida.
Y aprende en tus pesares
Que del amor las dichas
Primero es merecerlas
Y luego conseguirlas.»

La niña hermosa.

Mi nueva palomita,
Cuando del nido sale
A remedar el vuelo
De su amorosa madre,
Al bosque la acompaña
Y á los laderos valles,
Do en torpes movimientos
Las tiernas alas bate.

Arrullos temerosos
Formar apenas sabe,
Y, si muy alto vuela,
Temblando al suelo cae.
Mas esta palomita
Será quien á las aves
Mas lindas en primores
Y en vuelo se aventaje.
Nació con formas bellas,
Los ojos de azabache,
Bordados con dos cintas
Mas rojas que corales:
Un pico como el oro
De tricolor esmalte,
Y el pecho asaz dispuesto
Del viento á los embates:
Las alas poderosas
Lijeras y suaves,
Y sobre todo en ellas
Un liberal plumage.
Y cuando el jilguerillo
Y el águila triunfante
De esta avecilla vean
Las formas desplegarse,
Perdiendo su prestigio
Le cederán iguales
El mas sublime espacio
De la espansion del aire.

Asi tú, Silvia hermosa,
Honor del Manzanares,
Espiga de oro puro,
Tesoro de brillantes,
Dominarás del monte
A los profundos valles,
Y hasta el alcázar fiero
Desde la choza amable.
Muy niña te presentas
En salas imperiales,
Y ya de celos gimen
Tristísimas beldades.
Si el pie tímida guias
En los soberbios bailes,
Domina el atractivo
De tu candor afable.
Ya desde ahora luces
El delicado talle,
El rostro de hermosura
Las gracias celestiales.
¿Te acecha atormentada
La envidia vigilante,
Y amores venideros
Medita arrebatarte?—
En ellos inocente
No empleas tus afanes;
Mas Venus que te sirve
Publica lo que vales,

Y ofrécete, en pensiles
De rosas inmortales,
Las flores que la envidia
Pretende destrozarte.
De niña eres temida;
¿Quién hay que á tí se iguale?
¡Y quién será el dichoso
Cuya ventura labres!

El dia de Filis.

Hoy torna, linda Filis,
La aurora apetecida
Que aumenta tu hermosura
Y aun mas la pena mia.
Hermosa humilde, reinas
De nuevas galas digna;
Y la virtud que adoras
Tu bello rostro anima.
Ya las aves canoras,
Como nunca festivas,
En trinos se deshacen
Celebrando tu dia.
Mas bella el alba bella
Sus perlas anticipa,
Y los helados campos
De flores mil matiza.

El sol, por saludarte,
Parece se desquicia
Del eje sempiterno
De do la luz envia.
En tanto los zagales
Y las pastoras lindas
Absortos enloquecen
En inocente trisca.
O bien el baile dejan
Y moscatel te brindan:
Le pruebas y cien tazas
La rueda luego empina.
O ya tambien que trisques
Cobardes te suplican,
Y bailas é ignorante
Mil almas esclavizas.
¡Con qué donaire mueves,
Serrana hermosa mia,
Del breve circo enmedio
La planta fugitiva!
Si en tornátiles juegos
Gentil el cuerpo agitas,
¡Ay! ¡cómo el blanco traje
Al vago viento envias!
Del pecho los tesoros
Se ocultan á mi vista
So la nevada toca
Y las cruzadas cintas.

Mas, ¡ay! el pensamiento
Osado los registra,
Y el alma apasionada
Que bellos que los pinta!
Con morbidez suave
Desnudo el brazo oscilas,
Y en natural desmayo
La sien gallarda inclinas.
En languidez hermosa
Tu penetrante vista
Recorre con dulzura
Lo que la planta pisa.
El Céfiro halagüeño
En torno á ti suspira,
Y mece blandamente
Tu cabellera riza:
O ya se posa fácil
En sola una sortija
Que, en tu frente jugando,
Su blanca nieve aviva.
Y entonces donairosa
Con tu mano divina,
Sin que dejes la danza,
Sepárasla de encima.
¡Ay! deja el baile, Filis,
Déjale, por mi vida;
Pues, á par que tú bailas,
Me abraso en llama viva.

Asi jamás los años
De la vejez marchita
Escondan la hermosura
Que en cuerpo y alma anidas.
Y humilde la fortuna
A tus caprichos sirva,
Y tus seguros pasos
Eternamente siga.

La vida de los pajarillos.

El pajarillo alegre
Se mece con las ramas
Del bosque, y sus amores
En ellas libre canta.
Señor del campo inmenso,
Las horas descansadas
Y el tiempo fatigoso
Entre delicias pasa.
Huyendo tardamente
Por las espesas hayas,
Al compañero avisa
Su gloria ya cercana:
Y, cuando el pico siente
En sus abiertas alas,
Con libertad se rinde
A las comunes ansias.

Si los rayos de Febo
Con su calor le abrasan,
Del árbol á la fuente
A refrescarse baja.
El hambre, gusanillos
Y frutas se la apagan;
La sed el agua pura
Que el suelo fértil baña.
Si duerme, el cefirillo
Vela su sueño en calma,
Y aromas de las flores
En torno le derrama.
Si el rayo le amedrenta,
Si teme las borrascas,
Y el abrasado plomo
Silbando le acobarda,
Del mundo desconoce
Las vergonzosas tramas
Que el dolo á las virtudes
Colérico prepara.
Si el cazador impío
Las selvas no profana,
Su libertad, su dicha
¿Que Soberano iguala?
¡O quien tuviera, Filis,
Contigo y mi cabaña,
Del pajarillo alegre
La vida regalada!

Que todas las angustias
Que él en el campo pasa,
Al lado de una pena
De la ciudad son nada.

LA AMISTAD.

Al Sr. D. Manuel María Cambronero.

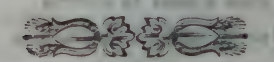
En brazos de la suerte
Llevado á tierra ajena,
Donde el contento rie,
La gloria y la riqueza,
Donde prodiga el cielo
Su misma omnipotencia,
Ni fuí dichoso, Fabio,
Ni tuve mas que penas.
Cuando la ansiosa vista
Tendí la vez primera
Por la opulenta córte
Que al mundo señorea,
Mentidas ilusiones
Finjieron mi existencia
Colmada de delicias
Y libre de tormentas.
Mas luego el desengaño
Corrió la falsa venda

Del grato error, y entonces
Vertí lágrima acerba.
Un ay, un fiel suspiro
Del fuego que alimenta
El corazon, las ansias
Que adormecí despierta.
La espina del recelo
El alma triste aqueja,
Y la flor seductora
Deshecha al aire vuela:
Tu bondadosa imágen
Me busca y me rodea
En medio á los festines
Y en medio de las selvas.
¿Qué vale, repetian
Mis labios, que del Sena
Contemple yo las ondas
Correr al mar soberbias,
Si mi doliente llanto
Corre tambien con ellas,
Si bajo el sol radiante
Suspiro entre tinieblás?
¿Qué sirve á mis deseos
Vivir la patria eterna
De libertad, si oprimen
Mi cuello las cadenas?
¿Qué importa en los altares
De la moderna Atenas

Ver al olimpo alzarse
Las artes y las ciencias,
Si otros encantos pide
Mi pecho, á que no llegan
Del oro los prodigios,
Del sábio las tareas?
Sin los consuelos, Fabio,
De tu divina lengua,
El mismo bien me clava
Del mal la aguda flecha.
El mal me dura siglos,
Las glorias me envenenan,
Y Jove, á todos grato,
Contra mí solo truena.
Cien veces condolidos
Oyeron mis querellas
Los manes de la noche,
Las bóvedas etéreas:
Cuando improviso rayo
Junto á mis pies se estrella,
Trayendo de las iras
Toda la rabia inmensa.
Al pálido reflejo
De lívidas centellas,
La sierpe de la envidia
Silbando me rodea:
El mónstruo furibundo
De la calumnia negra

Con su sonrisa amarga
La torva faz me muestra.
Lloré, lloré: testigos
Son, Fabio, de mi afrenta
Los ecos de la historia
Que mi dolor te cuenta.
Un profundo jemido
Lanzaba el alma tierna
A la memoria dulce
De la perdida prenda,
Que tímida inocente,
Llevada á ignota senda,
Oyó como verdades
Mentiras lastimeras.
Mas todas mis angustias
El sacro honor me cuesta,
Que ennegrecer osáran
Emponzoñadas fieras.
Yo las perdono; el dia
De mi ventura nueva
Amaneció brillante
Sin la tendida niebla.
Torné á mi patria hermosa,
Veloz como la cierva
Que busca el fresco rio
Para vengar la ofensa....
Ya está, ya está vengada;
Contra tu seno estrechas

Al pobre Anfriso, y borras
Hasta del mal las huellas.
¡Cuán descargada siento
Mi frente, que se eleva
Al cielo soberano
Tranquila y satisfecha!
Santa amistad, escusa
Mis lágrimas, y prueba
Uno de mis suspiros
Para estimar la ofrenda.
No quiero estraños climas
Buscar, si en tí se encierran
De la virtud los dones,
La gloria de las letras.
Tú, que en los siglos vives
Y el porvenir penetras
De las edades, oye
Mi noble prez sincera.
Si de constante amigo
El nombre no me niegas,
Del cielo las rejiones
Son á mi gozo estrechas.



LA DESCONFIANZA.

Cancion.

¡Oh! ¡qué pena tan bárbara aflije
Sin cesar mi destino severo!
El tesoro de amor por que muero
No me dejan los hados gozar.
¡Oh! ¡qué bien pequeñuelo jugaba,
No sintiendo de Venus el fuego!
Por el cielo, deidades, os ruego
Que á aquel tiempo feliz me volvais.
¡Qué delicias entonces sentia
Sin cuidar de las rápidas horas,
Solo yendo las aves canoras
A enlazar silencioso en mi red!
¡O sentado á la orilla del rio
Con mi Delio las aguas mirando,
En su espejo con risa notando
Otros labios riendo á la vez!
¡O ya en ellas tirando embebidos
Piedrecillas, que blandas se hundian,
Donde círculos breves nacian,
Y crecian en torno despues!
De la paz el contento gozando,
No turbaba el temor nuestra gloria;

Mas hoy dobla mi mal la memoria
De mi alegre tranquila niñez.

Nace el alba de grana cubierta,
Brilla el sol de sus rayos cercado,
Deja el cielo la noche entoldado,
Y yo siempre muriendo de amor.
Yo idolatro á Rosana la hermosa,
De virtud y de gracias modelo;
Mas ¿qué importa, que importa, si el cielo
Me condena á perpétuo dolor?

Idolatro la hermosa que humilde
Ostentar el orgullo no sabe:
Que en su pecho celeste no cabe
Con imperio cruel dominar.
Ella acepta mis dones señora;
Ella rie conmigo halagüeña,
Mas su madre feroz me desdeña
Y deshace sus votos tenaz.

Mi adorada respeta los lazos
De la sangre que hierve en sus venas,
Y, si siente mis bárbaras penas,
Cede al fin á la voz maternal.
¿Qué me importa que llore y suspire,
Cuando triste suspiro y padezco,
Si su mano ¡ay de mí! no merezco,
No pudiendo á su madre ablandar?

¿Qué me vale adorar solamente
Y escuchar del amor el acento,

Sin aquel suspirado momento
Que dos almas aduna en placer?
¡Oh tormento cruel de mi vida,
Que aborrezco frenético y lloro!
No me brindes en copas de oro
Tu invisible amarguísima hiel.
Cuando el sol del oriente se lanza
A la bóveda inmensa del cielo,
Así brilla en los montes de yelo
Como quita el desmayo á la flor.
Mas yo en vano á los vientos fatigo
Con amantes sensibles clamores:
Que á halagar unos tristes amores
No descienden los rayos del sol.

La súplica.

¿Qué á mí del noto soberbio,
Ni de la cárdena nube
Que al lúgubre cielo sube
Terror y muerte á lanzar?
Ya no me aflije, deidades,
El campo de estragos lleno,
Ni oir retumbar el trueno,
Ni rujir la tempestad.
Silba en torno de mi frente
El vendabal furibundo,

Retiembla ajitado el mundo
Por el jigante del mal:
Y yo, Rosana querida,
Yo entonces tierno te adoro:
Solo á tí, solo te imploro
Como á mí numen de paz.
Sobre mi se engendra el rayo,
Y, fuego inmenso arrojando,
Vá los espacios cruzando
Cual Jabelina fugaz:
Llama horrible me circunda
Y hondo sepulcro me espera;
Mas solo, al morir, me altera
La imágen de tu beldad.
En otro tiempo contigo,
Hermosa del alma mia,
Por estas selvas corria
Y por la playa del mar.
Allí los dos generosos
¡A cuántos dimos consuelo!
Allí curó nuestro celo
Las angustias de un zagal.
Eran tus leyes mi acento,
Tu blanda voz me guiaba;
Nuestro amor se sustentaba
Con el bien de los demas:
Ora la agena desdicha
Y el placer me son iguales;

Ni ya evito de mis males
La conjuracion voraz.
¿Qué has hecho de mi, traidora?
¿De mi corazon qué hiciste?—
Otro en mi pecho pusiste,
Como el acero, tenaz;
Pues ni á compasion se inclina,
Si contemplo al mar horrendo
En sus abismos hundiendo
La riqueza occidental.
Un corazon me dejaste,
Preso en amarga memoria,
Tan insensible á la gloria
Como al sabroso penar:
Un alma helada que apenas
Siente el amor de la vida,
Y á quien de estarte rendida
Tan solo el ansia le das.
¡Si en tanto conflicto al menos,
Cómo el hado me depara,
Piadosa la voz sonára
De tu boca angelical!
Pero ¡ay de mí! sumergido
En perpétua desventura
Respiro no mas, perjura,
Para quererte y llorar.
Vuélveme tu amor, ingrata,
Aquel amor delicioso,

Aquel inquieto reposo,
Aquel tierno suspirar;
O restitúyeme al dia
En que, por ceñir tus lazos,
Dejé los amables brazos
De la benigna amistad.



CANCION PATRIOTICA.

CORO.

Soldados ciudadanos
Del gran libertador,
La patria salvarémos,
Al grito de la union.

1.ª

Del uno al otro polo,
Renuevos de Pelayo,
Cruzó volando el rayo
De libertad y honor;
Y el céltico castillo
Donde alumbró primero,
Ya ostenta al orbe entero
La enseña tricolor.

2.ª

La gloria, amenazada,
Del morador del Sena,
Pasó la amarga pena
Al pecho del traidor:
Lanzóle de sus muros,
Y, al grito de victoria,
El iris de la gloria
Divisa el español.

3.ª

Perdió su fuero el crimen,
Y saben ya los reyes
Que solo justas leyes
Del pueblo son la voz.
Ya no dorados hierros
Mendiga el triste hispano,
Del mísero tirano,
Por digno galardon.

4.ª

Rodando ven sus tronos
Los déspotas del mundo
Al báratro profundo
Del fuego vengador;
Y en vano al cielo claman:
Que Dios los libres guia
Contra la raza impía
Que al orbe esclavizó.

5.ª

De los romanos muros
En la orgullosa cumbre
Tibia fugaz vislumbre
De libertad lució;
Y ya la turba inmensa,
Del cielo usurpadora,
La negra sangre llora
Del torpe corazon.

6.ª

Hundida en el abismo
De la infernal afrenta,
Solo por suyo cuenta
El merecido horror.
A sus rastreros ayes,
Al fúnebre alarido
Responde el estampido
Del hórrido cañon.

7.ª

Como vital sustento
En nuestra amarga suerte,
La copa de la muerte
Nos daba la Afliccion.
Mas la piadosa patria,
Vengando los agravios,
Retira nuestros labios,
Y el fuerte brazo armó.

8.ª

Eléctricos clamores
De dicha y de contento
Suspira el manso viento
Y el ponto bramador.
La patria, destinada
A esclavitud eterna,
Entona el himno tierna
De gloria y salvacion.

9.ª

Al arma, noble pueblo:
Bastante ya sufriste
El duro peso triste
Del bárbaro rencor.
Al arma, compatricios,
Esfuerzo en la pelea;
Y nuestro norte sea
El bien de la nacion.

10.

Asaz de agenos rios
Crecimos la corriente
Con nuestro llanto ardiente
De justa indignacion:
Asaz con él bañamos
El pan de la amargura:
Sobrada desventura
Colmó nuestro dolor.

11.

La angustia prolongada
Con el valor vencimos;
Y, si en la lid morimos,
Morimos con honor.
Mas no: los hundiremos:
Que nunca fueron bravos
Los déspotas ó esclavos
De la servil faccion.

12.

A nuestro hogar volvamos
Con la guerrera trompa,
Y un solo brazo rompa
La frente al opresor.
Y al justo, á quien estorban
Hasta el secreto llanto,
Consuele el beso santo
De nuestro dulce amor.

13.

Sobre la altiva palma
Y en las humildes flores
Iguales resplandores
Refleja un mismo sol:
Alumbre á toda España
De libertad el fuego,
Y el despotismo ciego
Perezca á su fulgor.

14.

Las crines sacudiendo
Ansioso del combate,
El pie ferrado bate
Impávido el bridon:
Las armas abrazando,
Unico amparo nuestro,
Contra el poder siniestro
Volemos con ardor.

15.

Las músicas marciales
Que alegran nuestros pechos,
A los peligros hechos,
Aterran al traidor.
La plácida esperanza
La antigua fuerza dobla,
Y eléctrico redobla
Su trueno el atambor.

16.

El sol resplandeciente
Que nuestros pasos guia
Es, dulce patria mia,
De libertad el sol.
En la contraria hueste
La confusion domina;
Pero en la nuestra *Mina*,
Cual César y Escipion.

17.

Y allí sobre la almena
En donde el crimen flota
La banderola rota
Del miedo gritador,
El estandarte noble
De libertad pondremos,
Y al mundo anunciaremos:
«*La libertad triunfó.*»

Despedida.

1.ª

A Dios, fortuna mia,
A Dios, mi gloria entera,
¡Quién evitar pudiera
Esta partida, quién!
Aunque la ausencia es corta
Largas hará mis penas,
Que tú, ó suerte, me ordenas
Sin duda por mi bien.

2.ª

A mil amantes finos
Amor ha arrebatado
Del seno retirado
Del plácido saber.
Mas desde que te adora,
Filis, el alma mia,
Mi ardiente fantasia
Amor y ciencias vé.

3.ª

Ya veo el lauro hermoso
Que ceñirá mi frente.
Filis, á Dios, consiente
Que he de tornar con él.

Con él ante tus plantas
Me inclinaré rendido,
Y hasta oirte un gemido
La frente no alzaré.

4.ª

Asi el feliz guerrero
Al campo de la gloria
Volando, la victoria
Alcanza sin baldon;
Y vuelve y cariñoso
Presenta á su querida
La espada no vencida
Y el premio del valor.

5.ª

Con la preciosa imágen
De su adorada ausente
Mayores brios siente
Gallardo el adalid;
Del cañon cavernoso
Placiéndole el zumbido,
Que al ronco viento herido
De horror hace gemir.

6.ª

Amor y tu hermosura
Inflamarán mi mente:
Amor me hará elocuente;
Minerva me oirá:

Mis sienes coronando
Riente y dadivosa,
«Vuela á tu dulce hermosa,»
Entonces me dirá.

7.ª

Y en las alas del viento
Vendré yo presuroso,
Sin encontrar reposo
Hasta volverte á ver.
La dicha que yo goce
Aquel divino instante
Tu corazon amante
La puede ya entender.

8.ª

Ese alazan que miras
Las crines sacudiendo,
Parece estar diciendo,
«Ven, vuela, monta ya:
»Señales de mis huellas
»No dejaré en el suelo;
»Para mirar al cielo
»Ni á un tiempo te he de dar.»

9.ª

Montar, llegar, la palma
Coger apetecida,
Volver á tí, mi vida,
Casi á la vez será:

:

Será un instante solo;
Y en él la suerte impía
Tu plácida alegría
No basta á marchitar.

10.

A Dios, hermosa mia;
Si vuelvo coronado
El lauro afortunado
Se humillará á tus pies.
¿Querrás que tuyo sea,
O Filis amorosa?
¿Querrás que sirva, hermosa,
De adorno á tu dosel?

11.

Esta lágrima sola,
Que amor por mi derrama,
Nacida es de la llama
De mi constante fé.
No temas que te deje
Mi pecho ni te olvide:
Si quieres pruebas, pide:
Sacrificarme sé.

12.

Si esta lágrima acerba,
Si este gemido mio
Un necio desvario
Tornase en falsedad,

Amor, amor permita
Que yo el despojo sea,
Y que morir me vea
Sin alcanzar piedad.

13.

¡Mas tú, mi bien, suspiras!
¿Tambien, ó Filis, lloras?
Si es cierto que me adoras
No debes de llorar.
A Dios, deten el llanto:
Esquiva esa amargura,
Y piensa en la ventura
Que nos aguarda ya.

A una niña hermosa.

El color puro
De linda rosa,
Cuando graciosa
Comienza á abrir,
Junto á tu cara
¡Cuál desmerece!
Negro parece
Junto á carmin.
De la azucena
La limpia nieve
No, no se atreve
A competir

Con los albores
Que en tu faz bella,
Naciente estrella,
Veo lucir.
 Si con los ojos
Pides al cielo
Breve consuelo
De tu jemir,
Tal luz despiden
Lánguidos, bellos,
Que yo por ellos
Amo el morir.
 Hablas ¡ay Filis!
Y con tu acento
Un gozo siento
Dentro de mí,
Que dulcifica
Todas mis penas,
Y las cadenas
Que me ceñí.
 Toda eres gracias,
Toda tú hermosa,
Mas que la diosa
Que en Chipre ví;
Mas que las flores
Que mayo adora,
Y que la aurora
Mejor de abril.

Yo no sé.

¿Por qué, Clori,
Tan callada,
Triste escuchas,
Dí, mis ansias,
Y los ojos
No levantas,
Y á mi ruego
Te desmayas?
¿Dime, hermosa,
Dí, por qué?
No lo sé.

¿El Dios lindo
De la aljaba
Con sus flechas
Te amenaza?
¿A tu frente
Las dispára?
¿O en el seno
Te las clava?
¡Ay! ¿suspiras?
¿Acerté?
No lo sé.

Decir quiero,
Mi adorada,
Flor que adornas
La comarca,
Si te envidian
Las zagalas
Los amores
Que me callas.
¿Sin los tuyos
Moriré?
No lo sé.

Dime, Clori,
¿Quién te manda?
¿Quién visita
Tu cabaña?
¿Por alguno
De la Guarda
Te desvelas?
¡Ay ingrata!
¿Y su nombre?...
Juro á fé....
No lo sé.

¡Qué tristeza
Que te causan,
Clori bella,
Mis palabras!

¿Mis preguntas
Ya te enfadan?
¡Ay! ¡no puedo
No mentarlas!
Amor mio,
Callaré?
No lo sé.

¿Es tu madre
Tu madrasta?
¿Te castiga
Porque amas?
¿Algun novio
Te prepara
Que aborreces
Por sus canas?
Adivino?
Lo sabré?
No lo sé.

Dos zagales
Te idolatran,
Que te dicen
La alborada,
Con zampoñas
Y con flautas
Y con versos
Que te cantan.

¿Sus agravios
Temeré?
No lo sé.

El que menos
Dos mil mansas
Guia al soto,
Cuando el alba
Rubia dora
La montaña,
Y esas mismas
Vuelve á casa.
Yo soy pobre;
Ganaré?
No lo sé.

Yo te adoro,
Prenda cara;
Por tí muero,
Tú me matas;
Por tí visto
Pieles blancas;
Por tí pago
Las lumbradas;
¿Desamado
Moriré?
No lo sé.

A tí invoco
Cuando raya
El sol bello
La mañana.
En el pecho,
Clori, guardas
La ventura
Que me falta.
Me la ofreces?
¿Qué escuché?
No lo sé.

¡Ay! que el llanto
Con que bañas
Tus mejillas
Sonrosadas,
¡Es de enojo
Bella ingrata!
¿Tantas preces
Me son vanas?
¿Do con ellas
Triste iré?
No lo sé.

Al abismo
De la nada
Mi existencia,
Clori, baja,

Si mis penas,
Mi constancia
Con tu boca
No me pagas:
¿Sus delicias
Probaré?
No lo sé.

Si me ocultas,
Clori amada,
Lo que sientes
En el alma,
Dame al menos
La mirada
Que mis dudas
Satisfaga.
¿Compasiva
Te veré?
No lo sé.

Como el yelo
Se descuaja,
De tus ojos
Fuego lanzas.
Linda Clori,
Mi zagala,
¿Leo en ellos
Mi desgracia?

¿Qué respondes,
Linda, qué?
No. Lo sé.

La impaciencia.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

No bien de la noche
Las sombras huyeron,
Y apenas lucieron
El campo y la flor,
Por tí á sus orillas
Me vió la corriente
Verter lloro ardiente
Que el suelo regó.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

Mostróse la aurora
Cubierta de grana;
La vega lozana
Tambien se mostró.
Mostráronse en ella
Mil dulces pastores,

De sus mil amores
Gozando el favor.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

El sol ya colora
Las aguas del rio;
Y yo en vano ansío
Que brille mi sol.
O linda pastora,
¿Quedaste dormida,
No oyendo, afligida
Mi lánguida voz?

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

En tanto que bailan
Con dulce contento,
Y da vida el viento
De la flauta al son,
Yo aquí recostado
Llorando suspiro,
Y loco deliro;
Muriéndome estoy.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

No tardes; que muero
De envidia, mirando
A Delio gozando
Las dichas del Dios;
Al verme yo solo
De tí separado,
Al ver que olvidado
Seré con rigor.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

No cruda permitas
Que solo me vea;
Que la burla sea
De tanto pastor.
En tanto que humilde
Te ruego importuno,
Zagal no hay ninguno
Que alabe mi amor.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

¡Ay! mientras que bailan,
Se dicen por señas
Que ¡ingrata! desdeñas
Mi triste pasion.
Me miran, riendo
De su bien al lado,

¡Y sufro angustiado
Tan negro baldon!

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

Amiro, el preciado
De bello y pulido,
Mi rostro aflijido
Burlon remedó,
Diciendo »no hay Filis,
Serás infelice»...
Mas lo que él me dice
No lo creo yo.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

¡Los otros tañendo
Y alegres burlando
Y yo suspirando
En cruda afliccion!
¿Los otros gozando
De amor la ventura,
Y yo en la amargura
Viviendo? ¡Oh dolor!

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

¡Ay! ven, dulce mia,
Y alivia el quebranto
Que muestro en el llanto
Del fiel corazon:
Que entonces yo, hermosa,
Daré embebecido
Mi pena al olvido
Y haré el burlador.

No tardes, bien mio;
Que muero de amor.

La insinuacion.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

Aquí en la alameda
Sin testigo estamos,
Y los dos gozamos
Feliz libertad.
Premiar nuestras ansias
Tranquilos podemos:
Aquí no tememos
Soez murmurar.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

Tan solo se escucha
La clara corriente
Que mece el ambiente
Con soplo galan.
Gocemos, gocemos,
Y nuestra fortuna
Que envidie la luna
Con lánguida faz.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

Los lobos no ahullan
Y duerme el ganado,
Y está descuidado
Mi buen mayoral.
La selva está oscura,
Y no estos amores
Los demas pastores
Sabrán sospechar.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

¡Ay! dame la dicha
Que impaciente espero;
Sino yo me muero
Con tanto penar.
La noche es la vida
De tiernos amantes:

Tan dulces instantes
No dejes pasar.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

Tú sola á este bosque
Primera has huido,
Y yo te he seguido
Tal vez por mi mal.
¿A amarme venias,
Y ahora recelas?
Por Dios, que te duelas
De un triste zagal.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

Levanta los ojos,
Los labios desplega,
Y á los brazos llega
De quien sabe amar.
Y nuestros suspiros
Sensibles unamos,
Y una vez venzamos
La suerte fatal.

No temas, bien mio;
Que yo se callar.

:

Un recuerdo.

Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.

Vagando en las calles
Que forman aquellos
Arbustos tan bellos
Del fresco pensil,
Do brillan las flores
Y encantan las aves,
Filena, bien sabes,
¡O gozo sin fin!

Que ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.

Ayer escuchando
Tu voz melodiosa,
La angustia amorosa
Que sufro por tí,
Filena, en mi pecho
Cual llama encendida,
Del viento movida,
Crecerla sentí.

Ayer á tu lado,
Ayer fui feliz.

Ayer en tus ojos,
Mi dulce ventura,
Piedad y ternura
Mirando, jemí.
Y, ardiendo en los mios
De Venus el fuego,
Al tímido ruego
De amor me atreví.

Ayer á tu lado,
Ayer fuí feliz.

De asirte á mi brazo
Me diste el contento,
Y el dulce tormento
Del gozo ¡ay de mí!
Me embarga el sentido,
Los labios me prende,
Y el rostro me enciende
Ya tinto en carmin.

Ayer á tu lado,
Ayer fuí feliz.

De amor y respeto
Y oculta alegría
Mi pecho sentia
Cobarde latir;
Y en largo silencio
Llevé la memoria,

Pensando en mi gloria
Mil veces y mil.

Ayer á tu lado,
Ayer fuí feliz.

Mil veces pensaba
Mostrarte mi pecho
De amores deshecho;
Mas, ¡ay infeliz!
Llegado el instante,
Miedoso temblaba,
Y á hablar no acertaba;
Mas, viéndote á tí,

Ayer á tu lado,
Ayer fuí feliz.

Al fin te despides
De mí, sonriendo,
Los ojos moviendo
Con aire gentil.
Y, yo, enagenado,
No sé si mi acento
Aquel pensamiento
Te pudo decir.

Ayer á tu lado,
Ayer fuí feliz.

Hoy vuelvo, mi amada,
Al bosque florido,
Do quiera Cupido
Mis votos oir.
Allí yo te vea
Cual rosa, lozana,
Y pueda mañana,
Del alba al reir,

Cantar que á tu lado
Ayer fui feliz.

La duda.

¿A dónde mis pasos
Tan ansioso guio?
¿O en cuál devario
Se pierde mi amor?
Acudo temblando
A ver mi adorada,
Que ayer enojada
Mis ansias burló.
¡O prado risueño!
¡O plácida fuente!
¿Por aquí mi ausente
No visteis pasar?

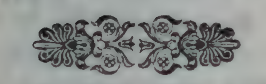
¿Los ojos al cielo
Sensible elevaba?
¿O dulce invocaba
Un tierno zagal?

¡Ay! por ver si calmo
Sus fieros rigores,
Un ramo de flores
Le llevo á mi bien.
Si enlaza con ellos
Su frente preciosa,
Será venturosa
Mi suerte cruel.

¿Pudiera irritarla
Mi sola presencia?
¿Y yo su clemencia
Pudiera lograr?
¿O tierna y benigna
Con dulces abrazos
En sus tiernos brazos
Me querrá estrechar?

Yo tiemblo y suspiro:
Que el alba colora.
Mi bien, mi pastora
Ya debe llegar.
¿Mis dulces amores
Le diré atrevido,
O á sus pies rendido
Gemiré no mas?

Asi un pastorcillo
Por un fresco prado,
De amores llagado,
Cantaba infelíz,
Cuando su zagala,
Como el alba bella,
La triste querella
Le oyó repetir.
Y apenas tocando
La pura esmeralda,
Se llega á la espalda
Del triste pastor:
Y quieta y cuidosa
Quitándole el ramo,
Gritó «yo te amo,
¡Ay, tú eres mi amor!»



Un juego.

¿Esta linda rosa
Ves, Filis, aquí?
Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

¿No ves que frescura,
Que gayo matiz
De púrpura y nieve
Presenta gentil?
En tu blanca mano,
Que envidia el marfil,
O al pecho prendida
Pudiera lucir.

Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

Mil dulces esencias
Verterá de allí,
Que ansiosa respires
Mil veces y mil.
Y al centro escondido
Del alma feliz

Irán exalando
Delicias sin fin.

Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

¿No ves que pimpollo?
Envídiale abril.
Sin él las praderas
Son yermo ruin.
¿Qué son á su lado,
Qué valen, me dí,
Las flores que esmaltan
Tu pobre pensil?

Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

Ven, Filis, acude,
Ven, Filis, á mí,
Y alcanza la rosa,
Ven, tómala, sí.
¿No ves como quiere
Volar ácia tí?
Con poco que saltes
La puedes asir.

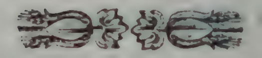
Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

Conoce y estima
La niña el ardid,
Y amante se acerca
Sin poder fingir.
A entrambos devora
Ardor juvenil,
Y ansían entrambos....
No lo sé decir.

Si á alcanzarla llegas
Será para tí.

Mas ella, anhelando
De amores morir,
Quitóle la rosa
Con mano sutil.
Metióla en el seno
Y huyó del jardin
Al bosque vecino,
Diciéndole asi:

«*Si coges la rosa*
Será para tí.»



El jilguerillo.

Jilguerillo,
Tus amores
En las flores
Del jardin
Cantas dulce
Con mil pios:
Yo los mios
Siento en tí.
Cuando en trinos
Mil suspiras,
Tú me inspiras
Tal placer,
Que yo adoro
Mas ardiente,
Nuevamente
Sé querer.
En tu dulce
Melodía
La alegría
Del amor
¡Ay! aprenda
Solamente
Mi doliente
Corazon.

¡Ay! no cantes
De la ausencia
La inclemencia
Y el penar.
Y mis ruegos
No desdeñes;
No me enseñes
A llorar.
Si tu gimes
Amoroso,
Delicioso
Gemiré.
Si tus quejas
Das al viento,
Mi tormento
Lloraré.
A tu amada
Rodeando,
Y cantando
Con fervor,
Y mordiendo
Sus alitas
¡Cuál imitas
Tú mi amor!
Y cual linda
Se recrea,
Y aletea
Con tu ardor,

Asi Filis
Se inflamaba,
Y agitaba
Mi pasion.
De una á otra
Rama vuelas,
Te desvelas,
Colorin,
Por tu amada,
Y enloqueces
Muchas veces,
Al gemir.
Asi inquieto
Discurria
Por la umbria
Del vergel
Yo, lloroso
Y angustiado,
Desamado
De mi bien.
Mas vi luego
Mi querida,
Parecida
Como un Dios,
En la senda
De aquel prado,
Muy pintado
Por la flor.

Y del pecho
La tristeza
Su belleza
Me quitó;
Y á mi loca
Fantasía
La alegría
Devolvió.
¿Tus ojitos,
Tristes, bellos,
Son aquellos
Que ayer ví,
Arterillos
Y graciosos,
Amorosos
Relucir?
Ya amanece,
Compañero
De mi fiero
Desamor,
Ya amanece
Tu ventura,
Con luz pura,
Como el sol.
Deja alegre
Tu jemido,
Compunjido
Del pesar.

Tu jilguera
Verte ansía,
Cerca pia,
Llega ya.

Mientras grata
La corriente
De la fuente
Del pensil
Los pies baña,
Tortuosa,
De la rosa
Y el jazmin,

Canta dulce
Bienandanza
Y esperanza
De sentir
Los deleites
De Cupido
Sobre el nido
Que está aquí.

Entre hojitas
Negreando,
Y oscilando
Junto á mí,
Me recuerda
Suelto lecho,
Donde el pecho
Fue feliz.

Breve cuna
De avecillas,
Do rencillas
No verás,
Pronto el raudo
Movimiento
En mas lento
Tornarás.

A Dios plegue
Que el jilguero
Placentero
Vuele á tí:
Y á tu abrigo
Su adorada,
Cobijada,
Jima allí.

Con tu prenda
Venturoso,
Silencioso
Jemirás;
Mientras suena
Ronco estruendo
Del horrendo
Triste mar.

En tus goces
Embebido,
Su bramido
Perderé.

Y, al ver todas
Vuestras dichas,
Mis desdichas
Sentiré.
O tormentos
Que aun adoro,
Mientras lloro
Tanto azar,
Es mi alivio,
Mudo cielo,
Sin consuelo
Suspirar.

La dicha.

¡Preciosa aurora,
Divino instante,
Cuando anhelante
De amor jemí,
Los ojos viendo
De mi adorado,
Que enamorado
Jimió por mí!
Sol que alumbraste
Tan claro dia,
Tú el ansia mia
Viste nacer;

Y aqui en mi pecho
Que » amor » esclama,
Tu misma llama
Sentiste arder.
O sol benigno,
Siempre mi mente
Tu luz fulgente
Bendecirá:
Que, aun moribundo,
Dalmiro hermoso,
Tierno y gozoso
Me adorará.
Dalmiro mio,
Los sinsabores
De los rigores
Vencimos ya.
Huyóse el tiempo
De la venganza;
Dulce esperanza
Nos colma igual.
Mar proceloso
Los dos pasamos;
Pero tocamos
Puerto feliz,
Y ora vivimos
Libres, mirando
A do bramando
Nos quiso hundir.

Tras de nublado
Tempestuoso,
Muy mas hermoso
Reluce el sol.
Despues de un triste
Largo tormento,
Mayor contento
Nos dá el amor.
¡Qué bien se cogen
las bellas flores
De mil colores
En el pensil!
¡Qué bien tu aliento
Dulce respiro,
Bello Dalmiro,
Frente de tí!
Cuando no miro
Tus negros ojos,
¡Cuantos enojos
Suelo sufrir!
Mas ¡ay! al verlos
Veo mi vida,
La paz perdida
Se torna á mí.
Y el bien divino
Que aquel momento,
Trémulo, siento
Con vivo ardor,

Al de mil tronos
Juntos escede;
Tan solo puede
Gozarle un Dios.

